

PADRE NUESTRO

La oración de los hijos en el Hijo

Catequesis mistagógica para los pequeños

Marcelino Legido López

1. El Hijo único le ex-plicó

Palabra viva: Ef 1,3-14.17-23

Cuando los primeros hermanos se hicieron al camino con Jesús, había dos gestos suyos, que les impresionaban profundamente: su camino entrañable con los pobres y sus largas horas de oración. Pasando un tiempo les envió a su misma misión (Lc 9,1-6; 10,1-12). Ellos proclamaban sus mismas palabras, realizaban sus mismos gestos, caminaban en sus mismas huellas. Al principio, les asombró que los gestos de misericordia, se abrieran paso victoriosamente, en la tierra endemoniada. Y cuando llenos de alegría volvieron a él, le escucharon una oración de alabanza al Padre, mientras con sus manos abiertas se ofrecía a ellos (Lc 10,21-24).

Necesitaban pararse, sentarse a su lado, escuchar su último secreto. Marta y María en Betania fueron una parábola viviente de la unión inseparable entre la oración y el camino. Pasados unos días, él les dejó, para orar a solas vuelto al Padre como hacía día a día, incesantemente, aunque fuera en la noche o mucho antes de amanecer. “Estando él orando en cierto lugar, le dijo uno de sus discípulos: “Señor, enséñanos a orar” (Lc 11,1). Con esta misma pregunta, nos acercamos nosotros también con infinita confianza a Él.

El Padre “nos llamó a la comunión de su Hijo”

Y él comienza con la misma palabra de siempre. “Todo me ha sido dado por el Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10,22; Mt 11,27 [Q]). Efectivamente, “a Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo Unigénito, que está vuelto al seno del Padre, él le ha ex-plicado” (Jn 1,18; 1Jn 5,20). “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!” (Ef 1,3a-14.17-23). Antes de la creación del mundo, nos bendijo en su Hijo, en el Aliento del Espíritu. Se proponía reunir una inmensa familia, de hijos, en torno a su Hijo. Y crear, también, por sus manos un hogar inmenso, para que fuera mesa compartida y senda compartida hacia sus entrañas, el último y misterioso Hogar. Es como en la historia humana: un padre, pone las manos sobre la cabeza de su hijo primogénito, para que forme una familia, y levante un hogar, y ponga una mesa y abra una senda, con la misma fuerza de amor de las entrañas suyas, pasada a él y por él a todos sus hijos, hermanos y herederos. “Predestinándonos a la adopción por Jesús Cristo, para él, según la complacencia de su voluntad, para alabanza a la gloria de su gracia, con la que nos agració en el Amado” (Ef 1,5-5; Jn 1,1-14; 12,13; 1Jn 3,1; 4,7.9; Rom 8,29; Col 1,15-18; Heb 2,10-11).

Los hijos pueden dejar de ser hermanos. Si rompen con el Padre en la desobediencia, asesinarán a los hermanos en la opresión. Y podrán levantar muros y trabarlos con cadenas. Y habrá un terrible reguero de sangre. Entonces el Padre en un arranque de su corazón entregará al Hijo en manos de ellos, y cuando lo asesinen, le alentaré y le levantará para que les dé el aliento y el latido de sus entrañas, en una creación nueva de absoluta gracia, entera novedad y última plenitud. En este Hijo amado “tenemos la redención por su sangre, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, que sobre-desbordó a nosotros” (Ef 1,7-8a; 2,13; Col 1,20; Rom 3,24-35; Heb 9,22; Apoc 1,5).

Es entonces, cuando se desvela y ex-plica ante nuestros ojos “la economía del misterio” (Ef 3,2-9). “Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su complacencia, que se propuso en él, para la economía de la plenitud de los tiempos: recapitular todo en Cristo, lo que hay en los cielos y lo que hay en la tierra, en él” (Ef 1,9-10). El Hijo será el Hermano mayor de toda la humanidad y toda la creación, redimida, reconciliada y recreada en el cuerpo de su sangre (Col

1,11b-23). “Todo lo puso debajo de sus pies y le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud” (Ef 1,22-23). Se pasó a nuestra tienda y vimos su gloria. El Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14). “Quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14, 9).

“¡He aquí que vengo a hacer tu voluntad!”

“Alégrate, agraciada, el Señor contigo” (Lc 1,28). “Un hijo”, Jesús de nombre “Hijo del Altísimo” (Lc 1,31-32). El Espíritu Santo sobre ti. La fuerza del Altísimo pues el Hijo “engendrado, el santo, será llamado Hijo de Dios” (Lc 1,35). “Su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados” (Mt 1,20b-21; Ps 130,8). Sí, el anunciado Emmanuel, “Dios-con-nosotros” (Mt 1,23; Is 7,14). Ella dio a luz a su Hijo, el Primogénito. Le puso en el pesebre, ¡el Señor en el pesebre! Los ángeles cantaban: amanece la paz. Los hombres han sido amados, en la complacencia del Padre, en su Hijo (Lc 1, 7-11.14). ¿Qué diría el Hijo desde nuestra orilla al Padre? ¿Cuál sería su primera oración? Vuelto al Padre pudo decirle: “Aquí estoy, envíame” (Is 6,8b). Pero ahora el Padre, le pasó al Universo, como Primogénito, a la misma carne y sangre, a la misma tribulación, así con las manos siempre abiertas (Heb 1,2-6; 2,10-18; 4,15). Los hermanos, a la luz del Espíritu, lo descifraron en todas sus palabras y gestos. “Padre, aquí estoy por ellos, en alabanza a la gloria de tu gracia” (Jn 17,19). “Aquí estoy con los hijos que me diste” (Heb 2,13b). “Me has dado un cuerpo”. “He aquí que vengo a hacer tu voluntad” (Heb 10,5b-7).

Ahora es también el Hijo de María, y hasta el hijo del carpintero (Mc 6,3; Mt 13,55). Se encontraba con la familia humana, padre y madre, fidelidad y misericordia. Indivisiblemente, inseparablemente, podrá comulgar con nuestra filiación, fraternidad y herencia. Le llevarán al templo, para ofrecerle al Señor, expresando ellos su ofrenda, ofreciéndose con él, ofreciéndose a él. Los pobres del Señor, que esperaban el consuelo, habían rastreado un destello del corazón del Padre al que empezaban a llamar “Padre nuestro”, con más luz en los ojos (Cf. Os 11,1; Jer 2, 27; 34, 19; 31,9; Is 63,16; 64,7-8; Deut 1,31; 8,5; 14,1; 32,6). La nueva alianza descifrada en la escatología apocalíptica podía balbucear estas palabras con tonos más vivos (Mal 1,6; 2,10; Tb 13,4; Sir 23,14; 51,1; Sb 2,16; 11,10; 14,3; Job 1,24-25.28; 19,29; Test. Lev 18,6; Test. Jud 24,2; 1Q4, 9,35; 3Mac 5,7; 6,38). Ya el anciano Simeón indicó a María, que sería piedra de tropiezo. El niño iba creciendo y se fortalecía, avanzando en sabiduría y la gracia de Dios estaba con él” (Lc 2,40.51). Pero el pesebre y la presentación dejaron en el corazón de María, y también de José, preguntas e inquietudes (Lc 1,19.51).

“Es necesario que yo esté en lo de mi Padre”

Es la fiesta de la Pascua. Doce años ya. Ya podía explicar lo que llevaba en el corazón y hablar en nombre propio. Con la caravana peregrina al templo. Esta es la “casa de mi Padre” (Jn 2,16). Fiesta de Pascua. Sacrificio del cordero en el templo, cena de familia para la travesía memorial de la Pascua, que es en realidad el camino entero (Cf. Jn 16,20). Jesús decide permanecer en esta casa y dialogar con los maestros que descifran la historia santa. En los pobres del Señor estaba viva la añoranza de la mesa sobre el monte, donde el Señor secará todas las lágrimas (Is 25,6.9). Y sabía que el Santo (Is 66,3) reinaría por el Emmanuel, el Rey de la justicia y de la paz, que tomaría de la manos a los pobres para poner la mesa para todos (Is 7,14; 9,1-6; 11,1-10). Pero esta mesa sobre el monte, sería un reino sobre las manos del siervo doliente y levantado (Is 42,1-9; 45,15-25; 50,4-9; 51,4-8; 52,1-12; 52,13-53,12). El diálogo provoca admiración y extrañeza (Lc 2,48 a; Mc 2,12; 6,51; Lc 4,18-22; Mt 2,23 [Is 42,1-4]). “Le dice su madre: hijo, ¿qué es esto, que has hecho con nosotros? Mira tu padre y yo te buscábamos angustiados” (Lc 2,48; 2,35; Jn 19,15). “Y él les dijo ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los encargos de mi

Padre es necesario que yo esté?” (Lc 2,49). La palabra “es necesario” expresa una necesidad del corazón del Padre que ha pasado a su corazón [dei] (Cf. exp. Lc 24,7.44). Los anuncios de la pasión: “ser entregado”/”es necesario” (Mc 8,31; 10,32-34). Parece como si esta palabra primera sobre su Padre (Lc 2,49), termina en la última palabra: “Padre, a tus manos...” (Lc 23,46). En la primera habla de él, en la última lo invoca. El Padre mío, el Abbá (Cf. Mc 14,36) aflora por primera vez a sus labios. Pero “ellos no comprendieron los que les habló” (Lc 2,50; Cf. 9,45; 18,34). El Hijo del Padre, hijo nuestro ahora (Is 11,5), “hijo de Adán”, “hijo de Dios” (Lc 3,35), ha entrañado nuestra familia, nuestro hogar, nuestra mesa, nuestra senda, nuestro destino. Lo ha entrañado y ensanchado y contrariado y sobrepasado y sobre-desbordado y plenificado. “Hijo obediente en el hogar de Nazaret (Lc 2,52). “La gracia de Dios sobre él” (Lc 2,40), avanza en sabiduría y edad, y responde de gracia a la gracia, trabajando por la mesa común del Padre, su justicia y su paz. Lo que le hace agraciable ante Dios y ante los hombres (Lc 2,52b; 1Sam 2,21.26; Prov 3,35; Rom 14,18 [14,11.17.19]).

Señor, enséñanos a orar.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 7/7/2002*

2. El Hijo vuelto, se vuelve

Palabra viva: Mc 1,9-14

Al Padre nadie le ha visto nunca. El Hijo único que estaba vuelto a las entrañas del Padre, se ha vuelto a nosotros y nos lo ha dado a conocer (Cf. Mt 11,27; Jn 1,18). Por eso podemos acercarnos a él y decirle: “Muéstranos al Padre” (Jn 14,8); “Señor, enséñanos a orar” (Lc 11,1). El Padre que hizo amanecer, en la tiniebla, nos ha iluminado en tu rostro. Nos asomaremos asombrados a la luz de tu rostro sabiendo que esa luz se descifra en tus palabras, que tus palabras se descifran en tus gestos y que tus gestos se consuman en tus sendas, en tu travesía entera. En la tienda de campaña nos acoges y aúnas y encaminas, para que donde tú estás, estemos nosotros también contigo (Jn 14,3).

El Hijo amado, vuelto al Padre

Cuando fuiste a salir al camino, Juan el Bautista, vino por delante, para ayudarnos a encontrarte. Ya anunciaba el Reino de la justicia del Señor, pregonado por los profetas (Is II). El Reino, que viene por el Siervo, al que hay que preparar las sendas. “Preparad el camino del Señor (Mc 1,3; Is 40,3). Viene el Esperado, el más Fuerte, para inundar la humanidad y el universo en Espíritu Santo y fuego” (Lc 1,16b). Es el momento de poner la mesa del compartir, derribando los montes y derribando los barrancos, para que toda carne vea la salvación de Dios (Lc 3,5-6; 3,11; 2,30). Pero Juan se sorprende ver al Esperado en la fila de los pecadores. Pero el Esperado lo explicó: “Es necesario que llevemos a plenitud la justicia entera” (Mt 3,15), el Reino de la justicia y de la paz que viene por el Siervo (Is 51,4; Mt 6,33; Rom 14,15 [1,17; 3,21-26; 6,12-21; 14,17]. El heraldo del Reino de la paz se ha presentado (Is 52,7-10; Rom 10,15; Ef 2,17) para cargar con todas nuestras culpas (Is 52,13-53,12). El Hijo se dispone a bajar a nuestro abismo “orando” (Lc 3,21). “Aquí vengo para hacer tu voluntad” (Heb 10,9).

“Y mientras oraba se abrió el cielo” (Lc 3,21b). Y el Espíritu Santo como una paloma (se vio) bajando “hacia él” (Mc 1,10), “sobre él” (Lc 3,22), “permaneciendo sobre él” (Jn 1,33b). “A la sombra de tus alas canto con júbilo. Mi alma está unida a ti y tu mano derecha me sostiene” (Ps

63,8). “Y una voz aconteció desde los cielos. Tú eres el Hijo mío, el Amado, en ti mi complacencia” (Mc 1,11). Hemos empezado a conocer de veras a Jesús, pues nadie conoce al Hijo, más que el Padre y aquellos a quien el Padre se lo da a conocer” (Lc 10,22). Esta palabra del Padre evoca la palabra y el gesto de Abraham en el monte (Cf. Gen 22). El hijo único y amado, entregado a la muerte, y levantado para ser la bendición del beneplácito para toda la humanidad, todo el universo, toda la historia entera (Jn 1,1-2.14.18; 3,16-17; 1Jn 4,9; Rom 8,32; 3,24-25; 4,25; 5,11). El rostro iluminado del Hijo, entregado como Isaac y degollado como Abel: “Mirad el Cordero de Dios, que arranca el pecado del mundo” (Jn 1,29.36; Apoc 5,6.12; 1Jn 3,5; 1Ped 1,19; Cf. Is 52,13-53,12). Cordero inmolado, cordero pascual, cordero victorioso, cordero y Pastor. Y el mismo Hijo se confía: “Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre” (Jn 1,51).

“Jesús lleno del Espíritu santo..., es conducido por el Espíritu Santo al desierto” (Lc 4,1; Mt 4,1). Al instante el Espíritu le arroja al desierto” (Mc 1,12). Vuelto al Padre se vuelve al mundo, por nosotros. Pero el mundo es el reino de Satanás, el diablo. El Hijo, nuestro hermano ha de ser tentado como nosotros (Heb 1,2.6; 2,10-18; 4,15). Se adentra en el desierto para orar, en obediencia absoluta al Padre, por la vida del mundo. “Los reinos del mundo y su gloria” (Mt 4,8), “todos los reinos de la “ekumene” (Lc 4,6; Apoc 13,2) habían pasado a sus manos, y se habían convertido en campo de guerra, amurallado y encadenado, el ámbito de pelea de Caín y Abel. El Hijo va a salir al camino y es vulnerable al ataque y a la tribulación, en sus tres propuestas: “apuña un trozo de pan”, “toma el poder para defenderlo” y “llegarás a ser Dios mismo” (Q: Lc 4,1-13; Mt 4,1-11). ¿No “eres tú el Hijo de Dios?” (Mt 4,3.6) ¡Otro pan, la palabra del Padre! (Deut 8,3), el único Señor (Deut 6,13), cobijo y amparo inutilizable, inviolable (Ps 91,1). ¡Padre, aquí estoy para hacer tu voluntad! (Heb 10,9; Ps 40,7-9). El Hijo, es en verdad el nuevo Adán (Cf. Lc 3,38; Rom 5,12-21), en quien se inaugura el nuevo paraíso, la nueva humanidad para la nueva creación (1Cor 15,21-22; 15,45; 15,25-28; Ef 1,20.23). Él ya empieza a poner la mesa para todas las criaturas (Is 11,1-10; Ps 91,11-12) ayudado por los ángeles (Jn 1,51; Heb 1,6-14) pues la mesa del reino que pondrá en sus manos es la tierra nueva y los cielos nuevos, que atraviesan, recrean y sobre pasa el mar de los monstruos (Dan 7).

Se vuelve a nosotros, sus hermanos

Juan ha sido ya entregado, “Jesús marcha a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios”. Decía: “el instante ha llegado a plenitud y se ha acercado el Reino de Dios” (Mc 1,14-15). Marchó a los confines de la noche para abrir la brecha de la aurora, luz que despuntaba para los tirados en las sombras de la muerte, para abrirles en santidad y justicia el camino de la paz (Mt 4,12-16; Is 8,23; 9,6; 58,10; Jn 1,9-14; Lc 1,78s; 2Ped 1,16). El Evangelio del mensajero proclamaba el Reino de Dios. Ha llegado la paz a los confines de la tierra (Is 52,10). El reinado del Hijo del hombre, la justicia de la plenitud (Dan 7,22; Tob 14,3). El Hogar del Padre la mesa grande, el corro unido, los últimos los primeros... La senda compartida hasta el último Hogar. Se ha acercado el “Reino de Dios” (Mc 1,15), “el reino de los cielos” (Mt 4,17). Buscar a unos pobres pecadores para recorrer pueblos y aldeas, proclamando el evangelio de Dios y curando toda enfermedad y toda dolencia (Mt 4,18-25). Ya estaba vuelto a nosotros. Él sobre el monte, a un lado sus discípulos y a otro los más pobres, el corro grande, la tierra florecida, la mirada a la travesía ¿y qué es el Reino? le preguntaban. Y él contestaba: la mesa del Padre, entre estas manos.

- Todos vosotros sois hermanos. Uno solo es vuestro Padre” (Mt 23,8; 6,9). “Mi Padre es vuestro Padre”. En esta mesa sucede el milagro del nuevo nacimiento, desde arriba, pues el Padre os dio a su Hijo, para que viváis por él (Jn 1,12; 3,5.16s; 1Jn 4,8b-9).

- Sois una familia de hermanos, rotas todas las barreras. En este amor, podéis perdonaros y el perdón, derriba el muro y arranca las cadenas. Los pequeños serán los primeros, a la cabecera de la mesa, para servir conmigo (Mt 5,38-48; Lc 4,18; Mt 4,17; 5,3).
- Pero esta mesa será tan grande como el mundo, pues es monte, hogar, pequeña luz para cambiar las espadas en arados y así caminar hasta poner en el monte la mesa del Padre, para todos los pueblos, secadas todas las lágrimas (Mc 5,13.16; 6,36).
- Y la senda de la travesía será la humildad, llena de dulzura, que llora toda desgracia, y siente hambre y sed de justicia, entrañas de misericordia, trabajo por la paz, persecución y júbilo (Mt 5,3-11). Al atardecer serán examinados en el amor (Mt 7,2-23).

Es ahora, les decía, cuando podéis orar conmigo, en el mismo Aliento de amor, “en Espíritu y verdad” (Jn 4,24). Decid conmigo: “¡Abbá, Padre! ¡Padre nuestro que está en el cielo!” (Mt 6,9).

Para volvernos al Padre con él

Había que hacerse a los caminos. “Se le conmovieron las entrañas” (Mc 1,41). El Padre ama al Hijo y lo ha puesto todo en sus manos (Jn 1,35). Le pasó a nosotros a Él y le pasó a Él a nosotros. Se le había dado la potestad del perdón (Mc 2,10), para inaugurar el Reino. A los últimos de todos: pecadores, despojados, oprimidos, destrozados, desgraciados. Ir a buscarlos y tomándolos de la mano hacer el corro grande y volver a avanzar. Atravesar las cadenas del dolor (Mt 1,23-25), más aun la cadena del pecado personal (Mc 2,1-13), del pecado comunitario (Mc 2,15-17) y del pecado cósmico (Mc 2,23-25), para poner la mesa del perdón. Fiesta del amor sponsal, mesa para toda la humanidad y toda la creación, con el vino nuevo, aunque todavía con lágrimas hasta la última mesa (Mc 2,18-22). Poco a poco, día a día, mirando la luz de su rostro, la mesa de sus manos y las brechas de sus sendas. Está Él. Padre, ¡Padre nuestro!

- Pero les asombraba la claridad ardiente de su rostro, cuando conmovidas sus entrañas, mirando al Padre, extendía sus manos a los hermanos. Se oían las aclamaciones. “Tú, santo de Dios” (Mc 1,24), tú, el Señor, Hermano mayor, que pones la mesa y abres la marcha (Lc 5,5.12). Tú, el Hijo de David (Mt 9,27), Tú, el Hijo del Hombre (Mc 2,28). Tú el Salvador del mundo (Jn 4,23). Y poco a poco resonaba la segunda palabra. Padre, nos has iluminado en tu Hijo, “santificado sea tu nombre”. Y la tercera palabra. Ya nos has puesto la mesa en las manos de tu Hijo. Él se abre paso y se volverá a terminarla de poner: ¡venga tu Reino!
- Muchos días al terminar la jornada, los hermanos más pequeños alcanzados por el dolor y el desamparo se acercaban a él y le rodeaban y le envolvían, mientras él abre los brazos, de par en par, para estrecharlos contra sus entrañas (M 1,32-34). Necesitaban sujetarse a sus manos. Por eso hasta se oían las voces misteriosas, desde las trincheras demonizadas: ¡“Tú eres el Hijo de Dios”! (Mc 3,11). Pero estos gritos y estas lágrimas hacían resonar en él el canto del Siervo, que se carga con todas las dolencias y todas las culpas, que cura con las heridas y es el precio de la paz (Mt 8,17; Is 53,4). Y sin poder dormir, con aquellos rostros en el alma, se levanta mucho antes de amanecer y se marcha a orar al descampado (Mc 1,35). ¡Padre, hágase tu voluntad! Ellos apenas si podían acoger estas palabras de su oración.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 14/7/2002*

3. El Hijo desde el monte al llano

Palabra viva: Mt 11,25-30

Cuando Jesús, a la cabecera del corro, extendía sus brazos de par en par para todos, se sentían amados, convocados. “Todos vosotros sois hermanos”. “Uno solo es vuestro Padre” (Mt 23,8-9). En todos resonaba su invitación a escucharle y seguirle. Y en un pequeño puñado de ellos, la respuesta se hizo seguimiento. Empezaron a ser discípulos. Junto a él oraban, compartían y caminaban. Eran en verdad su familia de hermanos. Un día “llegan su madre y sus hermanos y le mandan a llamar. “¿Quién es mi madre y mis hermanos?” Entonces dirige la mirada “en torno a los que estaban sentados, en corro a su alrededor” y dice: “estos son mi madre y mis hermanos” (Mc 3,34). Él les había insistido, “no todo el que me dice Señor, Señor [Hermano mayor, Padre para nosotros] entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga su voluntad” (Mt 7,21; Lc 6,46). Lo que inicia, de verdad, esta familia, es poner las manos, entre las del Hijo y en su mismo amor, entregarse a la voluntad del Padre. Y les decía: con esta pequeña fraternidad haremos en el mundo la siembra del “misterio del Reino”, para que aparezca la mesa con pan partido, y el cobijo del árbol de mostaza y la sencilla lámpara, camino de los confines (Mc 4,1-40).

Desde el Padre se vuelve a los hermanos

“Por aquellos días, se fue al monte a orar y se pasó la noche en oración a Dios” (Lc 6,12). Era el momento de dar un paso adelante en la misión. “Padre, todo lo has puesto en mis manos” (Lc 11,2). Me diste todo tu amor para que se lo diera (Jn 3,15). Pero has querido que este amor tuyo, pasara por las manos de mis enviados, “tuyos eran y tú me los has dado” (Jn 17,6b). En todos los hermanos, que me siguen se hará presente mi Amor, como hermano entre hermanos, pero en el puñado de los que me diste, para que me hiciera presente a la cabecera de la mesa y del camino, a estos quiero acogerlos desde tus manos y confiártelos desde las mías, vuelto a tu corazón. Estos doce, que representarán a todos, a toda la familia, a todo el hogar. “Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió a doce de entre ellos, a los que llamó apóstoles” (Lc 6,13-16 p.).

El Reino aparecía ante la vista. Él a la cabeza, a su lado los apóstoles y discípulos, y en torno el corro grande, que convertía la tierra en la mesa de la bienaventuranza, pues el Padre compasivo, entre las manos de su Hijo inauguraba la misericordia, perdón, convertido en paz (Lc 6,17-28). A esta mesa, les dijo, quiere traer el Padre, en primer lugar a los pobres. Suyo es el Reino de los cielos (Lc 6,2[4,8]). “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados” [Q] (Lc 7,22; Mt 11,5). En estos signos aparece el Hijo, como Ungido del Padre. Ellos salen con él a los caminos. Mc y Mt cuentan los signos, paso de la nueva humanidad. Pero Lc acentúa que bajo las heridas, está el dolor, la muerte, el pecado (Lc 7,1-10 dolor; 7,11-17 muerte; 7,24-33 pecado a todos). El perdón abre la brecha que se hace encrucijada (7,36-50).

Juan, que ha hecho de cerca el camino, le parece que la samaritana (Jn 4,1-42), el hijo del funcionario (4,46-54) y el anciano paralítico (5,1-18), eran sumergidos en la sombra de la muerte. El camino mismo de la nueva creación, desvela al Hijo del Padre. El Padre le ama y le pone todo en sus manos (Jn 5,19). Se ha detenido un momento y les habla bajo la mirada del Padre. “El Hijo hace lo que le ve hacer al Padre. El Padre extiende sus manos, por el Hijo, en el Hijo” (5,20). “Busco la voluntad del que me ha enviado” (5,30), “vengo en su nombre” (5,43). El Padre me ha dado su vida, para que pase a vosotros y así vosotros paséis de la muerte a la vida

(5,21.26; 3,35). Ya ahora estamos en la encrucijada del juicio (5,22-24) que se consumará el último día (5,28-29). La gracia es fidelidad para ser acogida en fidelidad. “Yo soy”. “Con vosotros”.

Para acogerlos en su mesa común

Jesús recorría pueblos y aldeas proclamando el evangelio del Reino y curando toda enfermedad y dolencia. “Y al ver a la muchedumbre se le conmovieron las entrañas, porque estaban despojados y abatidos, como ovejas sin pastor” (Mt 9,36) ¡Era verdad! No solo era la voz de la Palabra del Padre, el rostro de su luz, el calor de sus manos (Jn 5,37), sino era incluso el latido de sus entrañas, su misericordia entrañable. Hacer un corro grande como la humanidad entera, hacer de la tierra una única mesa común. “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino” (Mt 6,9-14). Era la hora de salir de dos en dos por los pueblos y aldeas, a pregonar el evangelio de la paz, con los pies descalzos, en testimonio de la gracia (Mc 6,6-17; Mt 10,1-9). Enviados en su misma misión, con la misma potestad, en el mismo aliento. Pero la tierra estaba llena de muros y cadenas (Mc 6,14-20). Otro reino, otro reinado, otro hogar, otro corro, otra senda (Mt 12,22-48; 14,1-2). Había que poner la mesa del siervo (Mt 8,16-17; 12,18-21). Un poco de levadura, unos granos de mostaza, una pequeña luz, un puñado de granos de trigo, con la cizaña por medio, como dichosa des-gracia, para la gracia nueva (Mt 13,1-52).

El camino se hizo recio, ¿Qué se puede hacer para “implantar” el reino con un puñado de pobres? (Cf. Mt 11,1-6). Grandes y pequeños, fariseos y zelotas intentan violentamente apropiarse de él (11,12), y la gente sencilla se apunta a la mejor oportunidad, como si fuera un juego de niños, hasta en los pueblos más amados (Mt 11,26-24). Cuando se volvieron a él, él les descubrió su propia oración, para que se asociaran a ella. “En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: “yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre no lo conoce nadie sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,25-27; Lc 10,21-22 [Q]. “Venid a mí”. Pasaos al latido de mis entrañas, para poner a todos la mesa común. “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29).

Y pasarlos al latido de sus entrañas

Era necesario adentrarse en la intimidad del Hijo, allegarse a Él, en su oración. “Venid, también, vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco” (Mc 3,31). Pero la misión por pueblos y aldeas, de dos en dos, con el pregón de la paz, atrajo a todos al corro del Hermano compasivo. ¿Dejará él de orar? ¿No es, al contrario, que el Hijo, ora en oración incesante? Así es, efectivamente. Él a la cabecera en la mesa, los pobres a un lado, los apóstoles a otro, la muchedumbre en corro, la tierra florecida. El misterio del Reino ante los ojos. Se arrancaron las cadenas, se derribó el muro (Mc 6,30-42; 8,1-10). Es el Hijo mismo. “Y tomando los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los iba dando a los discípulos, para que se los fueran sirviendo” (Mc 6,41). Los ojos al Padre, las manos a los hermanos. La misericordia entrañable del Padre, pasa por las entrañas y manos de Él, a todo el corro, a toda la tierra, a todas las sendas.

Su oración es poner las manos entre las del Padre, en alabanza, en obediencia, en alabanza “por la vida del mundo” (Jn 6,51; 6,35-40). Se proponía pasar a sus hermanos el latido y el aliento de sus entrañas para que se entregaran de lleno a su misión (Jn 6,56-57.63). El encuentro disgusta profundamente a todos. Les interesaba más un caudillo para la revolución que un siervo para la mesa (Jn 6,14-15). Él se vuelve al Padre. Despide a la gente. “Después de despedirles, se

fue al monte a orar” (Mc 6,46). Ellos se hicieron a la travesía, con viento contrario, llenos de miedo. “Ánimo, soy yo, no temáis” (Mc 6,50). Sus ojos no podían ver. Y más aún, cuando vino el contragolpe de los dirigentes con su ley; y más aún cuando Él emprende de nuevo el camino, para poner la mesa grande en los confines; y más aún cuando parece que el único signo es el Hijo del Hombre en el abismo. Por eso les invita a orar con él en el “llano”. Necesitaban volverse al Padre, y ayudarlos a que se volvieran ellos con él.

“Estando una vez orando a solas, en compañía de los discípulos, les preguntó ¿Quién dice la gente que soy yo? (Lc 9,18). “El Ungido de Dios” (Lc 8,20). “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16). Entonces les confía el último secreto de la travesía: “El Hijo tiene que ser entregado a la muerte como siervo para encabezar la mesa y el camino (Mc 8,31). Era el gran escándalo, la piedra de tropiezo más espantable. Pero en esta travesía se le ofrece la gracia de pasarse a sus manos heridas y arrimar el hombro a su cruz gloriosa en la que se inaugura el “Reino en fuerza” (Mc 8,32-9,1).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 21/7/2002*

4. El Hijo desde la cumbre al abismo

Palabra viva: Mc 14,32-32

El anuncio primero de la pasión fue para los discípulos la entrada en una densa noche oscura. Aunque ellos se encontraron con el escándalo de la cruz, Jesús les invitó a compartir su camino. Y no solo a ellos sino a la gente que estaba en derredor. “Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc 8,34). Fue entonces cuando empezó a descifrarles más, la travesía. Le asesinarán, pero el Padre le levantará a su derecha y a la cabeza vuestra. El escándalo de la cruz, la “pascua”, es el anticipo de la “parusía”. Comienza ya la nueva creación. Vendrá el Hijo del Hombre “en la gloria de su Padre” (Mc 8,38b; 13,27; Cf. Dan 7,13s), “con fuerza y mucha gloria” (Lc 21,27b). Pero “su Reino” ya se inicia en la Pascua, el “reino del Hijo del Hombre” (Mt 16,28; 1Cor 15,25). “Ya desde ahora” (Mt 26,64 p.), entre las manos heridas y encendidas del Hijo levantado en el madero, “verán venir con fuerza el Reino de Dios” (Cf. Rom 1,4)). Es la “hora” que se va acercando con el espanto de todos, que estaban sorprendidos y llenos de miedo (Mc 10,31). Pero también él, que iba delante se sintió alcanzado por la angustia. “He venido a arrojar fuego en la tierra”, pero será arrojado al abismo y “qué angustia hasta que se cumpla” (Lc 12,49-50). “Ahora mi alma está turbada” (Jn 12,27a).

Desde el Padre se vuelve a los hermanos

“Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan y los llamó a ellos solos a un monte alto” (Mc 9,2). ¿Qué se proponía con este gesto? Sin duda, les invitó a orar con Él, en la cima del monte, como a veces acostumbraba. “Subió al monte a orar” (Lc 9,28b). Tal vez tengamos el latido de su oración en el paralelo de Juan. Él les había enseñado a decir “Santificado sea tu Nombre. Venga tu Reino” (Mc 6,9-10). En realidad les estaba compartiendo su oración, Seguro que le habían oído orar así: “ahora mi alma está estremecida y qué voy a decir ¿Padre, sálvame de esta hora? Si para esto he venido a esta hora. “Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12,27-28a). Pero su oración es un dialogo, en el que el Padre le responde, “efectivamente le he glorificado y de nuevo le glorificaré” (Jn 12,28b).

- “Y mientras oraba el aspecto de su rostro se mudó y sus vestidos eran de una blancura fulgurante” (Lc 9,29). Fue transfigurado [por el Padre] delante de ellos” (Mc 9,2b; 2Ped

1,18; 2Cor 3,18). Se dejó ver de ellos, no en la semejanza (eikon) del Padre, sino en su misma figura (morphé) (Fil 2,6a; Jn 1,1-2; 14.18). Se les dejó ver también a Moisés y Elías, que estaban hablando con Jesús (Mc 9,4). Estaban también envueltos “en gloria” y “hablaban de su éxodo, que se iba a consumir en Jerusalén” (Lc 9,31; 9,22). La travesía aparece entonces, como la gloria de la cruz. En la cruz aparecerá el “Crucificado Señor de la gloria” (1Cor 2,8), el Reino ya comenzado en fuerza (Cf. 1Cor 2,5).

- “La nube les cubrió y sucedió la voz desde la nube: “Este es mi Hijo, el amado, escuchadle” (Mc 9,7 (Gen 22,2); Is 42,1; Ps 2,7; Deut 18,5). A los discípulos les sorprendió y sobrepasó aquel rostro iluminado (Heb 1,3). Y el asombro se convirtió en espanto. La nube les cubrió con su sombra. El Padre les pasó a la gloria de su Hijo. No solo les iluminó en su rostro, en el nuevo amanecer de la nueva creación (2Cor 3,17-18; 4,6), sino que les abrazó en el mismo abrazo de su Hijo, designándole a Él como el Mayor entre sus hermanos. “Este es mi Hijo, el elegido [el designado, el constituido], en medio de vosotros, delante de la mesa y del camino (Deut 18,15p).
- Estaba resonando en sus corazones, la oración que Jesús les había enseñado. “Padre nuestro. Santificado sea tu Nombre. Venga a nosotros tu Reino”. Asistían a los levantes de la aurora del Reino del Padre en el reino de “este mundo”. ¡Qué sorpresa! “Mirando en derredor, ya no vieron a nadie, más que a Jesús solo” (Mc 9,5). Y ¿Por qué su extraño encargo de que no contasen a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos?” (Mc 9,9). Ellos no entendían todavía, que el Reino viene por el Hijo humillado y levantado en su vaciamiento. “Tiene que ser anonadado” (Mc 9,42b; Fil 2,7p.) para que surja la recreación de todo (Mc 9,12 (Is 53,3); Ps 22,7; Mc 3,24; Act 3,21).

Volvían a los caminos y de nuevo se tropezaban con el señorío de Satanás, el muro y las cadenas demonizadas, la humanidad herida sin remedio. “Tus discípulos no han podido expulsar el demonio” (Mc 8,18). Jesús lo sintió profundamente. No habían abierto las manos, para pasarse entre las suyas al Padre. Se resistían a ello. Pero él les dijo claramente: “Esta clase con nada puede ser arrojada, sino con la oración” (Mc 8,29).

Para acogerlos en la mesa común

Había que salir de nuevo a los caminos. Habían venido contentos de la andadura. Jesús les había pasado la misma potestad que el Padre le entregó a Él. Una exclamación de alegría inundó su corazón. Un gesto de alabanza, compartido a nosotros, que veíamos y oíamos al Hijo (Lc 10,17.24). Salir a poner la mesa del Reino, con el pan partido. Había que levantar a los caídos, con su misericordia entrañable a la cabecera de la mesa, para que apareciera el corro de todos. La palabra sobre el samaritano con entrañas de misericordia (Lc 10,29-37), des-veló, que era necesario acogerla antes, orando junto con él, a sus pies. Por eso les llevó a Betania (Lc 10,38-42).

- Les faltaba el pan para la mesa. Ellos se dieron cuenta y se allegan a él. “Estaba él orando en cierto lugar y cuando terminó le dijo uno de sus discípulos, “Señor, enséñanos a orar. Él les dijo: cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu Reino. Danos cada día nuestro pan cotidiano” (Lc 11,1-3a). Para poner la mesa del Reino y su justicia (Lc 12,31; Mc 6,33; Rom 14,27) hay que suplicar su pan, como un amigo importuno,

como un niño confiado (Lc 11,5-13). Con el “pan espiritual” (1Cor 10,3; 11,17-27) todo será posible.

- Pero, ¿cómo poner la mesa si no se amaban con corazón indiviso? Jesús les insiste, una y otra vez, a medida que se adentraban en la noche. “Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas” (Mc 11,23; Mt 5,23-43). Buscad a los perdidos, venerad a los pequeños y juntos orad pidiendo entrañas de misericordia. “Yo estoy con vosotros” (Mt 18,1-34p). Era aquella súplica, que recomendaba tan insistentemente: “perdona nuestras ofensas”, “nuestros pecados” (Lc 11,4; Mt 12,9; 14-15).
- Y ¿qué hacer en la cerrada noche de la travesía? “Yo he venido para que tengan vida en abundancia” (Jn 10,10b). De la mesa hay que pasar al camino. De curar con las manos, a curar con las heridas. Es necesario dar la vida, partir el pan por la vida del mundo (Jn 12,14-18; 6,51.55-57). Bajaremos al abismo: dar la vida al amigo, entregándose a muerte. Y su oración confiada al Padre (Jn 11,41-47) es alcanzada también por la tribulación y la angustia (Jn 12,12-27a). Se hace necesario orar sin cesar, al avanzar la pascua donde destella la parusía. “No nos dejes caer en la tentación” (Lc 11,4b; 18,1-5 (18,9-17); 22,34-33).

Y pasarlos al latido de sus entrañas

El Hijo en la figura de siervo viene a poner en el monte la mesa del Reino del Padre. “Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que viene de nuestro Padre David! ¡Hosanna en las alturas! (Mc 11,9-10). En la casa de oración para todos los pueblos, convertida en cueva de ladrones (Mc 11,17-18p). Pondréis a las afueras en sus propias manos, la mesa pascual, que anticipa la cruz gloriosa, en pascua que inaugura la parusía. Lo ojos levantados al Padre, las manos extendidas a los hermanos y en ellos a toda la humanidad y el universo. “Mi cuerpo entregado por vosotros”. “Mi sangre de la alianza derramada por vosotros” (Mc 14,12-25p).

- Les ha entregado el aliento y el latido de sus entrañas, para que pase a manos de ellos y ellos se entrañen en su cuerpo misterioso. “Padre, ¡ha llegado la hora! ¡Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti! (Jn 17,1-5). “Quiero que donde yo estoy, estén ellos conmigo” (Jn 17,6-10). “Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío a ellos al mundo” (Jn 17,20-26). Resonaban las palabras en su corazón: “Padre, santificado sea tu nombre. Venga tu Reino. Danos el pan. Que sean uno. Guárdalos en tu nombre”. “Aquí estoy por ellos. Yo me consagro para que ellos sean consagrados en la verdad (Jn 17,17-19).
- Salieron del cenáculo y se fueron a orar al monte. Le acompañaban todos. Pedro Santiago y Juan un poco más de cerca. “Empezó a sentir pavor y angustia”. “Mi alma se muere de tristeza” (Mc 14,33b-34a). Rostro a tierra, “Abbá, Padre, todo es posible para ti; aparta de mí la copa, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que tú” (Mc 14,36). ¡Abbá, Padre, con infinita confianza, en absoluta obediencia, en desmedido abandono. Sintió la tribulación como nosotros, desde nosotros, con gritos y lágrimas, aunque era el Hijo (Heb 5,7-8; 4,15; 2,17-18). Entrando a nuestra orilla, configurado con nuestra flaqueza atribulada, se humilló a si mismo hecho obediente hasta la muerte” (Fil 2,7b-8). “Lo que

quieras tú”. Entre tus manos, desde tus manos. Rompiendo en ida y vuelta todas las ataduras, para quedar solo con Él, para Él, por ellos. “Padre mío... hágase tu voluntad” (Mt 26,42). En aquella hora se lo recomendó vivamente: “Velad y orad, para que no caigáis en la tentación; que el espíritu es pronto, pero la carne es débil” (Mc 14,38). “Mirad que el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vámonos de aquí! (Mc 14,41-42).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 28/7/2002*

5. El Hijo bajando a las entrañas de la tierra

Palabra viva: Marcos 15,26-30

“Llegó la hora. Mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vámonos de aquí!” (Mc 14,41b-42a). Con estas palabras terminaba la noche de oración, pasada en Getsemaní. En la palabra “va a ser entregado” expresaba Jesús todo el misterio de su Pascua. “Ser entregado”, en pasivo divino, significa, que quien le entrega a nuestras manos es el Padre mismo. “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único”, para que tenga vida eterna, para “que se salve por medio de Él” (Jn 3,16-17; 1Jn 4,9; Rom 8,32). El Padre le entrega por nosotros en el alieno del Espíritu Santo, pero él, a su vez, se entrega al Padre por nosotros en el mismo Espíritu, para entregarse a nosotros, desde el Padre, desenraizado, entregándonos este mismo Espíritu de Amor. Solo así, cuando el Padre le entregó y Él se entregó al Padre, pudimos entregarlo nosotros. Juan lo subraya en su evangelio. “Cuando les dijo “Yo soy” retrocedieron y cayeron a tierra” (Jn 19,7). En verdad “él se dio a sí mismo en rescate por todos” (1Tim 2, 6a; Mc 10,45; 14,24). A partir de su entrega, nosotros en verdad le entregamos: “le entregaron”, “le entregaron”. Es como el estribillo de su pasión. Se comprende bien que si Jesús, el Hijo amado, era y existe para el Padre en oración continua, podamos rastrear su oración en este paso, en el que va bajando hasta lo más profundo de las entrañas de la tierra” (Mt 12,40; Ef 4,9).

“Padre, perdónalos”

Del Sanedrín al Pretorio, del Pretorio al Gólgota. Le enclavaron en el madero, se repartieron sus ropas. Era la hora Tercia y le levantaron, enclavando en el madero la inscripción “El Rey de los judíos”. Condenaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Así “fue contado entre los criminales” (Mt 14,22-27; Jn 19,19 [18,36-37]; Is 53,12; Ps 69,22; Ps 22,19). Entonces, en aquel instante, volvió los ojos al Padre, mientras tenía las manos extendidas y enclavadas ofrecidas a los hermanos: **“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34a).**

- **“Padre, perdónalos”.** El Hijo, con infinita confianza, toma la palabra nueva y escandalosa del monte. “Amad a vuestros enemigos”, “para que seáis hijos de vuestro Padre” (Mt 6,44). Pero ahora aparece en sus labios, desde el latido de sus entrañas, de siervo, que se entrega rechazado y golpeado por los hermanos. “Fue contado con los rebeldes, cuando él tomó el pecado de los muchos e intercedió por los rebeldes” (Is 53,12). Hay en la súplica, como una disculpa amorosa ante el Padre. ¡Padre, el misterio de tu amor, al entregarme por ellos supera la capacidad de sus ojos y las dimensiones de su corazón! (Cf. 1Cor 2,8). ¡Nunca jamás lo vieron los hombres, ni las criaturas, ni los siglos! “No saben lo que hacen” (Lc 23,34a; Act 3,13; 13,27; 17,30). Por eso, cuando el hermano y

compañero de la cruz, le dijo con infinita confianza “acuérdate de mí cuando entres en tu Reino”, el Hijo le dijo: estamos inaugurando el Paraíso. “Amén, te lo digo hoy estarás conmigo” en él (Lc 23,43). En el corro haremos una fraternidad, en la comunión de mi amor mismo (Jn 19,25-27), y hasta mi túnica será para los soldados que vienen de los confines de la noche (Jn 19,23).

- **“Tengo sed”** (Jn 19,28). “Mi comida y mi bebida es hacer la voluntad del que me envió y consumir su obra” (Jn 4,34; 5,30; 6,38; Heb 10,9s). Habiendo amado a los suyos los amó hasta la consumación del amor (Jn 13,1b). Pero “nadie tiene mayor amor que el que pone y entrega su vida por los que ama” (Jn 15,13b; 1Jn 3,1b; Mc 10,45). ¡Tengo sed de consumir en obediencia por ellos tu encargo de amor! ¡Esta hora de angustia (Lc 12,50; Mc 14,34; Jn 12,27), ha sido ardientemente deseada por mí! (Lc 21,15). ¡Ahora es cuando la súplica del perdón, se puede hacer ofrenda de la sangre! Así se puso en manos del Padre justo al “llevar sobre el madero nuestros pecados en su cuerpo” y al “curarnos con sus heridas” (1Pe 2,23-24; Is 53,5.6.12). En aquella hora que bebía la copa convirtió la copa en la última entrega de su sangre. Y la entrega de la cena. “Sangre derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mt 26,28) se realizaba en el madero, única y misma, “por la vida del mundo” (Jn 6,51), para prender de fuego la tierra” (Lc 12,49). Así el Padre, “nos agració en el Amado”. En Él tenemos la redención por su sangre, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia (Ef 1,6b-7; Apoc 1,5; Col 1,20; Heb 9,22).

“¿Por qué me has abandonado?”

Ahora es cuando nosotros podemos entregarle. Fuera de las murallas, levantado en el madero de los criminales, entre los luchadores a sangre y fuego por la liberación, se ve burlado de todos. El pueblo sencillo, que pasó por delante le hiere hondamente su corazón. ¿No eres tú el que iba a poner en el monte el hogar y la mesa para secar las lágrimas de todos nosotros? (Cf. Mc 15,29). “Tú, el Hijo de Dios” (Mt 27,40). Pero hacen corro en torno a él, tanto los dirigentes, luchadores también por la integración, sacerdotes y letrados. Su injuria alcanza un latido vivo de su alma. ¿No eres tú el que curabas a los pobres, para inaugurar el reino de los cielos? (Cf. Mt 15,31). “¡Tú eres el Rey de Israel, Yahvé mismo!” (Mt 27,42s). “¡Tú el Ungido de Dios, el designado, el elegido!” (Lc 22,35). Por fin los compañeros de suplicio, ¿Qué se puede hacer por este pueblo y esta tierra solo con la ternura de la misericordia? (Cf. Mc 15,32). ¿Era este el reinado de Dios? ¿No era necesario “la guerra santa”?

- **“Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?”** (Mc 15,34; Ps 22,2). En la hora nona la oscuridad inunda la tierra entera. Comienza el día del Señor (Am 8,9). ¿Es que todos han entrado en la noche, abandonados a los deseos de su corazón? No, es que el Padre, ha cargado sobre Él, la culpa de todos nosotros (Is 53,6; 2Cor 5,21; 1Ped 2,25). Entonces comenzó a orar con el Salmo 21, entretejido con el 69 y el 30. ¡Dios mío, Dios mío, Porque me has abandonado! (Ps 22,2). Tú el santo entronizado. A ti clamo y no me respondes. En verdad, “soy un gusano y no un hombre” (22,7; Mc 9,12). Ya ves, todos se ríen de mí, todos se burlan de que en ti he confiado, como perros mis hermanos, me acorralan, mientras mis huesos se dislocan. En verdad, mi boca está reseca (Cf. Jn 19,28) y mi corazón se llena de congoja (Cf. Jn 12,27).
- **“Todo está consumado”** (Jn 19,28). Ahora, cuando al expresar el deseo más hondo de mi alma para que tu vida, pase a todos (Cf. Jn 17,1-5), me han golpeado en el rostro

dándome vinagre. Al amarles tanto soy un extraño para mis hermanos (Ps 69,9). El amor ardiente por tu casa, ha hecho que descarguen sobre mí los golpes que iban dirigidos a tu rostro (Ps 69,10; Rom 15,3; Heb 11,26). Es por eso por lo que me han dado vinagre. Es ahora, cuando puedo amarles, “hasta el extremo” (Jn 13,1). Padre, tú mi alcázar y mi refugio. Me abandono en ti, me paso a tus manos. “En tus manos pongo mi Espíritu”. “Tú Dios de la verdad” (Ps 30,6). Mi destino en tus manos, “que brille tu rostro y me salve” (Ps 30,15.17).

Dando un fuerte grito expiró

Solo queda el silencio. El Hijo del Amor, abandonado, se abandonó. El Padre le ama ahora más que nunca, le sostiene ahora más que nunca. Es ahora, cuando el Hijo más que nunca ve el último encargo. No ha perdonado a su Hijo, para darnos en gracia todo con Él (Rom 8,32). No fue Abraham, el que entregó a su Hijo, a la muerte, ha sido el Padre, inmenso, en la consumación de la fidelidad de su misericordia. Sí, es el “día de la expiación”. Él pondrá, la Víctima, hecha pecado por nosotros, colgado en el madero de la maldición (Cf. Gal 3,13; 2Cor 5,21; Rom 8,3; Rom 3,23-25; 4,25-5,21). Es de noche, la única noche enteramente oscura.

- El Hijo pasa a la absoluta obediencia. Y silenciosamente continúa su oración, sin levantes de la aurora. “Contaré mi fama a tus hermanos” (Ps 21,23; Jn 20,4; Heb 2,12). Los pobres comerán hasta saciarse” (21,27). Vendrán a su mesa, desde los confines de la tierra (21,25; Is 45,22; 52,10). Ante Él se postrarán las cenizas de su tumba” (21,30). Del Señor es el Reino” (21,29). Su descendencia contará su justicia, todo lo hizo el Señor (21,31; Apoc 11,5; 12,10; 15,3-4).
- “Se desgarró el velo del templo de arriba abajo” (Mc 15,38). El corazón del Padre abierto de par en par. Es el día de la gracia: toda la redención, toda la reconciliación, toda la nueva creación. El Hijo ha entrado al abismo de nuestra noche, “dando un fuerte grito expiró” (Mc 15,37). Y como el padre que muere, se transfigura su rostro en sonrisa y su corazón en manantial (Mt 27,50; Jn 10,30). “Verdaderamente es el Hijo de Dios” (Mc 15,39)-

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 4/8/2002*

6. El Hijo entrando a las entrañas del Padre

Palabra viva: Mt 28,16-20

El Hijo del amor ha bajado hasta el corazón de la tierra. “Jesús dando un fuerte grito expiró el Aliento”. “Y el velo del templo se desgarró en dos, de arriba abajo” (Mc 15,37-38). El Padre ha abierto sus entrañas, entregándonos a su Hijo para que vivamos por medio de Él (Jn 3,16; 1Jn 4,9). Y el Hijo amado, abiertas sus entrañas de par en par, nos alentó su mismo Aliento (Mt 27,50). El esperado “reino de Dios” es ahora “el Cuerpo de Jesús”, más aún “los despojos de Jesús” (Mc 15,43.45). El universo ha da un salto de alegría. Todo está consumado: el Padre le entregó; nosotros lo entregamos; Él mismo se entregó a sí mismo. “E inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn 19,30). Así se va a consumir en plenitud el abrazo pascual de su amor. Efectivamente cuando se desgarró el velo del templo de arriba abajo (Mt 27,51a; Cf. Ex 26,31ss; Heb 6,19), “la tierra se estremeció y las piedras se desgarraron, y los sepulcros fueron abiertos y muchos cuerpos de los santos, que yacían, fueron levantados, y salieron de los sepulcros, entraron en la Ciudad santa, después de su resurrección”, la del Hijo del Amor (Mc 27,51; Heb

12,26; Ez 37,12; Is 26,19; Dan 12,2). Ha empezado a germinar la nueva creación, la nueva humanidad, la tierra nueva y los cielos nuevos, donde habita la justicia (2Ped 3,13; Is 66,22; Apoc 21,1).

Levantado a su derecha, a la cabeza nuestra

“Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras” (1Cor 15,3b; 1Ped 3,18; Is 53,55. 85) y fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras (Mc 8,31p; Lc 24,7p; Os 6,2; Jon 2,1) ¿Qué ha sucedido al llegar el Hijo a las partes más bajas de la tierra” (Ef 4,9), a su mismo corazón (Mt 12,40)? Lo primero fue un abrazo íntimo de amor, en toda su altura, hondura y anchura. Todo lo mío es vuestro y lo vuestro mío. El mismo abrazo en el Espíritu, que el Padre le dio a Él (Cf. Jn 17,9a), nos lo ha dado a nosotros (Cf. Jn 6,37-40). Ha pasado enteramente a nuestra orilla y nos ha entrañado en sus entrañas, desde los últimos confines de la tierra.

- El Padre baja a resucitarle. Se deja ver el resplandor de sus manos, que remueven la piedra y abajo, en la fosa misma, lo alienta, lo levanta, lo encumbra, lo designa, lo constituye, como el Primogénito a su derecha (Mc 16,1-8; Lc 24,1-9; Mt 28,1-8; Jn 20,1-10). El Padre “resucitó al Señor y nos resucitará a nosotros con su fuerza” (1Cor 6,14), “resucito a Jesús el Señor nuestro desde los muertos, a Aquel que fue entregado por nuestros pecados y levantado para nuestra justicia” (Rom 4,24b-25). “Ha sido levantado”. Ha sido resucitado” (Mc 16,6b). Ha bajado hasta los “despojos” de su Hijo y le ha alentado su Espíritu, estrechándolo contra su corazón, en la fuerza luminosa, en la luz poderosa del Espíritu Santo (Rom 6,4; 15,11; 1Cor 15,45). El “Viviente” (Apoc 1,18), nuestra vida, ya su Hijo levantado.
- El Hijo, a su vez, se ha levantado (Fil 2,8-9). El Padre le amó y le encargó, en favor nuestro que entregara la vida, para tomarla de nuevo. “Nadie me arranca la vida, yo la entrego, desde mí mismo. Tengo potestad, para entregarla y tengo potestad para tomarla de nuevo. Este es el encargo que recibí de mi Padre” (Jn 10,17-18; 3,35; 15,13; 14,31). “¡Abbá, Padre!” Se ha puesto en pie (Jn 20,7), dejando atrás la muerte. En su corazón resonaban aquellas palabras: “Por esto se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas y mi carne descansa serena. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha” (Ps 15,4-11; Act 2,25-28; 13,35). “Tu gracia vale más que la vida. Mis labios te alabarán jubilosos, porque fuiste mi auxilio y tu diestra me sostiene” (Ps 63,4.6b.8-9).

El Padre abrazándole en el Aliento del Espíritu Santo, ahora en nuestra carne, en el abismo de la tierra, le dice con más novedad todavía la palabra que de Él nos venía diciendo: “Tú eres mi Hijo” (Mc 1,11; Lc 3,22b). Tú el Hijo de mis entrañas. Hoy te he engendrado. El “hoy” de siempre ahora en la carne de los hermanos (Ps 2,7; Act 13,33; Heb 1,5; 5,5-10).

Para arrastrar a todos hacia él

“Por la cual Dios le sobre-encumbrió y le agració en del Nombre sobre-todo-nombre” (Fil 2,6-11; Act 2,33; 5,31; Ef 1,21; Heb 1,4) Le abrazó alentándole y le pasó de la muerte a la vida, del último lugar al primero. Al Hijo unigénito, que los hermanos, grandes y pequeños, le asesinaron, el Padre le levanta sobre toda su familia, toda su casa, todo su camino. Lo levanta sobre toda la humanidad, sobre todo el universo, sobre toda la historia. Desde más arriba, más abajo, hacia más adelante. “Me ha sido dado poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,28 [Dan 7,14] 1Jn 3,35; Apoc 12,10; Ef 1,20-23). “Le dio como cabeza del Universo a la iglesia que es cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud” (Ef 1,22-23). Levantado a su derecha y a la cabeza nuestra,

a la cabecera de la mesa y de la marcha, le designó, selló y constituyó como Primogénito y Heredero de todo y de todos (Cf. Col 1,11b.23; Ef 1,3.13; Apoc 5,8-14). “Mará Jesuah Mesiah” Señor, Jesús Cristo” (Fil 2,11). Mará, Hijo de las entrañas; Jesús, hermano levantado en el madero; Mesiah, Cristo, brecha de la justicia y de la paz. Para abrir paso en consumación al reino de la Gloria del Padre (1Cor 15,24-28; Ps 110,1; Ps 8,7). Maranatá. En la mesa delante ya estás, te abres paso adelante en el camino; y te volverás antes de entrar en el último hogar del Padre.

- El Padre le dice. Te he pasado a manos de todos y de todo. A todo y a todos los he pasado a tus manos (Jn 17,2). El Aliento del Amor, que he alentado en ti, se lo he alentado a todos. Y a todo en ti, pues eres el Hijo mayor, el Primogénito, el heredero. En todos tu Aliento y tu imagen. Es la hora primera de la creación. Al hombre primero que encabezaba a toda la humanidad y el universo le hice “vida viviente”; pero a ti que eres el último Adán, te constituyo en “Espíritu vivificante” (Cf. 1Cor 15,45 (Gen 2,7); Rom 8,11; Jn 6,33). Aliento y fuego que inundará todo el universo y la humanidad y los siglos para innovar cada mañana la travesía (Cf. Act 2,1-36).
- “Y encumbrado a la derecha de Dios, acogiendo la promesa del Espíritu Santo, desde el Padre, lo derramó sobre nosotros” (Act 2,33). Conocemos el diálogo íntimo. Padre, me encomendaste que me sembrara como grano de trigo en la tierra, para que el universo y la humanidad entera tuvieran pan partido, encendido de Espíritu, y así puesta tu mesa, para tu corro y tu senda, para que todos los hijos dispersos, en la entera travesía (Jn 11,52; 12,21b.23.24). Tú me dijiste que glorificarías y glorificara tu nombre. Sí, Padre, glorifica tu nombre. Me levantaste sobre el madero en el abismo, para que compartiera a toda carne, la vida íntima que compartimos (Jn 12,27-28; 17,1-13). Ahora es el instante de la gravitación de todo hacia mí. “Cuando fuere levantado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn 17,32). “Yo por ellos me consagro, para que sean consagrados en la fidelidad” (Jn 17,19).

El Padre alentó el Aliento de su Hijo en todo su cuerpo misterioso, en toda su “personalidad corporativa”. Y el Hijo al volverse atrae a todo su cuerpo misterioso hacia el corazón del Padre. El Hijo es cabeza del universo, siendo cabeza de la iglesia, para llevar todo a plenitud. Pero el Concilio Vaticano II expresó este encabezamiento del Primogénito de entre los muertos, primogénito de toda creación y primogénito de muchos hermanos (Col 1,18; 1,15; Rom 8,29; Heb 1,6; Apoc 1,5), con una palabra de gran alcance. Así podemos descifrar hoy el “Padre nuestro, en conexión viva, inseparable e inconfundible con la oración de todos los hombres y de todas las criaturas (Ef 1,14; Rom 8,11.23; Rom 8,18-21). Caminamos hacia la recapitulación del universo. En su encabezamiento (Col 1,16; Ef 1,10.23) hacia el corazón del Padre (1Cor 15,28; Fil 3,21; Cf. GS 22.32.45; desde LG 1-8). “Cristo murió por todos (Rom 8,32) y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir la vocación divina. En consecuencia debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo solo conocido por Dios, se asocien a este misterio Pascual” (GS 22). Pero este Aliento del Primogénito en toda la familia humana, con todo el universo y toda la historia, sucede desde el Memorial de la Cena del Señor, por Cristo, con Él, en Él y desde Él. Su vuelta al Padre, por nosotros, no es solo una gravitación, es un encuentro vivo y pascual donde sucede únicamente en verdadera plenitud su misma oración al Padre, por todos, desde todos y para todos. “Abbá, Padre” (Gal 4,6; Rom 8,15; Mc 14,36).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 11/8/2002*

7. Por el Hijo tenemos entrada al Padre

Palabra viva: 1Pedro 3,18-19.22; 4,5-6.

A las tres de la tarde del Viernes Santo, quedó abierto el corazón del Padre para siempre, de par en par. El velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo (Mc 15,38). Era el día de la reconciliación en la expiación (Lev 16,13-15). Pero no fuimos nosotros quienes pusimos la víctima derramando la sangre sobre el propiciatorio. Fue el Padre quien puso la “expiación” entregando a su Hijo en el madero de los criminales. “Gratis, en su gracia...” “en su sangre” (Rom 3,24-25; 4,25). En esta gracia, en la que estamos, tenemos entrada al Padre por Jesucristo en el Espíritu (Rom 5,1-11). “El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a agraciarnos en gracia todo con él” (Rom 8,32). Y como el Hijo, al ser entregado se entregó a sus manos por nosotros pudimos ya en el Gólgota asomarnos al corazón del Padre, en el costado traspasado de su Hijo (Jn 19,34), por donde manaba en el agua y la sangre, el Espíritu que brotaba desde “arriba” (Jn 3,5.7b.16-17; 19,28-30.34). Pero este abrazo de amor que el Padre nos dio por su Hijo en el Espíritu, se nos des-entrañó y desveló todavía más cuando bajó al corazón de la tierra, para ser levantado desde los muertos (Mc 16,5-6; 1Cor 15,45; Jn 6,63; 2Cor 3,17; Rom 8,11). Y todavía más se des-entrañó cuando levantado a la derecha del Padre, alcanzamos la entrada al abismo de su corazón por medio de Él (Ef 2,4-10.14-18).

“Voy a mi Padre y Padre vuestro”

Era todavía el amanecer del día primero. Magdalena se sobresaltó de júbilo al ser llamada por su nombre. Pero cuando le abrazó los pies, oyó una palabra misteriosa, “aún no he subido al Padre, ve donde mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y Padre vuestro, a mi Dios y Dios vuestro” (Jn 20,17). Era la misma palabra que los discípulos habían escuchado en la Cena: “he salido del Padre y he venido al mundo, ahora dejo el mundo y voy al Padre” (Jn 16,28). Ya lo había dicho desde el principio. No vino por sí mismo, vino porque el Padre le ungió y le envió por la vida del mundo, para reunir a todos los hijos dispersos (Jn 8,42; 10,36; 6,51b; 11,52). La verdad de su gracia, la fidelidad de su misericordia, las entrañas del “Yo soy” aparecerían cuando sea levantado a lo alto (Jn 8,18), en la “hora” de la consumación victoriosa de su amor. Les amó hasta el extremo, para pasarse al Padre, pasándonos a nosotros con Él (Jn 13,13). Por eso la palabra “hermanos míos” tiene en el Día primero una hondura irrastreable (Jn 20,17; Mt 28,10).

- “Mis hermanos” (Mc 3,34b) se lo oyeron por vez primera, al empezar el camino, cuando les enseñó a decir “Padre nuestro”, “Padre” (Mt 6,9; Lc 11,2a). El misterio de su presencia inauguraba un corro, una mesa, una senda, el Reino del Padre. Envueltos en este abrazo de misericordia, serán de verdad sus hermanos, si “hacen la voluntad de Dios”, “mi Padre que está en el cielo” (Mt 12,50; 7,21). Pero ese Padre, al que llamaban como pequeños, era el “Padre vuestro en los cielos” (Mt 7,11; Sant 1,17). Hermanos suyos, todos en el corro, y a su lado los pobres, a los que llamaba “mis pequeños hermanos” (Mt 25,40; 10,42), puestos a la cabecera de la mesa, en anticipo de la parusía, para pasar por entero al corazón del Padre.
- “Mis hermanos” se lo oyeron en el madero (Ps 22,23; Cf. Mc 15,34), en aquel abandono abismal, que era todavía abrazo más íntimo, acogiendo a los hermanos perdidos en la noche. “Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo”. Ahora pasaban a las entrañas del Padre, desde Él, que cerradas las manos sobre ellos se hundió en el abismo, para comulgar por entero en su destino (Rom 8,32; 8,3). El Padre se había propuesto para inundar de fuego a la humanidad, peregrina en la noche, consumir con sufrimientos al Hijo de sus entrañas que había de llevar a muchos hijos al hogar de la gloria, como el iniciador y pionero de la salvación (Heb 2,10-11; 5,8; 12,2; Act 3,15). Misericordioso y

fiel, “no se avergonzó de llamarnos hermanos”, “asemejándose en todo con ellos” (Heb 2,11b.17).

“Subo al Padre mío y Padre vuestro”, “mi Padre y Padre vuestro”. La palabra misteriosa de la Pascua, traducida muchas veces como diferencial, se debe traducir con mayor exactitud (“y” exegética): El Padre mío, precisamente Padre vuestro. Con lo que se adivina que Él es el “Hermano mayor”, “el Señor de todos”, “el Primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8,29).

“Aquí estoy con los hijos que me diste”

“Subió a la altura, llevándose cautiva a la cautividad, dando así dones a los hombres. “Y ¿por qué subió, sino porque bajó primero a las partes más bajas de la tierra. El mismo que bajó es el que subió por encima de todos los cielos, para llevar el universo a plenitud” (Ef 4,8-10; 1Ped 3,19; Jn 3,13.16.22; 17,5; 20,17). Efectivamente “el Señor Jesús ha sido levantado al cielo y se sentó y le encumbró por encima de todos y de todo, y le sentó a su derecha y le dijo: “Tú eres mi Hijo” (Ps 2,7; Act 13,33; Heb 1,5; 5,15) “Siéntate a mi derecha” (Ps 110,1; Cf. Dan 7,13). Tú mi Hijo, Tú mi heredero, Tú mi Primogénito, Primogénito de la nueva creación que en gracia recrea la primera. Primogénito a la cabeza del corro, del corro y de la senda de los hermanos. La Parusía ha comenzado ya en la pascua (1Co 15,25.28; Ps 110,1; Ps 8,7). “Le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a plenitud” (Ef 1,20.22).

- “Yo por ellos me consagro” (Jn 17,19). Ante el Padre está por todos ofreciéndose el mismo a sí mismo para que seamos santificados en la verdad. Único Mediador entre Dios y los hombres, Mediador de la Alianza nueva en su sangre (1Tim 2,5; Rom 5,15; Heb 7,12; 8,6.10; 9,15-20; 12,21; 13,20). Entra al santuario con su propia sangre, para la redención eterna, ofreciéndose a sí mismo en el Espíritu, para inaugurar la nueva creación (Heb 9,12). A la derecha del Padre intercediendo por nosotros (Rom 8,34). Abogado y defensor por nosotros y por el mundo entero (Jn 2,1-2; 4,20; 11,51; 2Cor 5,14-6,2).
- “Aquí estoy con los hijos que me diste” (Heb 12,13). Asombrosa palabra, misteriosamente verdadera “pues Dios rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por nuestros pecados nos con-vivificó en Cristo... y nos con-resucitó y nos con-asesentó en los cielos en Cristo Jesús (Ef 2,5-6). Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús, para sobre-desbordar a toda la creación y a todos los siglos la irrastreable riqueza de su gracia (Ef 2,6; 3,8.21).

“Padre, quiero que donde yo estoy estén también ellos conmigo”, para que sean consumados en la unidad y el mundo conozca que tú me has enviado y les has amado a ellos, como me has amado a mí” (Jn 17,23; 3,35). Así, se ha abierto el camino nuevo y vivo, a través de su cuerpo para entrar en el corazón del Padre (Heb 10, 20).

Por él todos tenemos entrada al Padre

“Él es nuestra paz” (Ef 2,14). En su cuerpo mediante la cruz nos ha reconciliado con el Padre, para hacer de todos un Hombre nuevo, inaugurando los cielos nuevos y la tierra nueva. Derribó el muro, que nos separaba del Padre, y así derribó el muro, que nos separaba de los hermanos y así derribó el muro que atravesaba el mundo, desintegrándolo en el odio (Ef 2,14-17; 2Cor 5,17-19; Col 1,22). Así todos, los unos y los otros, separados por el muro “tenemos entrada al Padre en un único Espíritu” (Ef 2,18; 3,12; Rom 5,1-5). Ahora se puede cumplir la palabra de la

despedida: “Voy a prepararos un lugar (en la casa de mi Padre Pero después vengo y os tomaré allegándoos a mí mismo, para que donde yo estoy estéis también vosotros conmigo” (Jn 14,3).

- El Hijo del Amor, el pastor bueno (Jn 10,14-16), el Pastor herido (2Pe 2,24-25), el Pastor supremo levantado del abismo (Heb 10,20), se ha convertido en puerta de entrada (Jn 10,6; Ef 3,12). Él es el camino, la verdad y la vida de nuestra filiación, de nuestra fraternidad y nuestra herencia. Camino abierto, que al recorrerse se consuma en la verdad y se desentraña en la vida (Jn 14,6; Heb 10,20).
- Pero entrando con Él al Padre, en el Espíritu, en su misma oración, entramos a la comunión de su iglesia, para la recapitulación del universo (Ef 2,19-22; 4,1-16). La oración viva de toda la creación y de toda la humanidad sucede en la gravitación. Pero parte de la mesa pascual y a ella se dirige. El encuentro pascual, es centro y cumbre, arranque y término de todos los gemidos de la creación, acogidos en la fraternidad del Señor.

“Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia” (Heb 14,10). Las manos del Hijo abiertas, heridas y encendidas, entre las del Padre, para que por fin sea Él todo en todos (1Cor 15,28).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 18/8/2002*

8. Vuelto al Padre, se vuelve a nosotros

Palabra viva: Juan 20,19-23

Era el atardecer del día primero y los discípulos se mantenían en el cenáculo, con las puertas cerradas. Tenían miedo a los judíos. Creían que les iba a pasar lo mismo que a Jesús, pues el mundo los odiaba, como le odiaba a Él (Jn 20,19; 15,8; Mt 10,20). Pero sobre todo sentían el peso de la traición, estaban con el corazón desgarrado y los ojos llenos de lágrimas (Mc 16,10b). En esto “llegó Jesús y se puso en pie en medio de ellos” (Jn 20,19b). En la misma Mesa, a la cabecera. Como en la Cena pascual, que parecía presente y desentrañada en plenitud. Él les reunió en corro, en torno suyo. Se lo había dicho en la despedida. Voy al Padre a prepararos el hogar pero “de nuevo vuelvo” y os acogeré contra mi corazón, volviéndoos a mí, “para que donde yo estoy, estéis también vosotros conmigo” (Jn 14,3). Es verdad, que cuando se volvió al Padre, atrajo a todos y a todo hacia sí; y al levantarle a él, levantó a todos y a todo. Al “último Adán (el Padre) le hizo Espíritu vivificante” (1Cor 15,45). Todo fue creado por Él, en Él y para Él (Jn 1,3; Col 1,16). Pero en su Pascua comenzó a ser recreado por Él, con Él y para Él (1Cor 15,20-28). Hermano mayor, levantado de entre los muertos, para ser el iniciador y consumidor en la plenitud, y ser el primero de todo (Col 1,18). Cabeza del universo en la iglesia, para llevar el universo a plenitud (Ef 1,20-23). Era necesario que Aquel, que alentó y configuró la creación y alienta y transfigura la nueva creación viniera al encuentro de sus hermanos.

Les mostró las manos y el costado

“Les dijo: Paz a vosotros. Y dicho esto les mostró las manos y el costado” (Jn 20,19-20). En la parábola primordial de la familia humana, vemos ya diseñada la necesidad del doble encuentro. El Padre, para construir su familia, su hogar y su senda, engendra a los hijos en sus entrañas, pasándoles el aliento y la imagen. Todo el hogar y toda la senda, constituida también para sus hijos, está alentada y marcada por las huellas de su amor. Pero los hijos son aliento e imagen suya. Y esta pro-creación es un camino, que comienza al engendrarlos y continúa al educarlos,

enriqueciendo el aliento y ahondando la imagen. Pero los hijos son libres. Y el don más grande de su amor consumado debe ofrecerse en gratuidad y en libertad. Por eso el encuentro en la mesa, sobre todo en la mesa del final del camino, el amor se hace necesario.

- “Paz a vosotros” (Jn 20,19c; Lc 24,36b). Están a la mesa, a la hora de cenar (Mc 16,4) y se dejó ver de ellos, en revelación inaudita (1Cor 15,5). ¿Qué extraño que se asustaran como en la noche del lago, al verle con otra “figura” (Cf. Mc 16,12b; Lc 24,37p)? “Mirad mis manos y mis pies, soy yo, el mismo” (Lc 24,39; 1Jn 1,1). Las manos y los pies estaban heridos, el costado abierto, recién traspasado (Jn 20,20.25; 19,34). Ahora podéis entrar al Padre, por mí, conmigo, en mí, desde mí. Él os ha reconciliado en este día de la gracia (2Cor 5,15-6,2p; Rom 5,1-2; 1Ped 3,18; Ef 3,1). Ahora ya tenéis entrada a sus entrañas, hijos conmigo (Jn 17,24).
- “Paz a vosotros” (Jn 20,19c; Lc 24,36 b). Al entrar por mi corazón al Padre, se derribó el muro que os separaba. Ya nos sois enemigos, ni siquiera extraños ni forasteros. “Él es nuestra paz” (Ef 2,14.19). Ni el color, ni la riqueza, ni la sabiduría, ni el sexo, ni la fe. Ya no cuentan, pues sois un cuerpo conmigo (Gal 3,28; 6,15). Habéis entrado conmigo al abrazo común con el Padre, y ahora podéis acogeros como el Padre me acoge a mí: unos en otros, unos desde otros, todos uno (Jn 17,21c.23a). El mundo se asombrará y encontrará la mesa común tan ansiada.

“Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20,20b). “¡Es el Señor!” (Jn 21,7). Les sobrecogió todavía más cuando les pidió algo para comer. La vida de la gracia, suya entera, era la fidelidad de la misericordia, sobre-desbordada. No eran ni siquiera capaces, de ofrecerles sus manos. Solo les quedaba el júbilo y la alabanza. “No podían creer por la alegría” (Lc 24,41a).

“Como el Padre me envió, os envió yo a vosotros”

Les había entrañado en su corazón. Les había abrazado entre sus brazos. Pero no terminó aquí el asombro. Sus brazos se abrieron más allá de ellos: “De nuevo les dijo: Paz a vosotros”. Esta paz que os ha reconciliado con el Padre y entre vosotros, esta “paz mía”, que os doy (Cf. Jn 14,27) es para la vida del mundo. “Porque el Padre que me envió [como el Padre me envió] así también os envió yo a vosotros” (Jn 20,21). El corazón se les sobresaltó de nuevo. Eran las mismas palabras de la cena pascual, que se desentrañaban ahora. “Padre santo” (Jn 17,1), “como [porque] me has enviado al mundo, también yo los envió al mundo” (Jn 17,17). “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18b; Dan 7,14; Ef 1,20.23; Ap 12,20). El mismo encargo, la misma potestad, que Él puso en mis manos, la pongo yo en las vuestras (Jn 3,3; Mc 2,10; Mt 11,27 p; Lc 22,29). La verdad es que ellos se sintieron acobardados, tentados de cerrarse sobre sí. Veían el mundo en manos del maligno y palpaban a su corazón, y no lo tenían a punto. Se veían débiles, incapaces (Mc 16,14; Mt 28,17; Lc 24,25), pero la fidelidad del Señor, fue la victoria de sus hermanos. Lo de antes, fue un ensayo. Ahora os amo todavía más, ahora comenzamos, ahora salimos al despuntar la aurora.

- Es la hora de poner la mesa en los confines. “Id al mundo entero, proclamad el evangelio a toda la creación” (Mc 16,15; Col 1,23). Es el Reino del Padre, inaugurado ahora entre mis manos, al constituirme Hermano mayor y heredero de todo. “En mi nombre” (Fil 2,6-11) abriréis la brecha en el señorío de los poderes. Inauguraréis el paraíso, poniendo a la cabecera de la mesa a los desvalidos (Mc 16,16-18).
- Es la hora de reunir la familia de todos los confines. “Id y haced discípulos de todos los pueblos” (Mt 28,19). El corro de hermanos reunido por el Padre, en torno a su Hijo, en

aliento del Espíritu (Mt 28,19b; 2Cor 13,13; Jn 1,1-3), corro que se haga camino sobre mis mismas huellas (Mt 28,20c; Jn 14,23), en bienaventuranza pascual.

- Es la hora de ofrecer el manantial único de la vida, el perdón, en el agua y la sangre. El memorial mismo de la Pascua. “Era necesario que Él padeciera” (Lc 24,7.26; Is 53; Ps 22; Deut 18,15). “Es necesario que Él reine” (1Cor 15,25p). Es necesario “que sea proclamado mi nombre, el perdón de los pecados, para la conversión de todos los pueblos, desde Jerusalén” (Lc 24,47). En vuestras manos, el memorial (Lc 22, 19b; 1Cor 11,24; 11,25b). En vuestras manos todo el perdón, don y encargo (Jn 20,23; Mt 16,19. 18,18; Cf. Lc 5,21; 24,38ss).

Y les alentó el Espíritu Santo

En la cena le oyeron una palabra misteriosa. “No os dejaré huérfanos” (Jn 14,18). Ahora se desentraña. “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20b; 1,23; 18,20). Os acompañaré en el camino, colaborando con vosotros, en las palabras y en los signos” (Cf. Mc 16,20). Pero al pronto tuvo un gesto sobrecogedor. “Dicho esto alentó sobre ellos y les dijo: “recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,22). ¡Qué asombroso beneficio de su amor por nosotros!

- Le vieron colgado en el madero, vuelto al Padre, hablando con él: “Tengo sed”. “El amor está consumado” (Jn 19,28b.30a). Pero después se volvió a todos y a todo. “Inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn 19,30b.34). Ahora le ven con sus mismos ojos: el corazón traspasado, las manos heridas y el aliento de sus entrañas (Jn 20,20.22b). Eran pequeños de barro frágil, desalentado (Gen 2,7; Ez 31, 9; Sb 15,1). Pero ahora sucedió el milagro, entraban al corazón del Padre, en ese mismo aliento, al corazón de los hermanos, en este mismo aliento al corazón del mundo. El Reino de Dios amaneciente, justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17; Mt 6,35). “Él es nuestra paz” (Ef 2,14).
- “La gracia y la verdad han sucedido (Jn 1,14; 3,16-18; 8,36-38). En gracia sobre gracia, lo hemos recibido todo de su plenitud (Jn 1,16; Col 1,19); Ef 1,20-23). De la gravitación, hemos pasado al encuentro de la plenitud. Los brazos se extendieron a todos. Gracia a la libertad. Y les fue abrazando uno por uno. Y les dijo a cada uno “aquí tienes mis manos”. Era una ofrenda que sobreviene, sobrecoge y sobrepasa. Es posible ponerse de rodillas, abrazarle los pies y decirle: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,27.29; DH 9-11; LG+GS/SC/DV).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 25/8/2002*

9. Para arrojar Fuego a la tierra

Palabra viva: Hechos 2,32-47

Cuando el padre de familia está a la cabecera de la mesa se ve la hondura de su amor. Pero cuando sale al camino, para llevar adelante a toda la familia, a toda la casa, en toda la andadura, se desentraña y desvela la anchura de su amor, que arrastra a todos, hacia la plenitud de su amor. Va des-entrañando su aliento en su trabajo, en el ejemplo, que se contagia y se pasa silenciosa, invisiblemente. Cuando se vuelve de nuevo a la mesa del encuentro, el fuego se hará sobre-desbordante, brecha nueva y viva, de comunión y recapitulación.

Esta sencilla parábola es una pequeña sugerencia para acercarnos a Pentecostés, la plenitud de la Pascua del Señor. Marcos lo anota con brevedad insondable. “El Señor Jesús,

efectivamente, después de hablarles fue levantado al cielo y se sentó a la derecha de Dios” (Mc 16,16). La aclamación pascual es un grito de alabanza. “El aparecido en la carne, hecho justicia en el Espíritu, ha sido levantado a la gloria” (1Tim 3,16). Lucas lo explica con más detenimiento. Se sentó con ellos a la mesa después de padecer, “les habló del Reino de Dios” (Act 1,3b). El Padre ha puesto su Mesa entre mis manos, a las que ha pasado las vuestras. Ellos continuaban pensando en un Reino de este mundo del que Israel sería el centro. Pero él les sobre-pasó al decirles. No, es el Reino del Padre, venido de más arriba. Inaugurado más abajo, se abre más adelante, en desmedida anchura. El Reino de su justicia y de su paz (Cf. Is 32,15.17), el Fuego que viene de lo alto, el perdón de los pecados en el fuego del Espíritu. “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo y seréis mis testigos, hasta el fin de la tierra” (Act 1,8; 15,32; 10,41). Al terminar de decir esto vieron que “fue levantado”, por las manos en luz del Padre, para ponerlo a la cabecera del camino, hasta que vuelva (Act 1,9-11).

Encendidos de Espíritu Santo

Se volvieron al mismo Cenáculo de la Pascua, ahora más ensanchado. Apóstoles y discípulos con algunas mujeres, y en medio de ellos María, la madre de Jesús. Todos permanecían orando con las manos abiertas, con corazón unánime (Act 1,12-14). De pronto, al cumplirse el día de Pentecostés, se vieron inundados por el Fuego del viento, que llenó la casa, los incendió a todos y cada uno. Les incendió, les unió, les arrojó, “llenos de Espíritu Santo” (Act 2,1-4).

- “Es el Señor”. Inmediatamente se desvelaron sus ojos, con la llama viva en los corazones. El Padre entregó a su Hijo, a quien nosotros matamos, por manos de criminales, y le hundimos en la fosa de la muerte. El Padre ha roto sus ataduras y le ha levantado (Act 1,23-24.32). Pero “ha sido encumbrado por él, a su derecha”, le ha constituido Señor y ungido”, abrazándole contra su corazón. Y en este abrazo, Él, desde el corazón del Padre, nos ha pasado este mismo Fuego y el viento de la nueva creación el último día, el día del Señor, ya comenzado (Act 1,17-21; 1Cor 1,8).
- Dejaos abrazar contra el manantial de su corazón en el bautismo, para ser inundados de Espíritu Santo y fuego, llegando a ser ungidos con Él (1Cor 6,17). Efectivamente “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,4; 1Jn 4,13). “Se les desgarró el corazón y fueron bautizados “en el nombre de Jesús Cristo” (Act 2,38; Fil 2,6-11). Entraron “a la comunión del Hijo” (1Cor 1,9). Plenitud de los tiempos, el Hijo enviado a la carne, que nos arranca las cadenas, para unirnos a Él, en el mismo y único Espíritu. Hijos en el Hijo, pues el Padre nos da “el Espíritu de su Hijo, a nuestros corazones, que grita Abbá, Padre” (Gal 4,6; Mc 14,36).
- El fuego del Espíritu al entrañarlos en el Hijo, les arrojó fuera del cenáculo. Y en medio de la plaza, se ven inundados de gozo pascual, que les sobre-desborda: “Mará, Jesuah, Mesia, Abbá, Amén, Aleluya”. Era un canto a las maravillas de Dios que se entendía en todas las lenguas (Act 2,5.11). Las lenguas de todos los hombres y de todas las criaturas, que estaban gimiendo esperando la libertad de los hijos. El Espíritu de la adopción, en el que gritamos “Abbá, Padre”, ora en nosotros con gemidos inenarrables (Rom 8,24.27), que percibe la humanidad y la creación entera, en dolores de alumbramiento.

La humanidad había sido creada por el Padre a su imagen (Gen 1,20), pero es el Hijo la imagen del Padre (Col 1,15). El Padre ha creado a todos y a cada uno de los hombres entre las manos de su Hijo, en el aliento de su Hijo, en la figura de su Hijo. Figura de-formada pero nunca borrada. Figura des-figurada, que en la Pascua del Hijo se ha recreado, ahondado, purificado, ensanchado, sobre-pasado. Pentecostés, plenitud de la pascua, dejando oír en misterio el cántico nuevo a la humanidad y al universo entero.

Aunados en la Mesa

A todo el pueblo reunido en la plaza por el viento y el fuego, no solo le asombró el canto pascual de las maravillas del Señor, sino el corro de hermanos que cantaba unánime, porque tenían unánimes los corazones. ¿Dónde estaba el secreto de este milagro, asombroso también? Estaba en el cenáculo, en la pequeña casa de las afueras, donde “partían el pan” (Act 2,46), “con alegría y sencillez de corazón”. “Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la koinonía, en la fracción del pan y en la oración” (Act 2,42). Un hogar, una familia, un Padre, un Señor, un Espíritu (Cf. Aclamación Ef 4,3-4; 1Jn 1,1-4). En los apóstoles se hacía presente Jesús, el Señor, que les entregaba el evangelio, en la enseñanza de los apóstoles. La Mesa se convertía en un misterio de comunión (koinonía), que era acogido en la alabanza, en la súplica en la alabanza. Eran hermanos de verdad, la fraternidad del Señor, germen y senda de la humanidad nueva.

- “Tenían un solo corazón y una sola alma” (Act 4,32). El mismo y único Espíritu. Se entregaba en el pan y la copa (1Cor 11,23-26), pan y sangre, encuentro de fuego (1Cor 10,30). Somos muchos, pero formamos un solo cuerpo, porque partimos el mismo pan (1Cor 10,17). Entrañas de Cristo, son unos para otros sus mismas entrañas. El bautismo y la cena rompen todas las barreras que separan a los hombres en el mundo. En un solo Espíritu, “un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres” (1Cor 12,13; Gal 3,28; Col 3,11). Todos al tiempo pueden llorar y cantar, teniendo a los más pequeños, en el corazón de la fraternidad (2Cor 12,22-27).
- “Todo lo tenían en común” (Act 4,32b). ¿Cómo era posible, lo que parecía imposible? ¡Por el misterio del Memorial del Señor! “Ya conocéis la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico, por vosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8,9). Tenían que abrir entonces, las puertas del cenáculo de par en par. Una muchedumbre de mendigos y pobres, recorría las calles. Sin hogar, sin mesa. Al Señor, se le conmovieron las entrañas. ¡Es sencillo que se le conmovieran a ellos! Antes de comer su pan tenían que volver los ojos a sus hermanos. No es extraño que vendieran bienes y posesiones, y que los compartieran según la necesidad de cada uno. ¿Podían llamar a algo suyo propio? (Act 2,44; 14,32c.34).
- La humanidad había sido creada por el Padre como una familia de hermanos. La pelea que levantó el muro y forjó las cadenas, deja destrozados los corazones. El cenáculo era así parábola viva de la fraternidad añorada. Los griegos añoraban la amistad, tener un alma entre todos. ¿Qué sería entonces compartir el alma de Cristo? Los judíos añoraban la comunidad compartida en justicia. ¿Qué sería entonces dar aun aquello de lo que se necesita para vivir? Sacramento e instrumento, germen y senda de la nueva humanidad.

Y arrojados al Camino

Un cenáculo con la luz prendida, la mesa puesta y la puerta abierta, era tienda del fuego, que no solo entrañaba en el Hijo y aunaba la fraternidad, sino que arrojaba a los hermanos a los caminos del mundo. Maranatá. Ya estás Señor, ya avanzas, ya te vuelves. Salir es poner la mesa del Reino, mesa del cambio de puestos en el corazón del mundo, en la espesura de la noche amaneciente. Id pues a los confines de la tierra, empezando por Jerusalén.

- “No tengo oro ni plata”. Pedro y Juan suben al templo para la oración de la tarde. El Templo es la morada del Padre, aunque fuera como había dicho el Señor una cueva de ladrones. E iban con un corazón abierto y una sonrisa para todos, pero los des-graciados

se sentían inmediatamente arrastrados por la misericordia del Señor, que se transparentaba en sus ojos. “En nombre de Jesucristo el Nazareno, echa a andar” (Act 3,3). Del último lugar, al lugar primero del corro, escuchando todos la alabanza al Señor, del tullido, pregón pascual insospechado.

- Poner la mesa en el corazón del mundo, donde los ciegos ven, los cojos saltan, los muertos resucitan es una con-vocación a la nueva creación, hecha a todos los cielos y la tierra. Un signo, que se hace anuncio; un anuncio que se hace signo. Sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos, al paso de los apóstoles (Act 5,15). No ha sido dado bajo el cielo otro nombre, en el que debamos salvarnos (Act 4,13). Esta mesa del cambio de puestos, como puro milagro de la aurora, nueva creación entre las alternativas del mesianismo político, avoca inmediatamente a la persecución y al martirio.

Por eso gime la creación entera de los cielos y la tierra: el hogar común del Padre, derribando el muro del odio, arrancadas todas las cadenas, incluso la muerte. Latido que ya germina en la historia alentada por el Señor, que espera la mesa del encuentro donde sea acogido, purificado, ensanchado, sobrepasado, plenificado. Cuando los hijos en el Hijo, y hermanos en el Hermano se hacen de verdad hermanos de todos y ofrecen gratis su herencia, para todos los desvalidos, para que todos consigan la entera y última salvación. Es necesaria la mesa del encuentro, sin mezcla ni división, encuentro inseparable e inconfundible. Milagro de la cruz de Cristo signo del amor universal de Dios y fuente de toda gracia (Nostra Aetate 4).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 1/9/2002*

10. Entrando a la Mesa para salir al camino

Palabra viva: Lucas 11,1-4

Los hermanos pidieron al Señor, que les enseñara a orar. Y “él les dijo: cuando oréis decid: “Padre” (Lc 11,1-2). Pasó a sus corazones y a sus labios su misma oración. La entrega del “Padre nuestro”, en realidad, fue una entrega de todo su misterio en el camino, entrega que se consumó en su pascua gloriosa, tal como hemos contado paso a paso. Fue entonces, cuando su misma aclamación, “Abbá, Padre” (Mc 14,26), fue pasada a nuestras entrañas, en el aliento de su Espíritu Santo, “en el que gritamos “Abbá, Padre” (Rom 8,15; Gal 4,6). El lugar propio de esta oración en su plenitud es la Mesa del Señor, en “el Día del Señor” (Apoc 1,10; 1Cor 16,2). Podemos ahora rastrear más de cerca, estos “gemidos inenarrables” (Rom 8,26). Mará, Jesuah, Mesiah. “Señor, Jesús, Cristo” (Fil 2,11). Hijo de las entrañas, levantado en el madero, brecha de la justicia y de la paz. Maranata (Apoc 22,20; 1Cor 11,20). Señor nuestro, Señor de todos. Ya estás, ya avanzas, ya vienes (1Cor 11,26). Ahora podemos exclamar “Abbá”, Abbá del Mará. Padre de nuestro Señor Jesús Cristo (1 Pd 1,3; Ef 1,3; 2Cor 1,3). Padre de Él y por Él, y en él, y con Él, y desde Él, en la unidad del Espíritu Santo. “Padre nuestro” (Mal 5,9). Sí, “Mará aclama todo el amor del Padre, entregado a nosotros”. Abbá exclama todo el amor, nuestro, entregado al Padre, entre las manos del Hijo. Aclamaciones que eran en realidad el primer “credo” y el primer “Padre nuestro”, aclamados en la alegría inenarrable y en la absoluta obediencia. “Aleluya” (Apoc 16,9). Amen (2Cor 1,20; Apoc 3,14), en el Día primero.

“Padre nuestro” a la entrada

“Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para el perdón de los pecados: y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Act 2,38; Mc 16,16). Hemos sido, pues, “bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19b). Pasados a la “comuni3n del Hijo”, nos vemos acogidos, aunados y sobrepasados en “la gracia de nuestro Se1or Jesucristo” que nos entrega “la caridad del Padre”, y en el agua y la sangre nos entra1a en ó, en “la comuni3n del Espíritu Santo” (2Cor 13,13; 1Jn 1,1-4). Es en el bautismo, donde se nos da el Espíritu, para entrar a la familia de los hijos en el Hijo, y en este don se nos da por vez primera el “Padre nuestro” (Gal 4,4-7).

- Padre nuestro antes del bautismo. En las iglesias de occidente encontramos la oraci3n del Se1or como aprendizaje vivo, de la fe en , junto con el Credo. En la Cuaresma, se explica la Escritura santa y se invita a los que van a bautizarse a acoger y descifrar el “Padre nuestro” y el “Credo”. Iniciados y avanzados en este camino se les entrega los dos textos, para que les den vueltas en el coraz3n, personalicen y acojan los latidos de la fe y los devuelvan para ser bautizados en la Noche santa de Pascua (Cf. Agustín, Sermo Feif 1,II?). Para que regenerados en el nuevo nacimiento participando del Espíritu Santo, sellados por , permanezcan firmes en la fe (Serapion, Euclg 25).
- En las iglesias de oriente, como se ve atestiguado, el “Padre nuestro”, se entrega después del bautismo: “Cuando salen de la piscina sagrada, cuantos estn all les besan, y son sentados a la mesa y gustan el cuerpo y la sangre del Se1or” (Cris3stomo, Cat. Baut. V, 27). El que sale dice enseguida “Padre nuestro que ests en los cielos” (Hom. Col VI). En el nuevo Ritual de Bautismo del Concilio Vaticano II, al concluir el bautismo de los ni1os se va al altar. “Estos ni1os nacidos de nuevo por el bautismo se llaman y son hijos de Dios”. Más tarde, sellados con la plenitud del Espíritu y sentados a partir el pan “lo invocaran como Padre en medio de su Iglesia”. Nosotros “decimos el Padre nuestro, en su nombre pues son ya hijos por el Espíritu de adopci3n que todos hemos recibido”.
- En el nuevo Pentecostés del Concilio Vaticano II hemos recibido el gran regalo del Ritual de Iniciaci3n Cristiana de Adultos (RICA). Lo primero es la evangelizaci3n, anuncio del Dios vivo y de su Hijo Jesucristo, el Salvador de todos, para que el Espíritu Santo les prepare a la conversi3n, crean y se conviertan al Se1or, el camino, la verdad y la vida. Comienzan experiencias vivas de oraci3n, fraternidad y servicio. Y en esta situaci3n se adentran en el misterio de salvaci3n, presente en el A1o litúrgico. En la Liturgia de la Palabra alcanzan un conocimiento de Cristo, el Salvador. Así van dando un giro a la vida, mientras se les entrega el Credo y el Padre nuestro. “En la oraci3n descubren más profundamente el nuevo espíritu de los hijos, gracias al cual llaman Padre a Dios, sobre todo en la reuni3n eucarística” (RICA 252). Bautismo, confirmaci3n, se consuman en la Eucaristía de la que manan. Y así adentrados en el Misterio (Mystagoga, RICA 37.40), pueden salir al camino, para ser fermento en el mundo, en la “nueva creaci3n”.

“Padre nuestro” en la mesa

El puesto central del Padre nuestro es el Memorial del Se1or en la mesa eucarística. Es allí, donde la iglesia entera y la humanidad y el universo son asociados a la oraci3n del Hijo amado. Más aún hemos de decir que la formulaci3n del Padre nuestro, tal como la tenemos ahora, está modelada por la misma Cena del Se1or (Lc 11,2-4; Mt 6,9-13). El texto de la Didaché 8,2, se sitúa entre el bautismo y la eucaristía, girando decididamente hacia ella. Unido al “Abbá” est el Maranata (Did. 8,3) y las oraciones de la Ante-comuni3n (Did. 9,24). Estamos, pues, en torno a la Mesa del Se1or.

- En la cena eucarística, se nos hace presente en memorial de la Pascua del Señor, cuando él fue entregado, anticipando así la parusía gloriosa. El Señor, en su iglesia, para su Reino, dando vista al camino. Es el verdadero puesto, donde se desvela en plenitud toda altura, hondura y anchura del Padre nuestro (Cf. esp. 1Cor 11, 23-32). Un solo cuerpo, porque partimos un mismo pan” (1Cor 10,17). Allegados al Señor, somos “un Espíritu con él” (1Cor 6,17; Rom 8,9-10; 8,14-17). Un solo Padre, un solo Señor, un solo Espíritu (1Cor 8,6; Ef 4,4-5).
- En las tradiciones orientales, el Padre nuestro, se une inmediatamente a la plegaria eucarística. Después de la epiclesis primera, y la institución, en la epiclesis segunda, somos asociados íntimamente al Hijo que encabeza el universo en la iglesia, en su vuelta al Padre. La Plegaria siempre está dirigida al Padre. El apóstol que hace las veces de Cristo, actúa en la persona de Cristo. Después de entrañados en la comunión del Hijo, en su filiación y en su fraternidad y en su herencia, por Él, con Él y desde Él, y en Él entramos al Padre, en el mismo Espíritu. “Amén”. Es el instante de proclamar el “Padrenuestro”. La antigua liturgia hispánica mozárabe, da voz al pueblo para que diga “Amen” a cada una de sus peticiones.

El Padre nuestro que acoge todo el Amor del Padre, da paso al abrazo de la paz, que comparte este amor, y después al Cordero de Dios, para ofrecer este amor por la vida del mundo. Se comprende bien que en las liturgias occidentales se deseara orar el Padre nuestro, más cerca de la comunión, pues en él pedimos el pan y nos acogemos al perdón. Pero la oración del Señor, después de la comunión, nos avoca al camino.

“Padre nuestro” para el camino

El testimonio de la Didaché 8,2b muestra la oración del Padre nuestro, como la oración del Reino, que se anticipa y avanza victoriosamente por el mundo hacia la venida del Señor. Porque “suyo es el poder y la gloria por los siglos”. Después añade, “así oraréis tres veces al día” (Did. 8,3). Los hermanos se dispersan como los dedos de la mano, cada uno con su don, para un servicio, como levadura que convertirá el mundo en hogar del Pan compartido. Pero todas sus manos están sostenidas y encendidas, las manos heridas y gloriosas del Señor, en el mismo Espíritu. En realidad están llamados a la oración continua (Cf. Lc 18,11; 21,36; 1Tes 5,18; Rom 12,12; Fil 4,6; Col 4,2; Ef 6,18). Como el mismo Señor, a veces con los ojos al Padre y las manos a los hermanos, a veces con los ojos a los hermanos y las manos al Padre. La oración eucarística, que da aliento a la comunidad para la unanimidad, puede mantener también la unanimidad de los caminos en la sementera del Reino.

- Pero ellos percibieron que el mismo Señor que “vivía para el Padre” en oración continua, se detenía a orar tres veces al día, según la piedad judía, innovada en Él por el abrazo único al Padre, en el Espíritu. Incluso muchas veces iba al monte solo, a compartir con el Padre, el diálogo de la misión. Al amanecer, a las tres de la tarde y al anochecer se detenía. El pueblo de la Alianza oraba la “confesión de fe” (Shemá) y las dieciocho peticiones (Thephillah) tres veces al día uniéndose a la liturgia del tiempo, en la historia de la salvación.
- Ahora, en la nueva alianza, en el nuevo templo, en la nueva liturgia, en la plenitud del tiempo consumado, todo se ha hecho nuevo. A las tres de la tarde Él ofreció su entrega, al atardecer la consumó y al amanecer fue levantado. Poco a poco en la comunidad cristiana se dibujaba la Liturgia de las horas. El Padre nuestro, en estas tres horas, son el germen sencillo y popular, de esta oración del camino, que canta y acoge la historia

de la salvación en la pascua victoriosa del Hijo, para la consagración del tiempo en alabanza de gracia.

Orar al amanecer, en el instante de la victoria, para salir jubilosos al camino, “santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad”. Y a las tres de la tarde compartir la ofrenda del Hijo, para volver a su corazón traspasado con gemidos y súplicas. Al Hijo levantado que reinó desde el madero, suyo es el Reino por los siglos. Sembrados así en el corazón de la humanidad y del universo, unidos en la misma oración del Padre nuestro, siempre pública y común en la recapitulación avocados de nuevo y por fin su Mesa.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 8/9/2002*

11. ¡“Abbá, Padre”! [1]

Palabra viva: Gálatas 4,1-7

“A todos vosotros, amados de Dios, llamados santos, la gracia y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesús Cristo” (Rom 1,7p). Nos encontramos reunidos en el “Día del Señor”, en torno a la “Mesa del Señor”. La preside Jesús, el Hijo único, el Hermano mayor. Está a la derecha del Padre, y nos abraza a todos en el abrazo común de su amor. Nos abrazó en el agua del bautismo. “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,29p). Nos abrazó más íntimamente aun, al entregarnos su pan y su copa. “La gracia del Señor Jesús Cristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo” con vosotros (2Cor 13,13). Un hogar, una mesa, una familia, una senda. “Gracia y paz”. Por este Hijo amado “tenemos entrada al Padre, en un único Espíritu” (Ef 2,18). “Por Él, con Él, en Él y desde Él, a ti, Padre, en la unidad del Espíritu Santo”. “Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza nos atrevemos a decir: Padre nuestro”. ¿Cómo será posible que podamos llamar Abbá, Padre, con su misma aclamación, con su misma palabra, en su mismo Aliento, que el Hijo del Amor? “Abbá, Padre” (Mc 14,36). “Abbá, Padre” (Gal 4,6; Rom 8,15). Enseguida notamos, que es una palabra de los hijos pequeños, casi igual en todas las lenguas. Pero además nos extraña, que no se está hablando del padre (designación), sino que se está llamando a gritos (invocación). En principio notamos que a la cabecera de la mesa está el Hijo mayor, el único Hermano mayor de todos, haciendo las veces del Padre. Levanta los ojos a Él, mientras extiende los brazos, acogiéndonos a nosotros. “Padre” (Lc 11,2a). “Mira aquí estoy yo y los hijos que me diste” (Heb 2,13b). Está en medio, entre el Padre y nosotros. Su rostro, su voz, sus manos, sus gestos son los del Padre mismo. “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14,7). Un único mediador entre Dios y los hombres, el hombre, Cristo Jesús” (2Tim 2,5; Rom 5,15). Cabeza de familia, en la casa, hacia el camino. “Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, estén también ellos conmigo” (Jn 17,24a).

“Abbá”, grito de júbilo

Cae la tarde. El hijo más pequeño espera la llegada de su padre del trabajo. Atisba por las calles, le palpita el corazón. Por fin, en el mismo instante de verle, corre a su encuentro gritando: “¡papá, papá, papá...!”. Su padre le coge en brazos y le estrecha contra su corazón. Entonces se hace más jubilosa la palabra ¡Papá! Su corazón está encendido por el cariño del padre, visto en el camino y ahora palpado con sus manos. “¡Abbá!”, la exclamación de Jesús, y nuestra con Él y desde Él, es en primer lugar, un grito de alegría, que desborda el corazón, es un grito de júbilo. “¡Padre, Padre mío, Padre amado!”.

- **“Un solo Padre”.** Efectivamente. “Para nosotros un Dios, el Padre, de quien procede todo y nosotros para Él; y un único Señor Jesús Cristo por quien sucede todo y nosotros por Él” (1Cor 8,6; Jn 1,1 p). El Abbá del Mará es el Abba nuestro. “Padre de nuestro Señor Jesús Cristo” (1Ped 1,3; 2Cor 1,13; Ef 1,3; Rom 15,6). “Un cuerpo, un Espíritu”. “Un Señor, un Dios y Padre de todo... que está sobre (epi) todos, acogiendo a todos (dia) y en medio de (en) todos” (Ef 4,6). Dios, en su Hijo, se ha revelado como Padre suyo, y así nuestro. Pero nos dio en el Espíritu, el mismo Amor suyo, derramado en nuestros corazones” (Rom 5,5).
- **El grito de júbilo de Jesús.** “En aquella hora saltó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: Yo te bendigo Padre, Señor del cielos y de la tierra” (Lc 11,21). Está comenzando el Reino, los pobres reciben el evangelio y lo dan, florece la nueva creación en la nada del mundo. “Todo me ha sido dado por mi Padre y nadie conoce quien es el Hijo sino el Padre y quien es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10,12; Lc 10,21-22; Mt 11,25). Jesús es el Hijo de las entrañas del Padre, “engendrado y no creado, de la misma naturaleza del Padre”. Intimidad única, exclusiva, inaudita. Y ¡cómo se alegra, con amor jubiloso, de que pasemos a ser con él, hijos en el Hijo, en un único y mismo Espíritu.
- **El grito de júbilo nuestro.** En la plenitud del tiempo envió Dios a su Hijo para que nos arrancara de la esclavitud de la ley, y recibiéramos la adopción, entrar al puesto del Hijo. “Y el hecho de que seáis hijos (está y se muestra) en que Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, que grita “Abbá, Padre” (Gal 4,6). En el abrazo que nos dio a su mesa, en el agua y la sangre, entramos a la comunión del Hijo suyo, el Señor nuestro (1Cor 1,4). Ya no somos esclavos, somos hijos en el Hijo; ya no somos enemigos, somos hermanos en el Hermano; ya nos somos desterrados, somos herederos en el Heredero. El grito de júbilo, lo grita el mismo Espíritu en nosotros con gemidos inenarrables. Pero también nosotros gritamos en júbilo en el mismo Espíritu (Rom 8,15b).

“Padre” (Lc 11,2). “Padre nuestro” (Mt 6,9). “Padre amado”. “Padre de las misericordias”. “Padre de todo consuelo (2Cor 1,3). El júbilo tuyo al abrazarnos en tu Hijo, el júbilo de tu Hijo al pasarnos a tus entrañas, sobresalta de alegría nuestros corazones (Cf. Lc 15). “Alegraos conmigo” (Lc 15,4.9.22.24).

“Abbá”, ofrenda de obediencia

El niño, estrechado contra el corazón del padre, se vio arrastrado por su misericordia y de un momento a otro, pasó de la inmensa alegría a la desmedida confianza. Se confiaba a su padre, se colgaba del cuello de su padre, y sentía la necesidad de ofrecerse a él. Pero cuando llegaron al hogar, el Padre tuvo que pasar a la cabecera de la mesa y puso al pequeño a su lado. En aquel momento se dio cuenta de que el amor del padre le sobre-pasaba. La misericordia, tenía que consumarse en la fidelidad. Era el padre de todos, tenía un compromiso de amor de llevar la familia y la casa adelante, con los últimos allegados a su lado. Era necesario no solo confiarse a él, sino entregarse a él, pasar sus manos a las manos de él, para que llevara adelante el propósito de amor, hasta el extremo. La confianza infinita en el latido de la misericordia, daba paso a la llamada a la entrega, a la absoluta obediencia que viene alentada y exigida por la fidelidad a todos y en todo, fidelidad que exige gran sacrificio.

- **Una ofrenda.** “Ha llegado la hora”. El grano de trigo tiene que sembrarse. Llega el estremecimiento. Y ¿qué voy a decir? “Padre, sálvame de esta hora, pero sí para esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12,23.27-28). Padre, levanta sobre el madero a tu Hijo, para que en su rostro herido aparezca la fidelidad de tu gracia.

Me los diste para que les diera la vida eterna. ¡Que te conozcan en el rostro de tu Hijo, que te amen en las entrañas de tu Hijo! (Jn 17,1-3).

- **Una absoluta obediencia.** Empezó a sentir pavor y angustia. Me muero de tristeza. Y cayendo en tierra oraba para que pasara aquella copa: “Abbá, Padre. ¡Todo es posible para ti! No lo que yo quiera, sino lo que quieras tú!” (Mc 14,36; Lc 22,42; Mt 26,39.42). “Padre santo”. “Yo por ellos me consagro, para que sean consagrados en la verdad” (Jn 17,11b.18). Aquí estoy por ellos. Ecce. Fiat. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). “Padre, a tus manos encomiendo mi Espíritu” (Lc 23,46).
- **Para que pasemos a sus manos.** “Si llamáis a Dios Padre” (1Ped 1,17), rescatados por la sangre de su Hijo (1,19) ofreceos sobre el altar de su cuerpo (2,4-5), para seguir el rastro de sus huellas (2,21-25). Nuestro Abbá nos ha sobrepasado. Del júbilo, pasamos a la absoluta confianza y más allá a la absoluta obediencia. “Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios que ofrezcáis vuestros cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios” (Rom 12,1). Si Él se ofreció como víctima (Rom 3,24-25), entrad vosotros a su misma ofrenda (Ef 5,2) al despuntar la aurora (Rom 13,12; Ef 5,14).

“Abbá”, canto de alabanza

El grito de júbilo, por la misericordia, dio paso a la entrega de la obediencia, por la fidelidad del padre. Pero la fidelidad de la misericordia, desemboca en un canto de alabanza. El amor del padre sobre-pasa, pero al sobre-pasar, coge desde arriba, sobre-coge, da la mano para el camino, y si el niño se cansa, le coge en brazos y si es necesario lo pone sobre los hombros. Abbá gritó de júbilo y ofrenda de absoluta obediencia, se convierte por fin en canto de alabanza para el camino en la noche amaneciente.

- **Una alabanza.** “A la sombra de tus alas canto con júbilo”. “Mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene” (Ps 66,8). “El Señor es el lote de mie heredad y mi copa”, “se me alegra el corazón y se gozan mis entrañas” (Ps 15,5.9c). Y antes de bajar al abismo, estando todavía en el madero, en las angustias de la muerte, oraba al Padre, de forma misteriosa: “contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré” (Ps 21,23). Los desvalidos comerán hasta saciarse. Volverán al Señor de los confines de la tierra, se postrarán ante él las cenizas de la tumba. Del Señor es el reino, cantaremos su justicia” (Ps 21,24-31).
- **Alegraos, fuera el miedo.** “Vete a mis hermanos y diles: Voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (Jn 20,19). El Padre nos destinó a configurarnos con la imagen de su Hijo, para que él fuera el Primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8,39). Mi Padre es vuestro Padre. Podemos aclamarle “Padre”, “Padre nuestro”. Es hora de cantar y caminar. “Id a decir a mis hermanos, que vayan a Galilea, allí me verán” (Mt 28,10). Cantad al Señor un cantico nuevo. Mará, Jesuah, Mesiah: Señor, Jesús, Cristo. (Fil 2,6-11).
- **El cántico nuevo,** fue al principio, pequeñas palabras misteriosas: Mará, Abbá, Abuna, Marana, Maranató, Amén, Aleluya. Cantadas en los gemidos indescifrables del Espíritu (Rom 8,26-28). Pero poco a poco, en la liturgia del Día del Señor, se fueron entretejiendo las páginas del cancionero, cantos pascuales de la mesa al camino, cantados al despuntar la aurora. Bendito seas Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús, Cristo... Nos destinó a ser sus hijos... por Jesucristo, para él, pues nos agració en el amado... en su sangre. Ahora comprendemos el misterio de su voluntad: le puso como cabeza del

universo en su iglesia, para que llevara el universo a su plenitud (Ef 1,3-14; Apoc 4,11; 5,9-12; Col 1,12-20; Apoc 11,17-18; 12,10-12; 15,3-4; Fil 2,6-11; Apoc 19,1-7).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 15/9/2002*

12. ¡Abbá, Padre nuestro!

Palabra viva: Efesios 1,3-15.23

Para la humanidad en medio del mundo, haciendo camino en la historia, siempre ha sido un misterio su propia vida. La vida a los hombres les sobre-viene, les sobre-coge y les sobre-pasa. Por eso ha intentado adivinar y expresar este misterio que le envuelve. La gente sencilla de nuestros pueblos habla de la “mano todopoderosa”, suelo que nos sostiene y techo que nos cobija. Algo así como ocurre con el padre, que ha puesto la vida en la familia y la sostiene. Es un hecho universal. Entre las poblaciones más antiguas del continente africano (p.ej. pigmeos, Baro boti) a Dios, que ha dado la vida al universo y a los hombres, se le llama “afa”, “padre”, “padre de nuestro padre”. La revelación que Dios mismo ha hecho de su nombre, tal como aparece en la Escritura Santa, ha ahondado esta experiencia. El mundo es un hogar, la humanidad una familia, la historia un camino hacia el último hogar. El hombre, barro alentado por Dios, imagen y semejanza suya. Y cuando por “desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte” (PE IV). Los “enviados” fueron desvelando su historia de la salvación, de la mano de Aquel que no solo da la vida, sino que preside la mesa y la marcha, que lleva de la mano en el camino, con la fidelidad de su misericordia, arrancando las cadenas y derribando los muros. Cuida, cobija, sostiene y sobre todo perdona. El atisbo de la “nueva alianza” percibe que este Señor, tiene entrañas de misericordia irrasurable, “se conmueven mis entrañas y no puedo menos de compadecerme de él” (Jer 31,20). “Y con todo tú eres nuestro Padre” (Is 63,15-16; Jer 3,4; Is 64,7-8; Deut 32,5-6; Mal 1,6; 2,10; Tob 13,4; Sir 31,10; Sb 11,10; 14,3). Entre los pobres del Señor en Galilea, se ahondó esta experiencia vivamente.

Hijos en el Hijo

“Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que recibiéramos la adopción” (Gal 4,4-5). Pues en la bendición, en su Hijo, nos predestinó a su Hijo, por Él, en Él y para Él, en alabanza a la gloria de la gracia, con la que nos abrazó en su Hijo el Amado (Ef 1,3-14; Mc 1,11p). Ahora le tenemos a la cabecera de la mesa y del camino. “Escuchadle” (Mc 9,7b). Está delante, como Hermano Primogénito, como verdadero Padre, pues es el Hijo, “resplandor de su gloria, marca de su ser” (Heb 1,2). “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9; 1,1b).

- **“Padre”**. Jesús el Hijo amado, no solo invoca al Padre, llamándolo “Abbá” (Mc 14,15p. esta invocación, aparece 21 veces), sino que habla de él, le designa, **Mc** 3 veces 3,35. 11,25; 13,3. **Lc** 4 veces: 2,42; 12,32; 22,29; 24,29. **Mt/Lc** tres veces Mt 5,48 (Lc 6,36; 6,32 (Lc 12,30) 7,4 (Lc 11,13; 11,27) (Lc 10,22) **Mt** 31 veces: 5,16.45; 6,1.4.6a.8.14.15.18.26; 7,21; 10,20.29.32-33; 12,50; 13,43; 15,13; 16,17; 18,10.14.19.35; 25,34; 26,29.53; 28,19. Juan atestigua esta designación. Él es **“El Padre”**: Mc 13,32; Lc 9,26; 11,13; Mt/Lc 11,27; 19,22; Mt 28,19; **Jn** (73 veces); **Pablo**: 1Cor 8,6; Rom 6,4; Col 1,12; Ef 2,18; 3,14.
- **“Padre mío”**. El grito de amor “Abbá” está detrás de la palabra “Padre” y “el Padre”. Designa al que invoca. Pero ya la invocación misma, como hemos anotado ayer significa ¡Padre mío! ¡Padre querido! ¡Padre mío amado! Es palabra que desvela, porque des-

entraña. “Mi Padre”. Mc 8,38; 13,32; Lc 2,42; 22,29; 24, 49; Mt 11,27; Lc 10,22; (Cf. Jn 16,15; Mc 4,11; Mt 28,18) Mt 7,2; 10,32-33; 12,50; 15,13; 16,17; 18,10; 19,35; 20,23; 25,34; 26,29.53; Jn 25,26.

- **“Padre vuestro”**. ¡Sorpresa inaudita! Nos allega a él, como el cabeza de familia, a sus hijos y a toda su casa. “Mi Padre es vuestro”. En personalidad corporativa, en su mismo Aliento. Mc 11,15 [Cf. Mt 6,14; 18,35] Lc 12,32 [Cf. 22,29s] Lc/Mt: Lc 12,30 [Mt 6,32] Lc 12,24 [Mt 6,8] Lc 6,36 [Mt 5,48]; Mt 5,16.45; 6,1.8.14.15.26; 7,11; 10,20.29; 18,14.33 (Cf. 18,10; 19,35; 23,9; Jn 8,42; 20,17).
- **“Padre nuestro”**. La comunidad de los caminos en torno al Señor, oraba con él en la misma sencilla palabra: Decía: “¡Padre”. Así con-migo, como yo, entre mis brazos. “Padre, aquí estoy con los hijos que me diste” Heb 2,13p [Jn 17,1-26]. Pero la experiencia pascual ahondó en el Espíritu esta misteriosa palabra. “Mi Padre, vuestro Padre” (Jn 20, 17.22; Rom 3,29). “Padre nuestro” [Mt 6,9]. Jesús como Padre con sus hijos, entre sus hijos, desde sus hijos. “En Mt 6,9 ¡Padre nuestro! como asociación, en 20,17 ¡Padre mío! como diferenciación” (Michel, Dic. Ex, NT. 837).

Hermanos en el Hermano

Está amaneciendo el Día del Señor. Los hermanos se han reunido en una de sus casas sencillas. El Apóstol les saluda. “A vosotros que estáis en Roma, amados de Dios, llamados santos, gracia a vosotros y paz de parte de Dios Padre nuestro y del Señor, Jesús, Cristo” (Rom 1,7; 1Tes 1,1; Gal 1,3; 1Cor 1,2; 2Cor 1,2; Fil 1,2; Fm 3; Col 1,2; Ef 1,2; 2Tes 1,1; Tit 1,4).

Los hermanos han sido bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19). Por eso proclaman el himno bautismal, “un cuerpo y un ESPÍRITU, un SEÑOR, una fe, un bautismo, un DIOS y PADRE DE TODOS” (1Cor 8,6), que está sobre todos, que acoge a todos y está en todos. (Ef 4,4-6). Pero el encuentro en torno a la mesa del Señor, tiene su centro y cumbre, su arranque y término, en la proclamación del Memorial del Señor (1Cor 10,16-17). Así se consuma su incorporación a las entrañas del Ungido, la comunión del Hijo (1Co 1,9; 2Cor 13,13; 1Jn 1,3).

- “Todos vosotros sois hermanos”, pues uno solo es vuestro PADRE, el del cielo” (Mt 23,8b, 9b). En torno a la mesa del Hijo, en los caminos, en la pascua y de nuevo en los caminos, la comunión en su filiación es al tiempo la comunión en su fraternidad, en uno y mismo Espíritu, el suyo. “Saltó de alegría en el Espíritu Santo”. “Todo me ha sido entregado [paredothe Cf. Mt 28,1] por MI PADRE, y nadie conoce al Padre más que el HIJO y aquel a quien el HIJO se lo quiera revelar” (Lc 10,22; Mt 11,27 [Q] Cf. Jn 10,14s.; 17,25) Este “misterio” del Reino (Mc 4,11) aparece como germen y senda [sacramento e instrumento] en el corro de los hermanos donde aparece su iglesia, pequeño rebaño, fraternidad íntima, en torno a sus manos: “Y él mirando a los que estaban alrededor en corro dijo: Mirad mi madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de Dios (Mt 12,35) mi Padre, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre (Mc 3,34 s). Este amor del Padre, que nos hace hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano, es al tiempo un encargo, un mandato (Cf. 11,25; Jn 15,9-17).
- “Todos vosotros sois uno (una persona corporativa) en Cristo Jesús” (Gal 3,28b). El hecho misterioso de que sois hijos en el HIJO, se muestra en que el PADRE envió a vuestros corazones el Espíritu de SU HIJO que grita “ABBÁ”, “PADRE” (Gal 4,6; Rom 8,5). Entonces ya somos HERMANOS en el HERMANO MAYOR, el que nació primero, sufrió primero, el que nos encabeza el primero (Rom 8,29). En el Aliento de su Hijo somos

configurados a imagen de su Hijo (Gen 1,27; Rom 8,29; 2Cor 4,4; Fil 3,31; Heb 2,10; Jn 20,17). Al entrar al corazón del Padre por el Hijo, con el Hijo, en el Hijo y desde el Hijo, en la unidad del Espíritu Santo, entramos al tiempo al corazón de la fraternidad, a comulgar con los hermanos, en la unidad del Espíritu Santo. Se nos han derribado todas las barreras humanas, económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas. Somos “todos” “uno” (un cuerpo) en personalidad corporativa, en Cristo Jesús. No hay judío ni griego, libre ni esclavo, bárbaro ni escita, hombre ni mujer. Hermanos en el único Hermano Mayor, SEÑOR DE TODOS (Ga 3,28; 1Cor 12,3; Rom 10,12; Col 3,11) ¡Padre nuestro! ¡Abbá! (Gal 4,6; Rom 8,15).

Herederos en el Heredero

“Gracias a esto, doblo mis rodillas, ante el PADRE, de quien procede toda paternidad y toda familia en el cielo y en la tierra” (Ef 3,14.15). El cenáculo pascual al amanecer del primer día es una sencilla tienda de campaña, con la Mesa puesta, la luz prendida y la PUERTA abierta. Se ha anticipado la parusía, el Reino del Padre, en el Reino del Hijo de su amor, que ha sentado a su Mesa a un puñado de hermanos (Ef 2,1-10), para sentar en ella a todos los hombres y a todas las criaturas, en torno al Primogénito, el Heredero de todo (Heb 2,2.4-6).

- Por Él, tenemos todos entrada al Padre, por el mismo Espíritu. Él es nuestra paz, él ha derribado el muro que nos separaba en su propio cuerpo, en la sangre de su cruz (Ef 1,14-18; Col 1,11b-22). Ya no somos extranjeros y forasteros sino familiares [hijos, hermanos y herederos] en el Hogar del Padre, que es templo a la vez (Cf. 2,18-22).
- Pero el Padre se ha propuesto recapitular el universo en su Hijo (Ef 1,10). Le dio como cabeza del universo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud (Ef 1,20.23 p). El PADRE de TODOS, por manos del SEÑOR DE TODOS (Ef 4,4-7) se propone en la misma travesía de su Hijo, llevar el universo a plenitud (Ef 4,7-16), en la nueva creación de la nueva humanidad. Por ello, a través de su iglesia se propone manifestar al mundo y a sus poderes, la irrastreable economía del misterio, la gloria de la gracia (Ef 3,8-13).

El Padre, de todos, que está sobre todos, acogiendo a todos y en medio de todos, sobre-viene y sobre-pasa a su Iglesia en su Hijo, Señor de todos, Primogénito de la creación, para preparar el Hogar común, donde en su Gracia sobre gracia se desvele su paternidad cósmica en el Hijo, pasado a sus manos (1Cor 15,28).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 22/9/2002*

13. ¡Abbá, Padre nuestro, que estás en los cielos! [3]

Palabra viva: Efesios 1,15-23

Para la humanidad de todos los tiempos el universo a primera vista le ha parecido un misterioso hogar, con el suelo de la tierra y el cobijo del cielo. El cielo cubre y encamina. Gracias al agua, que cae de él, todo germina. ¡Gracias a la luz que de él desciende todo se encamina! Los místicos y los pensadores han rastreado su hondura y su ultimidad. Los hombres de ciencia han desentrañado sus elementos. La visión del mundo hoy se ve admirablemente iluminada y transformada. Pero el fondo último del universo, mantiene su secreto misterioso. Para la religiosidad primordial, la mano poderosa nos sostiene con la tierra y nos cobija con el cielo,

para hacer nosotros la admirable aventura de la familia humana. “Padre de mi Padre”, llaman a esta mano poderosa los hombres más primitivos en el corazón de África.

A nosotros nos sorprende que Jesús, al acogernos contra su corazón y pasarnos su Aliento y su plegaria, nos haya encargado que oremos “Abbá” (Mc 14,36; Gal 4,6; Rom 8,15), “Padre” (Lc 11,2); “Padre nuestro en los cielos” ((Mt 6,9), “Padre mío”, “Padre vuestro”, “Padre desde el cielo” (Lc 11,13), “el Padre vuestro, que (es/está) en los cielos” (Mt 11,25). Hoy sabemos que esta expresión, “mismísima suya”, debe ser escuchada y descifrada desde él mismo, el Hijo de las entrañas del Padre. En todo su misterio desvelado ahora, al pasar Él a nuestra tierra y poner su tienda entre nosotros. Pues al Padre nunca nadie lo ha visto, pero el Hijo unigénito, el que está en el seno del Padre, aquel, lo ha contado/descifrado (Jn 1,14.18). Desde su camino entero podemos iluminar esta invocación amorosamente recogida en el evangelio de Mateo: 5, 16.45.48; 6,1.9.14.26.32; 7,11.21; 10,32.33; 12,50; 16,17; 18,10.14.35; 23,9. Cf. Did 8,2

Los altos cielos iluminados

Jesús desde Nazaret fue al Jordán a ser bautizado por Juan. “Al subir desde el agua vio desgarrados los cielos y el Espíritu como paloma bajando hacia él. Y la voz sucedió desde los cielos: Tú eres el Hijo mío, el Amado, en ti mi complacencia” (Mc 1,10-11p). “El que viene de arriba está sobre todos”. “El que baja del cielo atestigua lo que ha visto y oído” (Jn 3,31s). Efectivamente “nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre” (Jn 3,13p).

- Vuelto al seno del Padre, se volvió a nosotros, para acogernos en este mismo abrazo de amor (Jn 1,1-2.14; 3,16-18; 1Jn 1,1-4). Nadie conoce quien es el Hijo, más que el Padre, y aquel a quien el Padre se lo dé a conocer (Lc 10,22b). En el bautismo se ha abierto el cielo, el corazón del Padre (des-garrar en Mc 1,13; 15,36). El Padre se ha presentado poniendo su mano sobre el hombro de su Hijo [“a la sombra de tus alas”]. Y nos ha revelado: Mi Hijo, el Hijo de mis entrañas, entregado a vosotros, levantado sobre vosotros. En Él toda la bendición, todo el propósito de mi voluntad (Cf. 1,3-9). Mi complacencia, para toda la humanidad y el universo, mi complacencia en Él (Lc 2,14; 3,2).
- La historia santa, proclamada por las Escrituras, se refiere a él. Él sabía a fondo que es el alto cielo iluminado que contemplan nuestros ojos el Universo que ha sido creado por el Padre, por mano de su Hijo para la familia humana, agraciada y elegida en su Hijo. Una morada para toda la familia, iniciada y originada en el hombre primero, imagen y semejanza suya, diseño de su Hijo (Gen 1,1-2.25; Jn 1,1-3; Heb 1,2-3; Col 1,15-17; 1Cor 8,6; Rom 11,35-36). En el cielo, como en un hogar, está la sede del que es Padre que pasa la vida, y Señor que preside la mesa y encabeza el camino. Jesús, saltó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: “te confieso/bendigo, PADRE, SEÑOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA” (Lc 10,25).
- Por el misterio de esta gracia irrastreable, “doblo mis rodillas ante el PADRE, de quien procede toda familia [toda patria, toda paternidad] en el cielo y en la tierra” (Ef 3,14). Esta aclamación litúrgica expresa que el corro de los hijos en la mesa eucarística, se ve en el mismo corro que los servidores y enviados, que asisten a la sede del Padre en el cielo. En verdad “han visto el cielo abierto y a los Ángeles de Dios, subir y bajar sobre el Hijo del Hombre” (Jn 1,51; Gen 28,12). Efectivamente el Hijo es “la puerta al corazón del Padre” (Jn 10,7; 14,6), más aun la morada, hogar del encuentro y de la marcha (Jn 1,14; 14,23). Es el rostro, la palabra, las manos del Padre. El cielo en la tierra inaugurado.

El Padre por las manos de su Hijo en el Aliento del Espíritu ha creado el hogar, ha preparado la mesa, ha puesto la familia, ha señalado el camino para llevar todo a plenitud de la gloria de su gracia. En el lenguaje palestinese de los primeros hermanos resuena la alabanza. Todo es don, donación de bondad, llamada a consumarse “que baja del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni fase de sombra” (Sant 1,17; 1Jn 1,5; Cf. Jn 1,3-4). “El Padre de los espíritus [alientos y latidos de vida], que abrazan cielo y tierra como don y al tiempo como encargo (Heb 12,9), como se divisa en la imagen del hogar nuestro.

Los bajos cielos oscurecidos

Jesús vuelto al Padre, a solas, en el desierto, se entrega a él, en absoluta obediencia para salir a los caminos a inaugurar el Paraíso (Mc 1,12-13p), la tierra nueva de su Reino. Ha comenzado a proclamar el “evangelio”. “El tiempo ha llegado a la plenitud y se ha acercado el Reino de Dios” (Mc 1,15p). La altura de la misericordia entrañable del Padre en las entrañas de su Hijo, baja a la hondura para abrirse a la anchura, atravesando la espesura (Cf. Ef 3,18). Pero nada más salir a los caminos, Jesús se encuentra que el universo es un campo de guerra. En el hogar ha sucedido el acontecimiento del pecado, aparecido ya en las horas siguientes a la aurora de la creación (Gen 3,1-4,16). En la sinagoga, al curar al hombre herido por los poderes del maligno, se oye el grito de protesta, “¿Qué tenemos en común nosotros contigo, Jesús nazareno? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres: el Santo de Dios” (Mc 1,23p; Jn 6,69).

- “Entrar en la casa (oikía) del más fuerte” (Mc 3,22-27). Los hombres se han cerrado al amor del Padre, en la desobediencia y ha comenzado la lucha a muerte entre los hermanos. Por el pecado personal pasa al universo, convertido y fortalecido en pecado colectivo, que a su vez provoca a todos a la idolatría y el asesinato (esp. Rom 5,12; Gen 2,17; 3,19). El mundo es ahora reino del maligno. Sobre el hogar de la creación, sometida y gimiente, aparecen “los principados, las potestades, los dominadores de este mundo tenebroso” (Ef 6,22), en profunda y misteriosa implicación entre la “carne” y las “potencias” (Ef 2,1-3; Cf. Col 1,16; 2,10.15; Apoc 13,13; Act 7,42). La pelea de Caín y Abel, parece cada vez más fuerte en la tierra, túnica empapada de sangre (1Jn 3,11-15p).
- Para poner la mesa del Reino del Padre, el Hijo a la cabeza del corro y de la marcha, curando las heridas para traer a los pequeños a la mesa, sirviendo a todos los primeros. El corro innumerable en torno a él, florecida la tierra. Rotas las cadenas y derribado el muro, solo con la misericordia. “Todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8). Tenéis un Padre. Mi Padre, vuestro Padre, nuestro Padre, en la altura, hondura y anchura del amor. “Padre nuestro en los cielos” (Mt 6,9). Él os da el Espíritu Santo (Lc 11,13). Yo estoy en medio de vosotros, presencia de mi Padre del cielo (Mt 5,45-48). Podéis perdonaros y llegar al amor consumado, como el Padre del cielo (Mt 5,45-48). Él os cuida, como a los pájaros y a las flores. Podéis “buscar el Reino y su justicia” (Mc 6,33s). Hermanos míos de verdad seréis si cumplís la voluntad de mi Padre, en el cielo (Mc 6,14; 7,21; 12,50).

El misterio de Reino va pasando a manos de su fraternidad, pequeño rebaño (Mc 4,11; Lc 12,32; 22,29; Dan 7,18). Comienza la travesía de la cruz. Hay que declararse por el Hijo del Hombre (Mc 8,38) para que mi Padre se declare por vosotros (Mt 10,32-33). Es necesario romper con la propia justicia (Mt 6,1), para dar a conocer al Padre en la senda de las bienaventuranzas que avanzan en la persecución (Mt 5,1-16). Esto llevará a ser arrojados de vuestra familia, a tener que salir el día del entierro del padre, puesto que los “padres” en este mundo, ambicionan solo para lo suyo y los suyos. “No llaméis padre vuestro a nadie sobre la tierra, uno solo es vuestro Padre, el celestial” (Mt 23,9).

Cielo nuevo, brecha ya en la tierra

Poner la mesa en el muro de la guerra, donde se pelean los hermanos, era una brecha del cielo en la tierra, que parecía primero inútil, después peligrosa y por fin aborrecible. “Amad a vuestros enemigos, así seréis hijos de vuestro Padre, en los cielos, que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5,43-45). Así dejaréis pasar la gracia del que ama a los ingratos y malhechores (Lc 6,31-35). Misericordiosos con su misericordia, consumados en el amor (Lc 6,36; Mt 5,41). La creación es gracia des-graciada, pero en su hondura se deja percibir la Gracia del Padre, en el perdón a todos, en el cuidado con los pequeños (Mt 18,10.14) Por esto, la creación nueva acoge, ensancha, purifica y sobre-pasa el cielo luminoso, que se había oscurecido. Los ojos de todos están esperando la mesa del banquete de bodas, a las que se invita a buenos y malos (Mt 22,1-10; Lc 14,16-24), en la cual asesinarán al esposo (Mc 2,20) y el Hijo asesinado, será arrojado fuera de las murallas (Mc 12,8-11), para inaugurar la nueva creación (Mc 15,33.39; 16,14-20p). El cielo en la tierra, hasta que Él vuelva a consumarla.

- “Veía caer a Satanás, como un relámpago desde el cielo” (Lc 10,18). Cuando Él iba poniendo la mesa del Reino arrojaba a los demonios “con el dedo de Dios” (“en el Espíritu de Dios”) (Mt 12,28). También sus hermanos, cuyas manos estaban sostenidas por las suyas, abrían brechas en el muro. Pero el príncipe de este mundo fue arrojado cuando el Hijo fue levantado en el madero (Jn 12,31; 14,30; 16,11; 1Cor 2,6). Su victoria, anticipó la parusía (Apoc 12,31), porque fue arrojado al “abismo” desde donde el Príncipe con sus monstruos construyen el cielo oscurecido, en alternativas insospechadas, que parecen invencibles. Es en el abismo donde el Hijo es levantado, para la travesía (Jn 3,13; 6,33.35.42; 6,42; Ef 4,8; 1Ped 3,18; Rom 10,7).
- Ahora, el Primogénito, el Ungido del Reino, el Hombre nuevo y último avanza atrayendo el universo y la humanidad entera hacia el hogar del Padre. La altura del cielo abajada en el abismo, nos sobre-coge y sobre-pasa hacia la anchura, en la espesura, hacia la Patria, donde el Hijo entregará el Reino al Padre (Fil 2,6-11; Col 1,11b.23; 1Cor 15,23-28; Ef 1,10.20-23; Apoc 21,22). Así “Padre nuestro en los cielos”, es aclamación al Padre allegados al Hijo en el Espíritu. Aclamación a su fidelidad, que nos sobre-viene, sobre-coge y sobre-pasa a todos y a todo, en el altar de su iglesia, donde está toda la fuente, donde se oyen todos los gemidos y todos los cantos. Oración pública y común. Oración ecuménica y cósmica. En la fraternidad expropiada para el paso de la gloria de la gracia (Ef 1,3-23; Rom 8,1-39).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 29/9/2002*

14. Santificado sea tu nombre [1]

Palabra viva: Juan 17,1-26

“Padre nuestro que estás en los cielos”, es la aclamación primera de la oración, que Jesús nos enseñó. “Vosotros pues orad así” (Mt 6,9a). “Cuando oréis decid: ¡Padre! ¡Santificado sea tu nombre” (Lc 11,2). Es tan honda la primera aclamación que Él nos enseña a descifrarla con otras tres aclamaciones (Mt 6,9b-10). A simple vista esta nueva aclamación se nos hace difícil. No sabemos bien que significa “santificado”, pero podemos empezar por “tu nombre”, pues acabamos de proclamarlo: “Padre, Padre nuestro”. En realidad todo nombre de cualquier criatura encierra un enigma a descubrir, pero más aún el nombre de una persona, que encierra en cierto modo un misterio. En todas las civilizaciones, el “nombre” de un hombre, expresa un latido de los más hondo de su ser, de su camino y de su destino. El nombre es una palabra que

se conoce, de un abismo desconocido. Y más aún el nombre de un padre, pues el padre es el que pone el nombre a sus hijos, al pasarles la vida como don y encargo, entrañándolos así en el corro de la familia, en la tienda del hogar y en la aventura del camino. Por eso Juan el evangelista, lo proclamó en el comienzo mismo del Evangelio “A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo Unigénito, Dios, que estaba vuelto al seno del Padre, es aquel que lo ha contado” (Jn 1,18; 5,37.46; 1Jn 4,12). “Invisible” (1Tim 1,17), “el que habita una luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres vio, ni puede ver” (1Tim 6,16). Pero el Hijo de sus entrañas es el misterio de su nombre, la palabra de su propósito, la vida de su vida. Sí, “la vida eterna, que estaba vuelta la Padre, se nos ha manifestado” (1Jn 1,3). Así hemos entrado a la comunión con el Padre, y con el Hijo Jesucristo, al creer en “su nombre” (1Jn 1,3b; Jn 1,12; 20,31; 1Jn 5,13).

El nombre de las entrañas

Un hijo, nacido de las entrañas del padre, en comunión íntima con su vida y su camino, sí puede decirnos el nombre del padre, contándonos su historia de amor donde este nombre se desentraña y se des-vela. “Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie conoce al Padre más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10,22p) ¡Qué alegría poder escuchar a Jesús contándonos la historia de la salvación, historia de la misericordia entrañable del Padre (Cf. Lc 1,78-79p).

- **El Padre que puso la mesa.** Dios dijo a Moisés que él era el Dios de los padres. “Yo el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. No es el Dios de los muertos, sino de los vivientes” (Mc 12,26-27p). Los cielos y la tierra, inmenso hogar. Y Yahvé crea la familia humana, en los padres primeros, creados a imagen y semejanza, para llevar todo a plenitud (Gen 1,1-2,25). Y cuando la desobediencia y el asesinato inundan la tierra de noche (Gen 3,1-4.16), Yahvé renueva su compromiso de amor en un amanecer nuevo (Gen 6,5-9.17). Cayó la noche de nuevo, más oscura, con la gran torre (Gen 11,1-9), pero se volvió al viejo patriarca, para bendecir en él a todos los linajes de la tierra (Gen 12,3; 12,8). Esta mano, que le acompaña en el monte y en la estepa, “El sadday”, te dará su aliento para pasar en su hijo entregado la bendición a todos los pueblos. De bendición en bendición, de familia en familia (Gen 17,1.5; 28,3; 35,11; 32,29; 43,14; 48,31). “Por mí mismo juro...” (Gen 22,15-18). Una familia, un hogar, una mesa, cada vez más grande.
- **El Padre que abre el camino.** La pequeña familia, oprimida y enfrentada, en el muro y las cadenas. Una zarza ardiendo, sin consumirse. Descálzate, el lugar es santo. “Yo soy el Dios de tus padres” (Ex 3,6). ¿Cuál es tu nombre?, le preguntó Moisés. “Yo soy el que soy” (Ex 3,6-14). La misericordia que se hace fidelidad. Estoy con vosotros, siempre, para toda la travesía, hacia el hogar nuevo. “Yo soy el que soy” descifra al Dios de los padres (Ex 3,6; 3,14; 3,15-16; Mc 12,26b-27; Is 42,8 (42,1-9); Jn 8,24; 17,16; Apoc 1,4; 1,8). Por eso la gran aclamación: “Mi fuerza y mi poder es el Señor, él es mi salvación. Su nombre es Yahvé” (Ex 19,31), don y encargo (Ex 20,7), tienda permanente (Ex 20,24; Nm 6,22-27). La traición a la Alianza (6,7; 19,16.25), no podrá detener el paso del fuego en gloria (24,1-11.12-28). La fidelidad de Yahvé es insospechada, nueva, misericordia mantenida en fidelidad (33,18; 34,5b.7). Él estará con ellos, pues en medio de ellos ha puesto su tienda (40,36-58p). Yo les suscitaré un profeta en medio de ellos (Deut 18,18).
- **Hacia el último hogar para todos.** En la opresión de los pobres (Am 2,7) avanzará Él como viento recio revelando su nombre (Am 4,13). Del último lugar avanzará un Pastor con la fuerza del nombre de Yahvé para inaugurar la paz (Miq 5,3). No puede ser cueva de bandidos la casa que lleva su nombre (Jer 7,10; Mc 11,17p). Ningún ídolo se mantendrá en pie frente al Nombre del Rey, pues entre los malos pastores (Ez 34,1-20) aparecerá el Pastor fiel, alianza de paz (Ez 34,1-30), que les acompañará siempre en la

tienda (Ez 37,27). Fuentes de aguas vivas (Is 12,4), brecha al monte para los pies de los pobres (Is 26,8). Solo Él, el que crea, redime y salva. Ante su nombre todos doblarán las rodillas (45,23; Fil 2,6-11). Su reino de justicia (Is 51,4.8; 51,15) es el reinado del siervo entregado y levantado (52,13-53,12), única esperanza (Zac 14,9) para todos (Mal 1,11).

El nombre que salva

“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. “Has encontrado gracia ante Dios”. “Concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús” (Lc 1,28-31). Jesús, Hijo del Altísimo (Lc 1,32), el misericordioso y compasivo (Lc 6,35), el Ungido de la justicia y de la paz (Is 8,23-9,6; 11,1-10p), el Hijo del Hombre para la tierra nueva (Dan 7,14). María proclama inundada de alegría: “el poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es santo” (Lc 1,49), pues en este Hijo de sus entrañas, pasadas a las mías, pondrá la mesa del reino, levantando del polvo a los hambrientos, para abrir el hogar a todos. Pero su salvación es una absoluta novedad: arrancará las cadenas y derribará el muro como Emmanuel “Su nombre es Jesús, pues él salvará al pueblo de sus pecados” (Mt 1,21; Lc 1,31; Ps 130,8; Act 4,12). Esta salvación es la fidelidad de su misericordia, entregada en la mesa y en el camino, en inseparable compañía. “Le llamarán por su nombre Emmanuel, que significa “Dios con nosotros” (Mt 1,23b [Is 8,8-10; 7,14; Rom 8,31).

- **El Padre, que pone la mesa.** “Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti mi complacencia” (Mc 1,11). Hijo de las entrañas (Gen 22,2) entregado como siervo en expiación (Is 42,1-9; Is 52,13-53,12), para ser Hijo levantado, a mi derecha (Ps 2,7; 110,1 [Mc 12,35]), a la cabecera de tus hermanos (Deut 18,15). Al salir al camino “se le conmovieron las entrañas” (Mc 1,41), al ver las heridas de las cadenas y el muro, en el cual iba a poner la mesa (Mc 6,34). En seguida los “espíritus” descubrieron su nombre, “Tú eres el santo de Dios” (Mc 1,25; Jn 6,69), “tú eres su Hijo (Mc 3,11; 5,7). En la tierra encadenada, por otro nombre, la “legión” de las potestades (Mc 5,9), él avanza abriendo brecha con su nombre y sus hermanos con él pues él les ha dado parte de su potestad (Mc 6,7; Lc 10,17.20.22). El siervo amado, ungido por el Espíritu (Lc 4,18), anuncia el juicio a las naciones. No grita, no rompe la caña, no apaga el pábilo. Pero “lleva a la victoria el juicio de la justicia y en su nombre esperan todos los pueblos” (Mt 12,18-21; Is 11,10; Rom 15,12).
- **El Padre, que abre el camino.** El Hijo entregado (Jn 1,1.14.18; 3,16.18) va delante como pastor bueno a abrir el camino. “Abre la puerta, saca las ovejas y las va llamando por su nombre (Jn 10,3). Ha venido para que tengan vida, en abundancia (10,10), y se propone entregar la vida por las ovejas (10,11), con el mismo amor con que el Padre le ama a él (10,15). Este es el encargo. El Padre puso todo en sus manos, para que así amara con su mismo amor, reuniendo a todos los hijos dispersos, en un solo corro de hermanos (10,16; 11,32; 17,20; Ef 2,14-18). “Yo y el Padre somos uno” (10,30). “En mí el Padre y yo en el Padre” (Jn 10,38, 14,10; 17,21-23). “Padre, yo les he dado a conocer tu nombre” (Jn 17,26). Por eso avanza hacia el monte, para poner la mesa para todos, en el camino de la humanidad, para el rescate (Mc 10,45). Hosanna, Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Jn 12,13). Es el Ungido, de la justicia y de la paz, desde lo alto (Lc 19,38; 2,14). Hosanna en las alturas (Mc 11,10; Ps 148,1; Job 16,19).

La misericordia del corro se ahonda en la fraternidad del camino, y se consume en el monte, en la fidelidad de la misericordia, la justicia, la verdad y la paz de la gracia. En “el nombre sobre-todo-nombre”.

El Nombre-sobre-todo-nombre

“Esta es mi sangre de la Alianza, derramada por muchos” (Mc 14,24), para el perdón de los pecados” (Mt 26,28). De la mesa pasó al monte y fue levantado en el madero (Mc 15,13.39). “Verdaderamente este es el Hijo de Dios” (Mc 15,39; 1,1; 9,7; 12,6; 14,61-62; 15,39; 16,19). El Hijo, rostro mismo del Padre (Fil 2,5; Heb 1,3; Jn 1,1; 3,13; 7,5) se ha vaciado (Fil 2,7; Jn 5,18; 2Cor 8,9; Is 53,3-11) haciéndole imagen nuestra. En la figura de nuestro pecado (Heb 2,17; 4,15; Rom 8,3; Col 1,2) Más aún se ha abajado y humillado, más aún se ha anonadado, en absoluta obediencia hasta la muerte de cruz (Fil 2,8; Heb 5,8. 12,2; 2,9; Lc 14,11; Jn 10,18).

- **El nombre-sobre-todo-nombre.** El Padre le alentó, le levantó, le encumbró, le exaltó, a la cabecera de la humanidad, del universo y de la historia entera. Ahora lo ha puesto todo en sus manos. Todo el perdón, toda la redención, toda la reconciliación, toda la salvación, toda la nueva creación. El nombre sobre todo nombre para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese, Señor, Jesús, Cristo para gloria del Padre (Fil 2,9-11; Is 45,23; Heb 1,4; Ef 1,21-23; Apoc 5,15; 19,12; Rom 10,9; 14,11).
- **La mesa compartida de su nombre.** El Señor exaltado, el nombre de Jesús (Act 2,21; 3,16; 4,30; 9,14-21; 27,1) y presencia del Espíritu (Act 5,4; 9,10-18; 9,27; 15,26, 21,13), perdón de los pecados (10,43), única salvación (Act 4,12). Los hermanos son bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo (Mt 28,19). El Padre por el Hijo en el Espíritu. El Hijo nombre del Padre, desentrañado en plenitud (Act 2,36; 10,48) sus brazos nos acogen y entrañan y pasamos a su Reino, mesa y senda, ofrecidos a su entrega. Entregados a Él, creyendo en su nombre (Jn 1,12; 2,33; 3,18; 5,48; 1Jn 3,23; 5,3.13) consumada revelación (Jn 17,11s.24-26).
- **El camino compartido de su nombre.** Salir a las sendas sobre sus mismas huellas, para proclamar su nombre con la palabra en los signos y en la travesía martirial de su pascua. “En su nombre”, encargados, designados, fortalecidos, salvados, para que Él, vencidos los poderes, incluso la muerte, entregue el Reino al Padre. La victoria de su fidelidad. “Les he dado a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17,26).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 6/10/2002*

15.Santificado sea tu nombre [2]

Palabra viva: Hechos 2,1-11.23-24.32-36

“Padre, santificado sea tu nombre” (Lc 11,20). Ya hemos descifrado el “nombre del Padre”, en el rostro de su Hijo, “Señor, muéstranos al Padre” (Jn 14,8) y él les dijo: “el que me ha visto a mí ha visto al Padre”. “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (Jn 14,8-10). “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30). En la parábola primordial de nuestra familia, todos podemos aproximarnos a la hondura del nombre de nuestro padre, si es un padre de verdad. Él nos ama con el cariño de las entrañas, se entrega al sacrificio en el camino y por fin nos pasa la vida, a través de su muerte: “el padre”, podríamos decir es Amor. Así en modo nuevo, junto a Jesús hemos ido descubriendo el nombre del Padre que está en los cielos. En la última cena, dirigiéndose al Padre decía: “Padre, yo les he dado a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que tu amor, con que tú me amaste, esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17,26). En la pascua “nos amó hasta el extremo” (Jn 13,1b). Por eso decía Juan en la Carta: “En esto hemos conocido

el amor, en que él (el Hijo único y amado) dio su vida por nosotros” (1Jn 3,17). “Dios es amor” (1Jn 4,16; Cf. 4,7-8). Al entregar a su Hijo amado, hasta la muerte y muerte de cruz, nos entregó su nombre: amor/caridad. Todo el amor que nace de nuestro corazón (amor instintivo, de amistad e incluso de familia) es amor de correspondencia. El amor del Padre, en su Hijo es la absoluta gracia, la entera novedad, la última plenitud (Rom 8,32). La misericordia de sus entrañas, se hizo fidelidad en el camino y al morir levantado en el madero apareció la gracia (Tit 2,11; Cf. 1Tim 2,5-6p). Ahora hemos empezado a rastrear qué significa: “santo, santificar, santificado”. Nosotros llamamos santos a los hermanos que con su vida son fuego de amor, que arde y alumbra. Pero al tiempo, yendo más allá, aclamamos al Señor diciendo: “Porque Tú solo eres santo, Tú solo Señor, Tú solo altísimo Jesucristo, en el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre”. Amén.

Fuego encendido en la tierra

Al asomarnos al fondo del hogar del Padre nuestro, que estás en los cielos”, escuchamos el himno de alabanza, “Santo, Santo, Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que viene” (Apoc 4,8b), “porque has asumido el gran poder y comenzaste a reinar (Apoc 11,7). Entonces tenemos que preguntar a Jesús, que significan estas palabras, pues “nadie conoce al Padre, más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27). Él, al instante, nos dice: rastread las Escrituras Santas, que son la historia de su amor, fuego, ardiente y luminoso, santidad y gloria, arrojado a la tierra. Allí conoceréis al que era, el que es y el que viene.

- **Zarza ardiendo** (Ex 3,1-15). Moisés pastoreaba el rebaño y vio una zarza ardiendo que no se consumía. “Quítate las sandalias de los pies, porque el lugar que pisas es santo” (Ex 3,5). ¿Quién eres? Yo soy el Dios de tu Padre”, el que bendijo y eligió a Abraham para bendecir en su hijo entregado a todos los pueblos (Ex 3,6.13.15). Mi nombre es “Yo soy”; “yo estoy con vosotros siempre” (Ex 3,14). Os arrancaré las cadenas, derribaré el muro, pues en primicia sois “mi propiedad persona, una nación santa” (Ex 19,3-6). El fuego de mi alianza os allega a mí, os reúne y os encamina (Ex 19,16.22), gloria victoriosa” (Ex 24,12-18), que desentraña y desvela mi misericordia, que se consumará en fidelidad (Ex 34,1-10). Me tendréis siempre en la tienda del encuentro y de la marcha (Ex 40,3).
- **Fuego cegador**. Los llevó de la mano, de la esclavitud a la libertad, de la enemistad a la fraternidad, del destierro a la patria. Y fueron pasando la tienda al monte (Jos 5,15), la tienda del Señor, el santo, tienda de santidad y justicia (1Sam 2,1-10). Con este fuego, encendió el Ungido, que le había de representar en la cabecera de la mesa y de la marcha (1Sam 24,7; 2Sam 7,12-16) y por fin en la ciudad santa, el fuego de la gloria inundó el templo (2Cron 5,11-14). De nuevo volvieron a la idolatría del culto vacío, unido a la opresión de los pobres (Am 2,7). Pero el Señor quería misericordia, justicia, santidad (Os 6,6) y en un arranque nuevo del corazón se entregó a ellos en alianza nueva. “El Santo en medio de ti” (Os 11,9) “Yo santificaré mi nombre, que vosotros habéis profanado entre las naciones” (Ex 36,23). Florecerán los huesos secos, y estará el Ungido y la Tienda del Fuego (Ez 37,1-26).
- **Aurora victoriosa**. De nuevo la traición, les hundió en la noche. En el monte de la justicia y la paz (Is 2,1-5), de nuevo la idolatría y la opresión. Pero se presentó el Señor, en el templo “sentado en un trono excelso y elevado: Santo, Santo, Santo, Yahvé Sebaot Señor de los ejércitos, llena está toda la tierra llena de su gloria” (Is 6,3). Vendrá el Ungido, Emmanuel (Is 7,14), el Príncipe de la paz (9,1). El que hará la justicia en la tierra, desde los pobres, para todos (Is 11,7-10). Pero será una creación nueva (Is 40,23). La justicia del santo, el creador y el Rey (Is 43,14-15), por manos del siervo humilde (42,1-9) que inaugurará el día de la gracia (49,1-8), ofreciendo el rostro a los salivazos (50,4-

10), herido y despreciado, precio de la paz (52,13-53,12). Solo el santo hará la justicia (45,14-25), en su reino (51,4-8), mesa para los confines de la tierra (60,9; 67,1-3).

Desde más arriba más abajo, mucho más adelante, en mayor espesura (Dan 7,1.27; Ageo 2,6-9; Tob 8,5-15; 12,15). Sí, el Señor de la gloria (Ps 29,3; 33,9), desde el trono (Ps 47,9), en el monte (Ps 3,5), en el Templo (Ps 5,8; 52,10), ungirá a su Ungido (Ps 89,21-27 (Ps 72), para levantarlo (Ps 2,6) y pasar a sus manos. El Reino de santidad y justicia (Ps 99,1-9), inaugurado desde los pobres (Ps 145,1-10), con un puñado de pobres de corazón (PS 32,6, 34,11; 79,2; 85). El reinado, que esperaban con viva esperanza los siervos del Señor, en la aurora escatológica, histórico-apocalíptica.

Fuego aparecido en la Pascua

Cuando Jesús asistía al servicio divino, en la sinagoga escuchaba al final una oración sagrada, antigua oración aramea, el Qaddish. Su texto más antiguo es “Ensalzado y santificado sea su gran nombre, en el mundo que él por su voluntad creó. Haga prevalecer su Reino...”. Y a esto decía “Amén”. En esta oración sencilla se recoge toda la luz y el latido del AT. Pero en el Hijo nos encontramos con una absoluta novedad. El abrazo de amor que el Padre, ha dado al Hijo y el Hijo al Padre, “en el Espíritu Santo”, nos lo ha dado el Hijo desde el Padre, al poner su tienda entre nosotros (Jn 1,14.18). Efectivamente Jesús, el Emmanuel, es aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo” (Jn 10,36). En Nazaret, el Padre ha pasado a su Hijo a las entrañas de María, llena de gracia, para ser el Ungido del reino sin fin, siendo el Hijo del Altísimo (Lc 1,30.35). “El Espíritu Santo, descenderá sobre ti y te cubrirá con su sombra. El Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios (Lc 1,35; Mt 1,18). La aclamación de María y de Zacarías, tomando las palabras de los pobres del Señor, aclamarán la santidad y la justicia (Lc 1,75), porque el Padre, en su “santa alabanza” (Lc 1,72), por las entrañas de su misericordia (Lc 1,78), ha hecho brillar la luz desde la altura (Lc 1,75). El Señor, en el pesebre, el Ungido, el Salvador, la paz de la gloria (Lc 1,8-14), vuelto al Padre, en absoluta obediencia por nosotros (Lc 2,49).

- ***El Espíritu santo sobre Él.*** No lo podíamos sospechar. Fue una revelación del Padre. Estaba bautizándose en el Jordán. Vuelto al Padre, se volvió a nosotros. Y los brazos del Padre, le presentaron desgarrados los cielos, a la sombra de sus alas. “El Espíritu bajó hacia Él” (Mc 1,10), para permanecer en Él” (Jn 1,33). “Este es mi Hijo, el amado, en él mi complacencia” (Mt 3,17). “El Espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha ungido... para proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4,18; Act 10,38; Lev 25,10; Is 49,8). Al verlo conmovido en su misericordia, curando a los pobres, los demonios lo reconocieron. “Tú eres el Santo del Dios” (Mc 1,24; Lc 4,34). Al verle poner la mesa con su pan partido, por la vida del mundo, sus apóstoles le confesaron “nosotros hemos creído y hemos conocido, que tú eres el santo de Dios” (Jn 6,69).
- ***El Espíritu Santo por medio de Él.*** Iban subiendo al monte y le oyeron orar, la misma oración que después puso en sus labios. “Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12,38). Llegaba la hora de ser glorificado, de sembrarse como grano de trigo (Jn 12,23s). Pero el Padre le responde “le he glorificado y le glorificaré” (Jn 12,28). La revelación de la santidad de la gloria del Padre, su amor inaudito sucederá en el madero “cuando yo sea levantado sobre la tierra” (Jn 12,32; 3,14-18; 1 Jn 4,9; Rom 8,32; Gen 22,16). Allí pondrá la tienda de la comunión con el Padre, por medio de Él en el Espíritu (Jn 14,17). Estará junto a nosotros y en vosotros. En la morada (Jn 14,23), que se hará camino, en el Espíritu de la verdad, que atestiguará su justicia en el mundo (Jn 14,26; 15,26; 16,7-10). “Padre, glorifica tu nombre” (Jn 17,1). Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad (Jn 17,19).

Fuego prendido en el cenáculo

Era una necesidad del corazón del Padre, en la fidelidad de la misericordia, por nosotros. Convenía al (Padre) por quien es todo y para quien es todo, consumir (telos) por los sufrimientos, al que iba a llevar muchos hijos a la gloria, al iniciador de la salvación (Heb 2,4), “al Primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8,29). En el Gólgota, a las tres de la tarde sucede el Día de la Expiación, el “Día de la gracia”. Es el Padre, quien pone la Víctima, “Eloí, Eloí por qué me has abandonado” (Mc 15,34). Pero el Hijo, Cordero degollado, se entrega en las manos del Padre (1Pe 1,21) y en él se ofrece como sacerdote y como víctima (Heb 9,12.14p; 10,10), abriéndonos la entrada al corazón del Padre (Heb 10,24), “para santificarnos con su sangre, fuera de la puerta” (Heb 13,17).

- **“Inclinando la cabeza entregó el Espíritu”** (Jn 19,30). “Habéis negado al santo y al justo, “habéis asesinado al iniciador de la vida” (Act 3,14), “el santo siervo Jesús” (Act 4,27). Pero entregado por el Padre, y por nosotros él mismo se entregó a sí mismo. “Jesús dando un fuerte grito exhaló el Aliento” (Mc 15,22). ¿Dónde está el Hijo del Amor? ¡Ha sido hecho maldición por nosotros! (Cf. Gal 3,13). “Santo Dios, Santo fuerte, santo inmortal! Compadécete de nosotros. ¡El Santo excluido! El inmortal asesinado. Sí, allí mismo, la última revelación de la santidad. “Reina desde el madero” (Mc 14,61-62). Desde ahora mismo (ap’arti) (Mt 26,64) “Perdónalos. Hoy estarás conmigo. Padre a tus manos”... (Mt 27,30). El crucificado Señor de la gloria ha sido constituido para nosotros, por parte de Dios, justicia, santificación y redención. “En la fuerza de Dios” (1Cor 1,30; 2,5).
- **“Alentó sobre ellos: Recibid el Espíritu Santo”** (Jn 20,22). El Padre bajó al abismo y le abrazó con sus entrañas y le alentó su mismo aliento y lo resucitó lo levantó, le encumbró, le constituyó Hermano mayor del Universo y de los hermanos en el Fuego del espíritu. “Hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, Señor crucificado” (Fil 2,8-11). Su Hijo, en nuestra carne, herido, inmolado, “constituido Hijo de Dios en fuerza según el Espíritu de santidad, levantándole desde los muertos, Jesús, Cristo, Señor nuestro” (Rom 1,4). “Espíritu vivificante” (1Cor 15,45) “El Señor es el Espíritu” (2Cor 3,17). Vuelto al Padre, abrazado por él, se vuelve ahora desde él, dándonos el mismo y único Espíritu (Act 2,32-35.36; 2,1-11). El Hijo, Fuego vivo, el Juez de la justicia última, del perdón, de la redención y la reconciliación (Act 10,42; 13,32-39; 17,31). Yendo delante y abriendo el camino nuevo, vivo, hasta que vuelva (Mt 25,31-41).

“Padre, Padre nuestro en los cielos” ¡Santificado sea tu nombre!, en pasivo divino. “santificado por el Padre”, ya ahora, de paso a la consumación de su gloria. La aclamación es una súplica confiada, a primera vista, pero en el fondo es una aclamación, una alabanza, “a la gloria de su gracia” (Ef 1,6).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 13/10/2002*

16. Santificado sea tu nombre [3]

Palabra viva: Romanos 8,1-39

“Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mt 6,9). El fuego ha pasado de las entrañas del Padre a la tienda de su Iglesia, germen y senda de su Reino. Estamos en la fiesta de la Pascua del Señor, en torno a su mesa. “En el nombre del Padre y del Hijo y del

Espíritu Santo” (Mt 28,19b). Encabeza la mesa el Padre, que se entrega por su Hijo, en el Aliento del Espíritu Santo. El “Padre Santo” (Jn 17,11), mediante su Hijo, a quien abrazó, alentó y envió (Jn 10,36), “el Santo” (Lc 1,35; Mc 1,24; Jn 6,69; 1Jn 2,20; Apoc 3,7), se nos entrega en el Espíritu Santo (92 veces NT). “Espíritu de santidad”, “Espíritu de Dios”, “Espíritu del Padre”, Espíritu del Hijo”, Espíritu del Ungido”, “Jesús”. ¿Qué es entonces el Fuego que se ha encendido en la Mesa, el Hogar de la Tienda? “La gracia del Señor Jesús, Cristo y la caridad de Dios y la comunión del Santo Espíritu con todos vosotros” (2Cor 13,13). “La caridad del Padre (Jn 3,16; 1Jn 4,9; Rom 5,8. 8,32) en la entrega de su Hijo, levantado en el madero ha aparecido como “gracia”, “gracia sobre gracia” (2Tim 1,10; Tit 2,11. 3,4; Jn 1,14.16). Aliento mismo del fuego (Rom 1,14; 1Tim 3,16; 1Ped 3,18; 1Cor 15, 45; 2Cor 3,17), entre sus manos abiertas, heridas y encendidas. En la “comunión del Espíritu Santo” (2Cor 3,13b). “Espíritu de su Hijo” (Gal 4,6), “Espíritu del Ungido” (Rom 8,9), en su reino (1Cor 15,25). Así hemos sido entrañados “en la comunión del Hijo” (1Cor 1,9), los “santificados en Cristo Jesús” (1Cor 1,3p), “los llamados”, “los santos” (1Cor 1,2), “amados de Dios, llamados santos” (Rom 1,7). La familia entera aclama: Porque tú solo eres santo, tú solo Señor, tú solo Altísimo Jesús Cristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre” (Gloria). Le vemos ahora presidiendo la Mesa ¡Hijo de las entrañas del Padre! ¡Señor! ¡Levantado en el madero! ¡Jesús! ¡Brecha de la justicia y de la paz! ¡Cristo! ¡Único Hermano nuestro! ¡Señor nuestro! En el fuego de su filiación, de su fraternidad y la herencia. En el mismo y único Espíritu de santidad (Rom 1,3-4; Fil 2,6-11).

El fuego de su filiación

El fuego entraña, dona y encamina. Es don y encargo. “Santificado sea tu nombre” es primero una aclamación de alabanza, unida inseparablemente a una adoración de obediencia. Al ver al Señor delante de la mesa, con las entrañas heridas y encendidas, con los brazos abiertos, de par en par, desde donde sale el sol hasta el ocaso, para prender fuego al universo, la asamblea salta de júbilo: “Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del Universo, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo, Bendito el que viene en nombre del Señor, Hosanna en el cielo” (Sanctus). El Espíritu nos ha desentrañado el Misterio, del crucificado Señor de la Gloria (1Cor 2,7-12p). Se ha cumplido la promesa, se ha inaugurado el fin de los tiempos, la nueva creación. Vuelto al Padre, se ha vuelto a nosotros y nos ha alentado su mismo Aliento de Amor (Jn 20,17b; 19,22; Gen 2,7; Ez 37,9).

- **Aclamación de alabanza.** Padre nuestro. Tú mismo has prendido el Fuego en tu Hijo, el Señor, que es el Espíritu” (2Cor 3,17), en medio de nosotros. “Yo mismo santificaré mi gran nombre” (Ez 36,23). En el agua que mana del costado abierto de tu Hijo amado (Jn 19,34; 7,39; 1Jn 5,7). “En el bautismo hemos sido santificados (y) justificados en el nombre del Señor Jesús Cristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1Cor 6,11; Ef 5,25.26). La palabra del Evangelio (1Tes 1,5; 1Cor 2,4; Heb 2,4), la Pascua del Señor convertida en manantial (Jn 3,3-5; Tit 3,5). Plenitud del tiempo. Tu Hijo enviado para pasarnos a su filiación. Y el hecho de que sois hijos se muestra en que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: Abbá Padre. De modo que ya no eres esclavo, sino Hijo” (Gal 4,6; Rom 8,15-16; Mc 14,36). Ha sido en la sangre de Jesús Cristo en la santificación del Espíritu” (1Ped 1,2; 2Tes 2,13). “Santificados” en el “Amor” derramado en los corazones (Rom 5,5).
- **En la obediencia de la fe.** Es el júbilo el que nos expropia (Jn 20,20; Lc 24,41). En el Espíritu, gritamos, en el mismo grito suyo (Rom 8,15). “Bendito seas Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 1,3.5; 2Co 1,3). En el Espíritu gritamos: ¡Mará Jesuah! ¡Señor Jesús! (1Cor 12,3; Fil 2,6-11; 2Cor 4,6). La alabanza nos expropia por entero, a la obediencia de la fe. El gesto del postrarse, rostro a tierra, abrazando los pies del Señor (Mt 28,9), “en Espíritu y verdad” (Jn 4,23). Aclamación que se hace verdadera adoración,

absoluta sumisión, fiel obediencia. ¡Señor mío y Dios mío! ¡Tú eres mi Hermano mayor, Tú eres mi Padre! (Jn 20,28). El paso de la aclamación a la adoración, se consuma en la aclamación, la confesión de fe. ¡Jesús es el Señor! ¡Señor Jesús! Para gloria de Dios Padre (Rom 10,9; Fil 2,11). Para que pase por nosotros, la victoria de la cruz, avance incontenible de la gloria del Padre, “viendo las obras de mis manos, en medio de él, santificarán mi nombre” (Is 29,23; Ex 36,23). Importa pasarnos a las manos del Hijo, a su misma obediencia. “Padre, santifícalos en la verdad. Tu Palabra es la verdad misma... Yo por ellos me santifico a mí mismo para que ellos sean santificados en la verdad (Jn 17,17-19; 4,23; Mc 14,24; Heb 2,11; 9,13; 13,12) “¿Cómo no va a dar el Espíritu Santo a los que se lo pidan”? (Lc 11,13).

El fuego de su fraternidad

Padre, tú mismo has prendido el fuego en esta tienda. Lo vemos en la sangre, que mana del costado de tu Hijo (Jn 7,39; 19,34). “Pues todos nosotros hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo y todos hemos bebido de un mismo Espíritu” (1Cor 12,13). El Santo Espíritu, que se empezó a encender en la Palabra, se encendió más en el Fuego y consume su llama de amor viva, en el pan y la copa del Señor. El Padre ama al Hijo y lo pone todo en sus manos”. En este mismo amor, nos ama Él a nosotros y nos “da el Espíritu sin medida” (Jn 3,35a.34b). El cuerpo y la sangre comparten con él el aliento de sus entrañas, el latido de su corazón (Jn 6,55-56). En la mesa nos comparte la comunión en su filiación, que es al tiempo la comunión con su fraternidad, en el fuego de su fraternidad.

- **Aclamación de alabanza.** Santificado sea tu nombre. Padre santo, nos has encendido en el fuego de la comunión de tu Hijo, para que todos seamos uno (Jn 17,11.21-23; 10,30). En el mismo abrazo del amor con que tú abrazas a tu Hijo y tu Hijo te abraza a ti, nos alientas, para abrazarnos unos a otros y ser unos en otros, desde otros, en la unidad del Espíritu Santo. En el pan, al comer el Espíritu y en la copa, al beber el Espíritu (1Cor 10,4; 12,13; Jn 15,1-10), pasamos a ser “uno”, una persona comunitaria, un cuerpo en el que se derriban todas las diferencias (Gal 3,28; Jn 17,21; 1Cor 3,11). Es el fuego del Espíritu el que hace posible la comunión de vida, de dones y de bienes (1Cor 12,4-26; Rom 8,2-5; Act 2,42-47; 4,32-35).
- **En la ofrenda el amor.** El don del fuego es al tiempo un encargo. “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 11,36). “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mc 5,48). “Sed santos, porque yo soy santo” (1Ped 1,16; Cf. Lev 19,2.17). La sangre preciosa del Hijo, cordero inmolado (1Ped 1,19-20), se hace senda de amor fraterno sin medida (1Pe 2,21-25). “Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, como yo os he amado, pues como el Padre me amó así os he amado yo a vosotros. Permaneced en mi amor, dando la vida por los hermanos (Cf. Jn 13,34; 15,12-13.14). En esto hemos conocido el amor, en que el dio la vida por nosotros” (1Jn 3,16). Así se va corporeizando la fraternidad, como un solo cuerpo y un solo Espíritu, en la misericordia entrañable del Señor (Ef 4,1-6; Col 3,12-17).

Santificado sea tu nombre, aclamación de alabanza, para la obediencia de la fe, en la ofrenda del amor. El fuego abre las manos, las capacita en nueva libertad para la ofrenda y arrastra a ponerlas en las manos mismas del Hermano mayor, en la fuerza de la esperanza.

El fuego de la herencia

Padre tú mismo has prendido fuego en esta tienda de paso a los confines del universo y de la historia. Lo vemos al ver al Hijo, que es el Heredero pasando de la cabecera de la mesa a la

cabecera del camino. El Espíritu, entregado en el agua y la sangre, se nos da en la tienda como “prenda” (2Cor 1,22; 5,5) y como “primicia” (Rom 8,23). En realidad, la pascua, es el comienzo de la parusía, anticipo del fuego consumado, don escatológico (Lc 24,44-48; Act 1,4.5.8; 2,17-18; 2,32-39). El Espíritu arrastra a la fraternidad, hacia el Hogar del Padre. La santidad es justicia nueva, para transfigurar el universo, inundado de misericordia, llenando de gloria los cielos y la tierra.

- **Aclamación de alabanza.** El Hijo fue a preparar el hogar y se ha vuelto a esta tienda. Él es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). El Espíritu de la verdad, el Defensor, siempre con nosotros (Jn 14,16-17), fuego que obra la comunión en la morada (Jn 14,23), y que se abre paso en el camino, en medio del Principado de este mundo, sobre las huellas mismas del Señor (Jn 14,25-27). La verdad y la justicia de su Reino se abrirán paso (Jn 15,26; 16,6-11). Él es el que alienta y encamina la misión del evangelio hasta los confines. Testifica (Act 5,32) enseña (Lc 12,10.12) habla (Act 8,29; 10,19; 13,2), decide (Act 15,28) envía (13,4), encarga (Act 20,24). Él abre la brecha de la misión en los momentos cruciales (Act 2,1-4; 4,8; 8,17s; 9,17s. 10,44-11,15; 19,6; esp. 15,11.28).
- **En el empeño de la esperanza.** En realidad la travesía del fuego inaugura una creación nueva. En el conflicto de los dos reinos, de dos reinados, de dos formas de existencia. Por eso los hermanos son llamados, al camino de la santidad en el mundo desde las manos encendidas del Señor de la mesa (Rom 12,1-2). “Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1Tes 4,3; Ef 1,4). “No nos llamó Dios a la impureza, sino a la santidad” (1Tes 4,7). No se puede despreciar el don de su Espíritu Santo, arras de la herencia. El camino es lucha en medio del mundo, entre los dos ámbitos de poder y dos existencias (Rom 8,2-13). De rodillas, rostro a tierra, para la obediencia de la fe, con las manos abiertas de par en par para la ofrenda del amor; con los pies descalzos, para afrontar en el Espíritu el camino de la libertad de los hijos, por el que suspira la creación entera (Gal 5,13-25; Rom 8,28-39). Siembra en el Espíritu, para el pan y la copa del banquete sobre el monte, cuando él vuelva. Es en la fragilidad y en la tribulación, donde el canto que proclama el evangelio, será victoria de la fuerza del Señor, en su debilidad (2Cor 13,4; 12,9; Col 1,24).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 27/10/2002*

17. Venga tu Reino [1]

Palabra viva: Isaías 52,13-53.12

El Señor continúa entregándonos su misma oración. “Cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre; venga tu Reino” (Lc 11,2). A primera vista la palabra “reino” nos parece extraña. Pero todos tenemos en el fondo la impresión de que en el mundo reina alguien. ¿Quién reina hoy en nuestro mundo? Enseguida daríamos una respuesta. La familia humana desde sus orígenes ha conocido una autoridad: el padre en la familia de familias. En muchas ocasiones se le ha llamado “rey”. Se veía en él un representante de Dios, del que había recibido su autoridad, para el servicio de su pueblo, en su tierra, por sus caminos. Su potestad verdadera era para la justicia y la paz de todos. Por eso era fácil distinguir en esta palabra al rey, al reino y al reinado. El “rey” que preside en la potestad de la autoridad. El “reino” es el ámbito donde reina, el pueblo y la tierra. El “reinado” es el ejercicio de su potestad para el bien común, es decir la senda con la justicia para la paz. Pero la humanidad en su historia ha tenido terribles experiencias del reino. Los reyes, puestos en pie desde los poderosos, los que más tienen, pueden y saben, se han

levantado independizándose del Señor del universo. Más aún han divinizado su autoridad. Y en la divinización de sí mismos, han constituido al pueblo y regido la tierra, para sus propios intereses. Así la tierra ha dejado de ser hogar para pasar a ser mercado y campo de guerra; el pueblo ha dejado de ser familia, para ser pelea de amos y esclavos. Y la senda se ha hecho camino de opresión y despojo y exterminio en la sangre. Al parecer la humanidad ha creído avanzar más derribando los reinos y buscando un gobierno del pueblo con distintas funciones, que abran mejor las sendas del bien común, los logros de la “modernidad”, prostituidos también a veces, se ven delante de los ojos, “¡libertad, igualdad, fraternidad!” Para que la economía, la sociedad, la política y la cultura, en sendas de democratización, socialización, autogestión y humanización sirvieran al bien común y a la persona humana.

Viniendo de mucho más arriba

En la historia santa el Señor que creó el universo para la familia humana, una senda compartida, extendió su mano para buscar un puñado de hombres, que abrieran la senda de la justicia, cuando se hizo de noche en la injusticia y la opresión de “Babel”. Era el “Dios altísimo”, que se proponía a través de la sencilla representación de un Rey, abrir la senda de la justicia y de la paz (Gen 14,18-20; Heb 7,2). En realidad era el mismo Señor, que inauguraba la Alianza con Abraham, para bendecir en la entrega de su hijo a todos los pueblos de la tierra. “Y creyó en Yahvé, y pasó a su justicia” (Gen 15,6; Gal 3,6s) para reunir su familia de hijos, y hermanos, en el hogar de la herencia para el mundo entero (Gen 1,18; Rom 8,34; 4,13).

- No hay rey desde la tierra. Solo el Señor, el que dolido de los gritos de los oprimidos, se acercó en el fuego. “Yo soy”. “Yo estoy con vosotros”. La fidelidad, para la misericordia, en fidelidad consumada (Ex 3,13-15; 34,6-7p). El enviado, Moisés, no se representaba, era el mismo Señor, el que se hacía presente en él. Yahvé a la cabecera del corro y de la senda, era el que luchaba en su justicia. “Yahvé peleará por vosotros, no os preocupéis” (Ex 14,14). “Extendiste tu diestra, guiaste con misericordia a tu pueblo rescatado”. Él lo llevó hasta su santa morada, al monte de su heredad, su trono. El pueblo aclamaba “El Señor reina por siempre jamás” (Ex 15,17-18). Así hizo a su pueblo “un reino de sacerdotes y una nación santa” (Ex 19,3-6; 1Ped 2,9; Apoc 1,6; 5,10). El Señor solo los condujo (Jos 23,10; Juec 7,22; Deut 32,12).
- Cuando llegaron a la tierra de la promesa, todos los pueblos del entorno, tenían reyes. Los enemigos les oprimían de continuo. En esta situación, el Señor cede a su deseo, haciendo que Samuel unja a Saúl (Cf. 1Sam 9,1-10.16; 11,1-11.14s). Pero desde el principio aparece un juicio crítico del “imperio teocrático” de Yahvé, latido vivo y permanente del reino del N. “Me han rechazado, no me quieren por rey” (1Sam 8,15-17; Cf. Os 3,4; 7,3; 13,10ss). La realeza del rey es al tiempo un don y un rival del Señor. Solo para su justicia se legitima a David y a su descendencia (2Sam 7,1-7.11b.16). El Señor le pone a su derecha para realizar su alianza (Ps 2,7; 45,7; 110).
- En la noche del desamparo vuelve de nuevo la injusticia y la opresión. La sangre de los pobres mancha la tierra. Y cuanto más oscura es la noche, tanto más se adivinaba el día. Se aviva la esperanza de un rey de justicia y de paz, ungido y enviado al final de los tiempos (Gen 49,8-12; Am 9,11-15; Miq 5,1ss; Jer 23,5ss; Ez 17,22ss) “Un germen justo”, que haga derecho y justicia en la tierra, “y este es el nombre con que le llamarán, Yahvé, nuestra justicia” (Jer 23,5a-6b). Se ha avivado la esperanza. Al monte del Señor confluirán todas las naciones. Pues él será el juez de pueblos numerosos. “De las espadas forjarán arados”. ¡Venid, subamos al monte del Señor! (Is 2,1-5).

La verdadera justicia, la paz permanente, tendrá que venir desde lo alto, del “Rey Yahvé, Sebahot”. “Sentado en su trono excelso”, fuego que se abrirá paso en la tierra, pues es “el Señor de los ejércitos”. “Santo, Santo, Santo, Yahvé, Sebahot, llena está la tierra de su gloria” (Is 6,1-3; Cf. Jn 12,41; Act 7,55; Apoc 4,8; 5,7; 15,8) “álégrese el cielo, goce la tierra delante del Señor que llega en justicia y fidelidad” (Ps 96,11-13).

Bajando mucho más abajo

Lo que no se sospechaba es que el Reino del Señor, que prende fuego a los escudos y rompe las lanzas, iba a realizarse por el camino del abajamiento. El enviado no lo representará, no lo sustituirá. El enviado será tan solo mediación para la inmediatez de su presencia. El Ungido, presencia de Yahvé, la fidelidad de la misericordia, expresará y realizará su cercanía con nosotros. “El Señor mismo va a daros una señal. La Virgen dará a luz un hijo y le pondrá por nombre “Emmanuel” (Is 5,14). Nada, ni nadie detendrá sus pasos. “Trazad un plan: fracasará. Decid una palabra: no se cumplirá. Porque con nosotros está Dios” (Is 8,10). Efectivamente, “Emmanuel” significa precisamente “Dios-con-nosotros” (Mt 1,27; 28,20b; Rom 8,31).

- Amanece la luz. El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande. A los que habitaban en tierra de sombras, una luz les brilla (Is 8,23; 9,6). Pesaba el yugo, la bota pisaba con estrepito, la túnica estaba empapada de sangre. “Pero nos ha nacido un niño, un hijo se nos ha dado. Lleva al hombro el principado, ¡Dios fuerte, siempre Padre, príncipe de la paz! (Is 9,5; Gen 49,10; Num 24,7; 2Sam 7,12-16; Miq 5,1-3; Ef 2,14). Suyo es el reino para la paz sin límites, cimentado en la justicia (Is 9,6; Lc 1,32; 2,14). Luz de lo alto, aurora incontenible, alegría interminable (Is 9,1-2; Lc 1,79; Jn 1,5; 4,36; 8,12; 2Cor 4,6).
- Reina el Señor en su Ungido (Is 11,1-10). Un retoño del tronco de Jesé, ungido por el Espíritu (Is 11,1-2; Mt 2,23; Heb 7,14; Apoc 5,5; Mt 3,16; Jn 1,32; Ef 1,17; Apoc 1,4; 1Ped 4,14). “Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres”, “destruyendo al malvado con el aliento de su boca” (Is 11,4; 2Tes 2,8; Apoc 19,11.15.21). Entonces se inaugurará de nuevo el paraíso, en la paz cósmica. La tierra entera llena del conocimiento del Señor (Is 11,5-9; Jer 31,33-34). La raíz de Jesé estará enhiesta, estandarte para todos los pueblos, que la buscarán” (Is 11,10; Mt 12,21; Apoc 5,5; Rom 14,17; 15,12).
- La mesa puesta en el monte para todos los pueblos, llamando a los pobres al corro y a la senda, de su mano. “Hará Yahvé Sebaot para todos los pueblos un banquete, para enjugar las lágrimas de todos los rostros y arrancando el velo de la muerte (Is 25,5-8; 1Cor 15,54; Apoc 7,20; 21,4). La fiesta del cambio de puestos. “Él derroca a los habitantes de la altura, y los hace tocar el polvo”. Y la pisan los pies, los pies de los pobres, las pisadas de los débiles” (Is 25,5-6; 1Sam 2,5-8; Lc 1,52-53; Ps 112,7-8). En esta justicia del rey futuro, se curarán las heridas de los pobres (Is 32,1-5p; 35,1-10 p). La paz será obra de la justicia” (Is 32,17; Sant 3,18; Rom 5,1; 14,17).

En el camino del desamparo el Señor iluminó los ojos para adivinar que el reino de su justicia y de su paz venía desde más arriba y se abría paso desde más abajo. Pero en el camino del destierro, les hizo descubrir que el paso de su justicia bajaba mucho más abajo a una hondura inaudita, insospechada.

Avanzando mucho más hacia adelante

Una voz se oye en el desierto. Preparad el camino del Señor: que se eleven los valles y se abajen los montes. Viene el Señor como pastor compasivo, para reunir y conducir a su rebaño (Is 40,1-11). ¿Cuál será entonces su presencia entre nosotros? ¿A quién enviará para dejar pasar la fidelidad desmedida de su compasión? El enviado será un siervo. El siervo ungido para la justicia. ¡Será un siervo! “Yo Yahvé te he llamado en justicia, te he tomado de la mano y te he destinado como alianza de un pueblo y luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos y sacar a los presos del calabozo” (Is 42,6; 42,1-9 [1] Mt 3,17; Lc 3,32; 9,35; 23,35; Mt 12,18-21; Act 17,24-25; Lc 2,30-32; Mt 11,5; Lc 1,79; Act 26,18; Jn 8,12). En este siervo se inaugurará el día de la gracia, el día de la salvación (Is 49,1-10 p) pues se entregará en absoluta obediencia al encargo del Señor (Is 50,4-8).

- El Señor, el Rey, viene a inaugurar en plenitud su reinado (Is 42,21; 44, 6; 52,7). El Señor del universo, en creación nueva. Solo Él tiene la justicia y el poder” (Is 45,1-12; Fil 2,10-11; Rom 14,11). “Inminente, cercana está mi justicia, saldrá mi liberación” (Is 51,4-5; Rom 1,17; 3,21). “Qué hermosos sobre los monte los pies del mensajero, que anuncia la paz. Ya reina tu Dios. Los confines de la tierra han contemplado a victoria de nuestro Dios” (Is 52,7-10; Lc 2,30; 2,14; Act 10,36; Rom 10,5; Ef 2,17). ¡Asombroso que venga por manos del siervo anonadado y levantado! (Is 52,13-53.12).
- El siervo entregado, desecho de los hombres, anonadado, precio de nuestra paz, víctima de expiación por nuestros pecados (Is 53,1-12) será levantado, precisamente en su anonadamiento (Is 53,13-15; Jn 3,14; Act 3,13; Mt 13,16; 1Cor 2,9; Rom 15,21). La mesa sobre el monte, con los pobres a su lado (Is 61,1-8), será la mesa del amor sponsal (Is 61,10-62,7). La brecha de la nueva creación (Is 65,17-18; 43,18; 66,22; 2Ped 3,13; Apoc 21,1-4; 2Cor 5,14-6,2) ofrecida a todos los pueblos (Is 62,16-17).
- Su reino desde más arriba, abajándose hasta el abismo de los monstruos del reino de este mundo (Dan 7,1-8), sobrecoge y sobrepasa la aventura de la historia humana transfigurándola en el reinado del Hijo del hombre, en la derecha del Anciano de la luz y del fuego (Dan 7,9-13). “Fue presentado ante él, le dieron poder, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán. Su poder es eterno, nunca pasará y su reino no será destruido” (Dan 7,13-14; Cf Dan 7,9-10; Mt 19,28; 3,22; Lc 2,13; Jn 5,22; Heb 1,14; Apoc 5,11; 20,12; Dan 13,14; Mt 11,3; 26,64; Mc 14,62; Lc 22,68; Apoc 1,7.18; 14, 14; Mt 24,30; 25,31. Mc 13,26; Lc 21,27; Jn 5,22; Mt 28,18; Lc 1,33; Heb 13,38; Apoc 11, 15). Esta escatología apocalíptica nos acerca al anuncio del Reino, proclamado por Jesús (Mc 1,14-15). La misma muerte será vencida en la consumación de la nueva creación (Dan 12,2; Jn 5,28-29; 1Cor 15,20-52 p).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 3/11/2002*

18. Venga tu Reino [2]

Palabra viva: Juan 19,16-37

Cuando el pueblo creyente iba los sábados a la sinagoga a celebrar el culto al Señor oía siempre la oración final. “Haga prevalecer su Reino en vuestras vidas y en los días vuestros y en la vida de toda la casa de Israel, presurosamente y en breve”. Y a esto decid: “Amén” (Qaddish). Todos estaban llamados a disponerse a él, a trabajar por él, incluso a arriesgarse por él. Pero ¿cómo acoger y dejar pasar el Reino de la justicia y de la paz en un mundo, que es un campo de guerra? ¿Cómo derribar el muro y arrancar las cadenas? Los fariseos, letrados piadosos, unidos estrechamente a los sacerdotes y a los ancianos, luchaban por imponer desde arriba la ley del

Señor, apuñada sobre sus manos. Los zelotes, guerrilleros piadosos, que pretendían encabezar al pueblo, intentaban desde abajo con las armas combatir por la guerra del Señor, apuñada entre sus manos. Pero la voz de los profetas antiguos y más recientes anunciaba una alianza nueva, el Reino de la justicia y de la paz del Señor, que viene de más arriba, baja más abajo y se abre paso mucho más adelante. El Reino de Dios, misterio escondido (Dan 2,18; 4,6), reinado del Altísimo en el abismo de los imperios, por manos del Hijo del Hombre (Dan 7,13-14), a la cabeza del pueblo de los santos.

El Esperado ahora es el Rey humilde (Sof 3,13), el Pastor herido (Zac 13,7), el Primogénito traspasado (Zac 12,10), acompañado del “pueblo humilde”, el resto de los “pobres del Señor”, “pobres en el espíritu”, que esperaban todo y solo de él, con humildad y mansedumbre. Este puñado de pobres fueron los que acogieron al Hijo del Amor, al poner su tienda entre nosotros (Jn 1,14) y le cantaron con sobresaltos de júbilo. El Dios con nosotros, que inaugura su reinado. Es la justicia del perdón (Mt 1,21-23; 2,5.11), toda la redención (Lc 1,68-79: Benedictus), toda la reconciliación (Lc 1,46-55, Magnificat), toda la esperanza de todos los pueblos (Lc 2,29-32). “El Hijo del Altísimo”, “el Esperado de la justicia y de la paz”. “El Ungido” cuyo Reino no tendrá fin” (Lc 1,30-33.35). ¡El Salvador, el Mesías, el Señor! ¡Gloria a Dios en las alturas y sobre la tierra paz! (Lc 2,11.14).

El Reino venía en sus manos blandas y anchas

“El Padre le ungió y le envió al mundo” (Jn 10,36). Y fue el Padre mismo el que nos lo reveló. “Tú eres mi Hijo, el amado, en ti mi complacencia” (Mc 1,11). Y después que Juan fue entregado vino Jesús a Galilea, proclamando el Evangelio de Dios. Y diciendo: “Ha llegado el instante en plenitud y se ha acercado el Reino de Dios (Dan 7,22; Tob 14,15; Gal 4,4; Mc 1,14-15p). El mundo es el reinado del pecado, del dolor y de la muerte, bajo el señorío de Satanás (Mc 3,23-27; Rom 5,12; Gen 2,17; 3,19; Apoc Bar 54,15; 23,4; 4Esd 3.215.26). El pecado personal, se ha hecho comunitario y cósmico; el pecado cósmico ha desencadenado más aún el pecado comunitario y personal. Pero el Hijo del amor viene a inaugurar el Reino del Padre, abriendo una brecha en el muro, rotas las cadenas, en una mesa para todos, donde los pobres últimos, fueran los primeros en servir (Lc 4,18; Is 61,15; 58,6). Es el día de la gracia, el instante de la salvación (Lev 25,10; Is 49,8; Lc 4,19-21; 2Cor 6,2).

- Con un puñado de hermanos, llamados del mar de Galilea, comienza el camino para arrancar las cadenas y poner la mesa a todos, con los pobres a la cabecera. Las cadenas cósmicas demonizadas (Mc 1,23-28p), que abren las heridas del dolor, las cadenas de la enfermedad (Mc 1,40-45p). Pero estas cadenas del dolor y de la opresión, nacen en el fondo de otra cadena mayor, la cadena del pecado personal (Mc 1,1-12), que se hace pecado comunitario (Mc 2,13-17) y pecado cósmico (Mc 2,23-24). Por ello el Hijo del Amor se presenta como el Hijo del hombre que tiene potestad para perdonar los pecados sobre la tierra (Mc 2,10p). Así se acerca el Reino, cuando él cura todas las heridas y perdona todos los pecados, poniendo la mesa a los pecadores y desde ellos, inaugurando la mesa nupcial de la nueva creación (Mc 2,15-17; 18,22.27-28). “El Hijo del hombre es el Señor del sábado” (Mc 2,28).
- “Si en el Espíritu de Dios arrojo yo los demonios es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Mt 12,28; Lc 17,21). Él tomó nuestras debilidades, y cargó con nuestras enfermedades” (Mt 8,17). Él en verdad es el Esperado: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados” (Lc 7,22; Is 29,18; 35,5; 42,18; 26,19; 61,1). Pero para arrancar las cadenas y derribar el muro del reinado de Satanás, había que reunir en torno a la Mesa del Padre, a todos, haciendo un corro entre las alambradas, avanzando hacia los

confines de la noche (Mc 6,32.44p; 8,1-10). En realidad era el signo del banquete de bodas del Hijo donde el Padre haría la fiesta del cambio de puestos, pidiendo hasta a los pobres que partieran su trozo de pan (Lc 14,12-14; 15,22). “todo el que se humilla será ensalzado y todo el que se ensalce será humillado” (Lc 14,1; 18,14; Mt 23,12; Sant 4,10; Fil 2,8-9).

En el corro de la multiplicación de los panes, les pareció a todos, que Jesús merecía ser proclamado “Rey”, como los de este mundo (Jn 6,14-15). Habían venido a recibir, tal vez repartir, difícilmente compartir, pero de ninguna manera compartirse, como hizo el Ungido: “mi carne por la vida del mundo” (Jn 6,51).

El Reino vino en sus manos heridas y encendidas

El Señor se volvió a sus apóstoles y les abrió el corazón. ¿Quién dicen los hombres que soy yo? (Mc 8,27). La gente pensaba que era un profeta, que señalaba con el dedo los caminos por los que iba la justicia de Dios. Pero el Padre les abrió los ojos: “Tú eres el Cristo” (Mc 8,29), el Ungido para la justicia y la paz. “tú eres el Cristo de Dios” (Lc 9,20), el Ungido y enviado por el Padre (Lc 2,11; Jn 6,69). “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente” (Mt 16,18). Pero el Señor conocía que ellos esperaban de él todo el poder de este mundo. Y le desveló el último secreto del Reino del Padre, “es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho y sea rechazado y asesinado y levantado a los tres días” (Mc 8,31). El Hijo del hombre que vendrá en la gloria del Padre (Mc 8,38p), el que inaugurará su Reino en fuerza (Mc 9,1bp), es resplandor de su gloria, Hijo de sus entrañas, puesto a la cabeza de ellos (Mc 9,2-5, ha de entrar por el camino del anonadamiento para inaugurar la nueva creación (Mc 8,12; Is 53,3; Ps 22,7; Mal 3,24). Para seguirle hay que vaciarse, negándose a sí mismo (Mc 8,34) y humillarse en el último lugar (Mc 9,35) y hasta entregarse a la muerte por ellos, pues el Hijo del hombre, abre brecha en el reino de este mundo, siendo el esclavo de todos, y entregando su vida en rescate por todos (Mc 10,45).

- Hay que poner la mesa nueva en el monte para todos, la mesa del Reino inaugurado, la nueva creación. El Pastor se ha levantado para avanzar por el camino nuevo y vivo de dar la vida por sus hermanos, para reunir en uno a los hijos que estaban dispersos (Jn 10,11-15;16). Y sube al monte para poner la mesa a todos, representando al Padre como el Ungido de la justicia y de la paz (Mc 11,1-10; Lc 9,28-38; Mt 21,1-9). Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel” (Jn 12,13). Fuera del Templo, en la casa humilde de los pobres, pone por fin la mesa del Reino, entregándose a sí mismo (Mc 14,21-25) y pasando el Reino a sus hermanos (Lc 22,29s). “Mi Reino no es de este mundo, pero doy testimonio de la verdad” (Jn 18,36-37). “Tú eres el Cristo el Hijo del Bendito”. “Yo soy y veréis al Hijo del hombre, sentado a la derecha de la fuerza que viene con las nubes del cielo” (Mc 14,62). El título sobre la cruz, ente los malhechores. “El Rey de los judíos” (Mc 15,26). “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). “Acuérdate de mí en tu Reino. Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. “Padre a tus manos encomiendo mi Espíritu” (Lc 23,34-42.46).
- La mesa del Reino del Padre es una creación nueva. ¡Imposible el cambio de puestos! Pero ha sido el Hijo, el que ha bajado al abismo para ser entregado en expiación por todos. “Dios mío, Dios mío, ¿porque me has abandonado?”. “Y dando un fuerte grito exhaló el Espíritu” (Mc 15,33-37). Es el Hijo levantado en el madero todo el perdón, toda la redención, toda la reconciliación. El Padre de las misericordias acogió a los dos hijos que no querían perdonarse y los abraza y los dos clavaron el cuchillo en su corazón y fueron reconciliados (2Cor 5,14-2,6; Rom 3,21-26; 5,1-11). “Donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia. La gracia reina y reinará para la justicia, para la vida eterna, por medio de Jesucristo Señor Nuestro” (Rom 5,1). Inclinando la cabeza entregó el Espíritu

(Jn 19,30). “Paz a vosotros”. Les mostró las manos y el costado. Como el Padre me envió os envió yo a vosotros y le alentó el Espíritu Santo” (Jn 20,19.23). Ha comenzado el paraíso (Mc 16,1-20; Mt 28,18).

El Reino vendrá en sus manos fuertes y decisivas

El Reino venía en sus manos blandas y anchas. El Reino ha venido en sus manos heridas y encendidas. La Pascua es el anticipo real y verdadero de la Parusía. El que está a la cabecera de la Mesa, se ha puesto a la cabecera del camino. “Le dio el nombre sobre todo nombre”. Primogénito de entre los muertos. Primogénito de toda creación. “Primogénito entre muchos hermanos”. El Hombre nuevo, que encabeza la nueva humanidad, para la nueva creación, en el Reino consumado del Padre (Fil 2,6-11; 1Cor 15,45; 2Cor 3,16-17; Rom 8,11; Jn 6,63; Col 1,18. 1,15; Rom 8,29; Apoc 1,5; 3,14; Heb 1,6).

- “Con alegría damos gracias al Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del Pueblo santo en la luz. Él nos ha arrancado del dominio de las tinieblas y nos ha hecho pasar al Reino del Hijo de su amor, en él tenemos la redención, el perdón de los pecados” (Col 1,11b-14; Lc 22, 52; Ef 1,6; Rom 3,24-25). “Es necesario que él reine” (1Cor 15,25). Él es el Ungido, puesto a la derecha del Padre, para someter a todas las “potestades” de este mundo (1Cor 15,25b; Ps 110,1; Mt 22,44; Lc 19,27; Apoc 20,14; 21,4). Él es el Hombre nuevo, bajo cuyos pies ha sometido todo al Padre. Le dio como cabeza del universo a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva al universo a plenitud (Ef 1,22-23). Avanza así redimiendo y reconciliando a todos y a todo para entregar el Reino al Padre (1Cor 15,27-28; Col 1,15-22; Fil 3,20).
- Él avanza el Reino, el suyo, en la iglesia, “reino de Cristo en misterio”. Va atrayendo a todo hacia sí y en un encuentro nuevo en el Memorial suyo, se vuelve en el fuego, para tomarnos de la mano, acogiendo y pasando a nuestras manos el Reino del Padre, justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. La gracia del Señor Jesús Cristo con nosotros (Rom 1,3-4.7; 5,11-11; 14,17). Pero en el último día volverá en su Parusía, para juzgarnos de amor a la caída de la tarde. “Y entonces veréis al Hijo del hombre, que viene en las nubes con gran poder y gloria” (Mc 13,26; Mt 16,27; 23,31). “Todos nos presentaremos ante el tribunal de Dios, como está escrito”. “Ante mí se doblará toda rodilla y por mí jurará toda lengua” (Rom 14,10-11; Fil 2,10-11; Mt 25,31; Act 17,31; 2Cor 15,10).

Será la última mesa en el hogar del Padre, secadas las lágrimas de todos los rostros. Pero pasando todos, con nuestras obras, ante sus manos decisivas. “Venid benditos de mi Padre, heredad el Reino. Apartaos de mí malditos (Mt 25,31-46). Maranata. Ya estás. Ya avanzas. Ya vienes. Ven, Señor.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 10/11/2002*

19.Venga tu Reino [3]

Palabra viva: Apocalipsis 22,12-21

Los primeros hermanos que acompañaron de cerca al Señor a lo largo de todo el camino vieron con sus ojos como Él iba poniendo la Mesa del Padre, entre sus manos, con el Aliento del Amor, con que el Padre le había abrazado y enviado a Él. Su Reino venía en las manos de su Hijo amado, manos blandas y anchas, que pusieron la mesa en el camino. Reino que en la Pascua,

sobre el monte vino en sus manos heridas y encendidas. Pero ya allí, mirando al monte último del hogar del Padre les dijo que su Reino vendrá por fin en plenitud en la Parusía (anticipada en la Pascua) cuando Él vuelva, en sus manos gloriosas. La palabra del Padre nuestro, “venga tu Reino”, se iba desentrañando y desvelando de luz en luz, en el aliento del Espíritu Santo. El Reino había empezado ya en la mesa del Hijo, puesta entre ellos. La expresión de Mateo: “Venga (a nosotros) tu Reino” proviene del manuscrito griego Codex Cantabrigensis influido por algunas palabras del Señor “El Reino de Dios ha llegado a vosotros” (Mt 12,28). “Mirad, pues, el Reino de Dios entre vosotros” (Lc 17,21b). En verdad, el misterio del Reino es su Hijo entregado y levantado, “que está en medio de vosotros” (Jn 1,26). “Jesús se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros”. “Les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría de ver al Señor” (Jn 20,19-20; Cf Jn 19,20.23; Lc 24,36-43). Estamos pues en el amanecer del Día primero (Mc 15,2; 1Cor 16,2). Es la hora de celebrar “la cena del Señor”, “en la mesa del Señor” (1Cor 11,23-26p). La Pascua del Señor es el anticipo de su Parusía. Es pues en esta mesa pascual donde los hermanos acaban descifrando la palabra “¡Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesús Cristo!”. “Él según su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo para la esperanza viva mediante la resurrección de Jesús Cristo desde los muertos, para la herencia incorruptible... reservada para vosotros en los cielos” (1Ped 1,3-4). La Mesa la preside el Padre, pero en realidad ha sentado a su Hijo crucificado y levantado a su derecha. ¡El Padre del Señor! En su Espíritu alentado por su Hijo, somos hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero. Ya está la mesa, en primicias, en anticipo, de paso al último hogar del Padre. “Padre, venga tu Reino” (Lc 11,2a.b.c) se descifra ahora en un grito jubiloso: “¡Abbá!” “¡Maranató!”, “¡Abbá!” (Gal 4,6; 1Cor 16, 22b; Rom 8,15; Apoc 22,20).

Tu Reino que ya vino

Estamos escuchando el canto “Con alegría damos gracias al Padre, que nos ha arrancado del señorío (reinado en potestad) de la tiniebla y nos ha pasado al Reino del Hijo de su Amor” (Col 11b-13; Mc 1,11; 9,7; 12,6.37; 14,61; 15,39; 16,19; 1Tim 3,16; Act 2,11; Rom 1,3-4). Maranató es una palabra del arameo, la lengua de Jesús. Mará significa “Señor”; Marán o Maraná significa “Señor nuestro”. Pero está unida al verbo “atá”: venir. El verbo se puede usar en pasado Marán atá: “El Señor nuestro ha venido”. Pero también se puede usar en imperativo: “Marana ta eta”, “Señor nuestro, ven” (DTNT III, 298; DENT II, 154s). Cuando acogemos los signos y parábolas de Jesús, don y encargo del misterio del Reino ya en el camino, y las desciframos desde el signo de la palabra de la Parusía anticipada en la Pascua, acabamos de comprender que el Reino del Padre ha venido, viene y vendrá, entre las manos encendidas de su Hijo, en el Reino del Hijo de su Amor, “Padre, venga tu Reino”. “Venga tu Reino, Abbá”. “Maranató”. Dos aclamaciones, una desde la otra, una en la otra y para la otra.

- **Aclamación de alabanza.** El Hijo amado, resplandor de la gloria del Padre, se vació, se abajó y se anonadó, “hecho obediente hasta la muerte ¡y muerte de cruz! Precisamente por esto el Padre, “le encumbró sobre todo e inauguró la gracia, dándole el nombre sobre todo nombre”. Mará (Señor), Jesuah (Jesús), Mesiah (Ungido/Cristo), para (dejar pasar) la gloria del Padre” (Fil 2,6-11). Le levantó sobre toda la humanidad y todo el universo, y toda la historia entera. Todos caerán de rodillas, y mirando al que traspasaron, aclamarán: ¡Padre! ¡Grandes y maravillosas son tus obras! ¡Rey de los siglos! ¡Rey de los pueblos! En el corazón traspasado de su Hijo, se han manifestado, los juicios de tu justicia. Vendrán todas las naciones y se postrarán en tu acatamiento” (Apoc 15,3-4). Ahora ¡ha sucedido el Reino sobre el mundo del (Padre) Señor nuestro, y de su Ungido” (Apoc 11,15 [Dan 7,14; PS 22,29; 2,2]) “Ha sucedido la salvación y la fuerza, y el Reino de nuestro Dios y la potestad de su Ungido” (Apoc 12,10a). Y oímos de sus labios: “Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18). Y “lentos

de alegría y dando saltos de júbilo aclamamos “Ha llegado la boda del Cordero”. ¡Dichosos los llamados al banquete de bodas del Cordero! (Apoc 19,7.9).

- **En la obediencia de la fe.** Está sentado a la cabecera de la mesa, el “Señor Jesús”, celebrando con nosotros el memorial “en la noche que fue entregado” (1Cor 11,23; Cf. 11,23-26; Mc 14,22-24; Lc 22,19-20; Mt 26,26.28). “Fue entregado”. ¡El Padre le entregó! ¡Nosotros le entregamos! ¡El mismo se entregó a sí mismo! ¡El Padre le entregó todo en sus manos! Y ahora en la plenitud de la Pascua, anticipo de la parusía, inaugura el Reinado del Padre, partiéndonos su pan y su copa en la mesa. La mesa de los caminos, la mesa del cenáculo, pasó a ser la cruz gloriosa y esta se ha convertido en la mesa para siempre. “Esto es mi cuerpo por vosotros” ¡Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre! (1Cor 11,24-25). La aclamación de júbilo se convierte en la obediencia de la fe. Prostrados en tierra, abrazándole los pies. Señor Jesús. Ya estás aquí. Māran (á) atá ¡Señor nuestro. Ya has venido! Los hermanos vinieron al cenáculo desde la sombra de la noche, desde el Reino de este mundo, donde reina la injusticia, la opresión, la mentira, reguero de la sangre. Como Tomás, sienten la necesidad de ponerse de rodillas. Él dice: “Aquí tenéis mis manos”. Y nosotros aclamamos con júbilo: “Señor nuestro, Dios nuestro”. “Tú eres nuestro Hermano mayor, tú eres nuestro Padre” (Cf. Jn 20,28). Tú “el Señor de todos” (Rom 10,12; Act 10,36). Y en el aliento del Espíritu con todo el corazón, proclamamos poniendo por entero nuestras vidas entre sus manos en la absoluta obediencia ¡Señor Jesús! (Rom 10,9; Fil 2,11; 1Cor 12,3; 2Cor 4,5; Col 2,6).

Tu Reino, que está viniendo

El Señor Jesús a la cabecera de la mesa nos entregó su Palabra y después su “Palabra hecha carne”, el pan partido, la copa ofrecida en el Fuego del Espíritu Santo. Así en la mesa del Reino del Padre, puesta entre sus manos, nos entraña nos aúna y nos encamina. De la cabecera de la mesa, pasa a la cabecera del camino. “Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas, pero cuando sea levantado iré delante de vosotros a Galilea” (Mc 14,27). “Voy delante de vosotros a Galilea”, hacia todo el mundo, “evangelio a toda la creación” (Mc 16,7b-15). El Primogénito asesinado, se presenta ahora como iniciador y caudillo de la vida: la víctima como sacerdote a la cabeza del altar; el cordero, pastor herido, como pastor victorioso, puerta y brecha del camino para reunir en uno a todos los hijos dispersos, un solo rebaño, una familia sola, hacia el hogar del Padre. La mesa pascual, da siempre vista al Reino, a la mesa del vino nuevo (Mc 14,25p) ¡Qué extraño es que ahora los hermanos le llamen con gozo y con inquietud: “Quédate con nosotros” (Lc 24,29). “Maran (a’) (’e) ta’”: “Señor nuestro, ven” (1Cor 16,22; 11,26).

- **Aclamación de alabanza.** Era oscura la noche. Nadie podía abrir el libro. Muchas lágrimas. Se oye una voz. “No llores. Ha vencido el León de la tribu de Judá, la Raíz de David” (Apoc 5,5; Gen 49,9; Is 11,1; Heb 7,14; Rom 15,12). “Fuiste degollado pero en tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua y nación y les has hecho para Dios reino y sacerdotes y reinaron sobre la tierra” (Apoc 5,9-10). Tú, el Cordero degollado, en pie sobre el monte, Pastor que precede, tú la riqueza, la fuerza, la sabiduría, la gloria (Apoc 5,12). En el escándalo de la cruz has sido constituido, para nosotros, que estamos en ti, ¡El Ungido! ¡Jesús!: “sabiduría, justicia y santificación y redención” ¡El Señor nuestra justicia! (Jer 23,55; 1Cor 1,30; 2Cor 5,18.21; 6,2; Fil 3,9; 2,6-11; Rom 10,4; 3,24-25). En Él ha aparecido el Reino de Dios, justicia paz y gozo en el Espíritu Santo (Rom 14,17: Cf. 1,3-4.17; 5,1-21). Marana-etá, Señor nuestro, ven” (1Cor 16,22). Tú, el Hijo del Amor, Rey del Reino del Padre, nuestra redención, nuestra reconciliación, la nueva creación. Tú, el Primogénito a la cabeza del hogar del universo,

en la pequeña tienda de la iglesia, para recapitularlo todo, llevando todo a plenitud (Aclamaciones eucarísticas que traducen el Maranató: Col 1,11b-22; Ef 1,3-14; 19-23).

- **En ofrenda de amor.** El don de la mesa es un encargo vivo y apremiante. “Abrazaos unos a otros en el beso santo” (1Cor 16,20; Rom 16,16p). “Si alguno no ama al Señor sea anatema. Maranató” (1Cor 16,22). “Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna al Dios de David. El que sea santo que se acerque. El que no lo sea que se convierta. Maranató. Amen” (Did 10,6). La mesa del Señor es la mesa de la justicia de su Reino. Si en la fraternidad permanece el muro, del mundo, si los pobres son orillados y despreciados, la Mesa del Reino se convierte en condenación. Pues el que come el pan y bebe la copa sin darse cuenta del “desprecio” come y bebe su propia condena (1Cor 11,27-30). Permaneced en mi amor, que es el amor con que el Padre me ha amado. “Permaneced en mí y yo en vosotros. El que permanece en mí da fruto abundante” (Jn 15,4a-5b). Las parábolas de los caminos de Galilea, que cuentan y cantan la sementera del reino, la nueva creación (esp. Mc 4,1-34; Mt 13,1-50p), son traducidas de nuevo en el cenáculo, en torno a la mesa. Es necesario acoger, compartir y ofrecer este amor en el corazón del mundo. Cuanto más estén nuestras manos en las suyas, estamos y actuamos más en las nuestras, cuanto sean más suyas, son más nuestras. En “la gracia y la verdad”. En gracia sobre gracia. Una creación nueva que asume, libera, transfigura y ensancha el mundo. Desde más arriba, más abajo, más adelante. Plenificados en su plenitud. En la medida de su plenitud.

Tu Reino que vendrá para el fin

La cena del Señor aviva todavía más la añoranza de la consumada parusía. Padre, venga tu Reino. Abbá. (Rom 8,3-17). Maranató (Cf. Rom 8,15-30). La creación está sometida todavía a la injusticia y a la opresión por causa de la historia de la humanidad que la sometió. Sabemos que la creación entera sufre dolores de parto suspirando por compartir el hogar de la libertad de los hijos. Los hermanos tienen la impresión, que están en un “campo de muerte”, encadenados también ellos. “¿Quién nos libraré de este cuerpo de muerte? Gracias a Dios, por Jesús Cristo Señor nuestro” (Rom 7,24-25a). También nosotros gemimos suspirando por la liberación y la reconciliación (Rom 8,25). El Señor, que es el alfa y la omega, el Primero y el último, nos denuncia también a nosotros. “Fuera los perros, los asesinos, los idolatras y todo el que ame y haga la mentira” (Apoc 22,13). A nosotros mismos están dirigidas las parábolas de la grave responsabilidad ante la parusía. En la misma Cena él nos cita, al juicio del Hijo del hombre, que nos pedirá cuenta de lo que hicimos con sus hermanos pequeños. Podemos encontrar la puerta cerrada (Mt 13,24-30.47-48; 18,23-25; 25,1-46; Lc 13,24-30).

- **Aclamación de alabanza.** La victoriosa palabra de su vuelta, resuena en nuestro corazón. Es el Espíritu el que ora en nosotros con gemidos inenarrables (Rom 6,26). Viene en ayuda de nuestra flaqueza y nos hace añorar la recapitulación de todo en su Hijo Primogénito (Rom 8,29-30). “El Espíritu y la esposa dicen ¡Ven! Y el que tenga sed que se acerque y el que quiera, reciba gratis, el agua de la vida” (Apoc 22,17). Es en la mesa de su Trono glorioso, mesa del agua y de la sangre. Allí se mantiene el diálogo misterioso. Él dice: “Sí. Vengo pronto. Amén”. Y nosotros decimos ¡Amén. Ven, Señor Jesús! (Apoc 22,20). Y prorrumpimos en un himno de alabanza jubilosa y de confianza infinita: “¿Quién nos arrancará del amor de Cristo?” (Rom 8,31- 39).
- **En el empeño de la esperanza.** “Es hora de despertar del sueño” (Rom 13,12). Despojémonos de las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz. Es hora del combate escatológico en el corazón de la historia (Ef 6,10-17p). El Reino del Señor avanza para recrear en gracia el hombre, a la humanidad, al universo y a la historia

en la recapitulación del Hijo (Ef 1,10p). En un discernimiento según el Espíritu distinguiendo entre el progreso de la historia y el crecimiento del Reino de Dios. Inseparable, inconfundible. Distinción no es separación. La humanidad nueva alienta a ofrecer todas las energías del Misterio de Cristo, gracia sobre gracia, para servir en el mundo a la justicia y a la paz (GS 22.32.39.45; CN 51). Venga tu Reino. Maranata. “Esta aclamación y súplica está sostenida y escuchada en la oración de Jesús (Jn 17,1-26). Él, que preside la mesa de la eucaristía y encabeza la marcha de la plenificación, es el manantial y la senda de la gracia, de la justicia, de la verdad, de la paz y de la bienaventuranza. “Buscad el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6,36; CEC 2820-21).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 17/11/2002*

20. Hágase tu voluntad [1]

Palabra viva: Marcos 14,32-42

“Cuando oréis decid: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu Reino” (Lc 11,2). Nuestras manos vacías y abiertas, entre las tuyas, pueden expresar en silencio, la entrada nuestra a la misma obediencia del Hijo, al Padre, por todos. Pero el Señor ha querido decirnos también la palabra que Él mismo decía desde que se vino a nuestra tienda de campaña (Jn 1,14.18). “Al entrar en este mundo dice “He aquí que vengo para hacer tu voluntad” (Heb 10,5a.9b). El Ángel dijo a su madre: “Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo”. El Padre pasará a tu seno el Hijo de sus entrañas, su Ungido para su reino sin fin, en el Aliento del Espíritu Santo (Lc 1,26-35; Mt 1,18-23). Ella, entre los pobres del Señor, abierta de par en par a su voluntad (Cf. Lc 1,6), expresa su entrega total al encargo del Padre, “Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”. En absoluta obediencia, en desmedida alabanza (Lc 1,46-55). Cuando en la noche santa le puso en sus rodillas, presentando al Primogénito, al Salvador, el Ungido, el Señor (Lc 2,17), aparece ante nuestros ojos, el beneplácito (eudokia) de la voluntad del Padre. “¡Gloria a Dios en la altura y paz en la tierra a los hombres del beneplácito” (Lc 2,19). Y cuando Simeón lo levantó en alto “luz para alumbrar a las naciones”, le sugiere a ella la necesidad de asociarse traspasada el alma, al encargo del que venía a darse en rescate por todos (Lc 2,32-34.35.38b; Mt 1,21-23b). A ella misma y a José, su padre, le causó profunda extrañeza aquella primera palabra misteriosa: “es necesario que yo esté en lo de mi Padre” (Lc 2,49; 23,46; Jn 2,16). Él venía con el encargo del Padre vuelto a él, con las manos entre las tuyas, en el abrazo común del Espíritu Santo, se volvió a nosotros: “Padre, me has dado un cuerpo, mira vengo a hacer tu voluntad” (Heb 10,5b.9).

El Hijo enviado en la voluntad del Padre

Al salir al camino, es el Padre mismo, quien le presenta. Al salir del agua, a donde bajó, para manifestar su justicia (Mt 3,15), se desgarraron los cielos, aparece el abrazo, que cobija al Hijo de sus entrañas y con su misma voz le manifiesta al universo entero. “Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti mi complacencia” (Mc 1,10-11p). Hijo de mi amor, entregado por vosotros, levantado sobre vosotros (Cf. Gen 22,2; Is 42,1; Ps 2,7). El Espíritu mismo lo llevó al desierto, en medio del reinado de Satanás, para que Él, desde nosotros iniciara la oración de la absoluta obediencia, como el Primogénito de la nueva creación (Mc 1,12; Lc 4,1-13; Mt 4,1-11). Vuelto al Padre, se vuelve a nosotros desde el Padre, para inaugurar su Reino para todos, desde los últimos (Mc 1,14-15; Mt 4,12-15; Lc 4,18-21). Juan en su profunda mirada cristológica lo expresa con asombro. El Reino del Padre se ha inaugurado en la entrega de su Hijo, el Cordero de Dios, el Hijo del Hombre, por

la vida del mundo (Jn 1,29.33b.34b.51; 3,3b.5b.13.17.31.35). Pero el beneplácito es don y encargo.

- Siempre inicia Él el camino, día a día, desde su oración en obediencia al Padre (Mc 1,35-38). Y se lo decía a los hermanos. “Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y consumir su obra” (Jn 4,34). De mí mismo no puedo decir nada”. “Busco la voluntad del que me envió” (Jn 5,30). Su Reino, su hogar, su familia, su Mesa, su senda. Busca a los pobres y a los pecadores en compañía de sus discípulos para preparar el gran corro, en la tierra florecida (Mc 6,34). En la misma comunión del Hijo, en su filiación, en su fraternidad y en su herencia. Don y encargo.
- Está él, a la cabecera del corro, con los pequeños a su lado y con desbordante alegría exclama: “Así es tu beneplácito. Todo me ha sido dado por mi Padre. Nadie conoce al Padre, más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Lc 10,21b.22p; Jn 1,18). Pero es necesario volverse al Padre con sencillas palabras, en íntima intimidad: “Padre nuestro en los cielos”. “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra”” (Mt 6,9a.10b).
- Al comulgar en su filiación, se entra a su fraternidad. La muchedumbre le rodea. Junto a él sus discípulos: “Y mirando alrededor dice: mirad, mi madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de Dios [”mi Padre” Mt 12,50a] ese es mi hermano mi hermana y mi madre” (Mc 3,34p). “No todo el que dice “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos” (Mt 7,21). Hay una cita a la última mesa y el Padre puede cerrar la puerta (Lc 13,23-30).
- La comunión en su filiación y su fraternidad lleva consigo la comunión en la herencia. El Padre quieren que se salven todos y que no se pierda ninguno de los pequeños (Mt 18,14). Por eso, en su beneplácito ha enviado a su Hijo como siervo (Mt 12,13), para que traiga los primeros a la mesa a los pobres (Lc 7,19.22.35; 1Cor 1,24ss). A un puñado de ellos, sus apóstoles, germen y senda de su iglesia, al “pequeño rebaño”, “ha tenido a bien darles el Reino” (Lc 12,32). Pero, para que entren con él a prender fuego en el abismo, les encarga que vendan los bienes para los pobres (Lc 12,33-34), más aún que sean mansos y humildes de corazón, con el latido de su corazón (Mt 11,28-30).

La va realizando en el camino

El Señor, encabezando la marcha, encarga a sus apóstoles y discípulos a poner en una nueva sementera, la Mesa del Reino en el corazón del mundo. Se le habían conmovido las entrañas. Los hermanos estaban despojados y abatidos como ovejas sin pastor (Mc 6,34-43pp). Estando en el corro, les abrió el corazón y les dijo: “He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn 6,38). Él me ha encargado que no pierda a ninguno de los hermanos que me dio” (Jn 6,36; 3,35). Y que les dé la vida eterna, la que Él y yo compartimos en el Espíritu, hasta pasarlos a su casa” (Jn 6,40). Por eso yo ahora el pan que os daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51b). En el pan y en la copa, viviréis por mí y yo por vosotros, como yo vivo del aliento y latido del Padre (Jn 6,56-57). Es sencillo que vosotros también podáis compartir el pan vuestro, pasándolo a mis manos, para la muchedumbre (Mc 6,37; Jn 6,5-9). El don se convierte en encargo. Sintieron la tentación de la huida. Era una encrucijada “¿Quién hizo la voluntad del Padre?” (Mt 21,31; 21,28-32; Jn 6,60-69).

- Desde la mesa había que avanzar al madero. Por eso les dejó ver el Padre, de nuevo el beneplácito que avanzaba al cumplimiento. “Este es mi Hijo, el amado, escuchadle” (Mc 9,7). Pocos días antes les había invitado, después de descubrirle su secreto. “Si alguno

quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc 8,34). Era invitación a compartir el encargo del Padre, a su lado, el “último de todos” (Mc 9,35), “el esclavo de todos” (Mc 10,44b), “en rescate por todos” (Mc 10,45). Iba a la cabecera del camino, como el Pastor, que da la vida para reunir a todos los hermanos en la mesa. Dar la vida por ellos era un encargo del Padre que había de pasar a ellos (Jn 10,11.15-18).

- “Esto es mi cuerpo”. “Esta es mi sangre de la alianza por vosotros derramada” (Mc 14,22). Bajarse a lavar los pies y partirse en pan sobre la mesa es el beneplácito, que va llegando a la consumación. Se anticipa la entrega en la cruz y el don se hace encargo. “También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros” (Jn 13,14), porque “yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22,27b). Como el Padre me ama, os he amado yo a vosotros. Permaneced en mi amor, lo mismo que yo permanezco, llevando a consumación el mandato del Padre, así vosotros si queréis permanecer en mis manos (Jn 15,9-11). Este es mi mandamiento que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12; 13,34; 1Jn 3,16). “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando”.

Este es el momento de subir al Monte, para poner la mesa del Reino del Padre. La mesa se convertirá en el madero y el madero en Mesa. Es la siembra del grano de trigo. Pero ya en la subida, alcanzado por la tristeza había orado al Padre: “Padre, glorifica tu nombre. Lo he glorificado y lo glorificaré” (Jn 12,28). “Y cuando yo sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,37).

La consuma y nos la entrega en la Pascua

Padre ha llegado la hora glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y levantado, pase la vida eterna a toda carne. Esta es la vida eterna que te conozcan en el rostro de tu Hijo, que te amen en las entrañas de tu Hijo (Jn 17,1-5). Que sean hijos conmigo (17,6-8), hermanos conmigo (17,9-13), herederos conmigo (17,14-19), todos uno por la vida del mundo (17,20-23). En tu mismo amor, en mí pasado a ellos (17,24-26).

- Ha entrado en Getsemaní para ponerse en manos del Padre en la absoluta obediencia. Empezó a sentir pavor y angustia. Entonces les dijo: me muero de tristeza. Avanzó en soledad y cayendo en tierra oraba: “Abbá, Padre, todo es posible para ti. Pase de mí esta copa, pero no lo que yo quiero, sino lo que tú” (Mc 14,30). Los hermanos estaban atrás y dormidos. Pero él les hizo un encargo: “velad y orad para que no caigáis en tentación, porque el Espíritu está pronto y la carne es débil” (Mc 14,33). Él desarraigándose de todo y de todos pasó a manos del Padre en absoluta obediencia por nosotros “con gritos y con lágrimas al que podía salvarle de la muerte y aunque era Hijo aprendió sufriendo a obedecer” (Heb 3,7-8).
- Ha pasado a manos del Padre, a su voluntad, y en esa voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesús Cristo, de una vez para siempre” (Heb 10,10; 14,19). Fuera de las murallas. El Padre le entregó, nosotros todos lo entregamos y Él mismo se entregó a sí mismo (Mc 15,20b-39). “Tengo sed” (Jn 19,28). Sed de consumir la voluntad del Padre (Jn 4,34). Ya se había consumado todo. Está consumado” (Jn 19,30). Se vuelve al Padre desde nosotros. “Padre, a tus manos encomiendo mi Espíritu” (Lc 23,46). Por fin se vuelve a nosotros desde el Padre. “Inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn 19,30). Traspasado el costado salió de sus entrañas el agua y la sangre (Jn 19,34; 1Jn 5,6).

Ha sido levantado. De la muerte a la vida, del último lugar al Primero. Primogénito de entre los muertos, primogénito de toda la creación, primogénito de todos los hermanos. Ya para siempre a la cabecera de la mesa y de la marcha. Por fin todo el beneplácito pasado a nuestras manos. Id a la creación entera, a todo el mundo proclamando el Perdón, ensanchando el camino. Como el Padre me envió os envío yo. Y les alentó el Espíritu. Estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 6/7/2003*

21. Hágase tu voluntad [2]

Palabra viva: 1Timoteo 2,4-6

Nos encontramos en la Cena del Señor, al amanecer del día primero (1Cor 16,2; Apoc 1,12; Act 20,7). El apóstol que preside la mesa proclama: “La gracia del Señor Jesús Cristo y el amor de Dios y la comunión del Santo Espíritu con todos vosotros” (2Cor 13,13). Se nos ha entregado el beneplácito del Padre, por su Hijo, en el Espíritu. Se ha inaugurado el Reino del Padre en el crucificado Señor de la Gloria. “Justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17; Mt 6,63). “Gracia a vosotros y paz de parte (desde) Dios Padre nuestro, que se nos entrega por el Hijo, en el Hijo, “el Señor Jesús Cristo” (Rom 1,7b). Él se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para liberarnos de este mundo perverso, según la voluntad de Dios y (precisamente) Padre nuestro en quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (Gal 1,4).

Esta es la voluntad del Padre de la gracia, la misericordia y la paz (Cf. 1Tim 1,2). “El que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 1,4; 2Ped 3,9; Rom 11,3). Una aclamación eucarística de los primeros hermanos desvela esta afirmación apostólica. “Pues hay un Dios y un mediador entre Dios y los hombres, el Hombre, Cristo Jesús, el que se dio a sí mismo en rescate por todos” (1Tim 2,5-6; 1Cor 8,6; Heb 4,15; Rom 5,15; Mc 10,45). Él es el que preside la mesa y encabeza la marcha hacia la casa del Padre. En efecto “el Padre de la paz” ha levantado de entre los muertos al Señor Jesús Cristo, el gran Pastor en la sangre de la alianza eterna para que entre sus manos, seamos “capaces de toda obra buena, para que hagamos su voluntad”. “Haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesús Cristo” (Heb 13,20).

El Señor para el Reino del Padre

Los apóstoles cuando proclamaban el evangelio destinado a toda la creación a todos los pueblos, el mundo entero, acentuaban que la entrega del Hijo del Amor era un propósito de la voluntad del Padre. “Entregado en la decisión de su voluntad” (Act 4,8). Fue el Padre mismo el que glorificó, en el madero a su siervo Jesús (Act 3,13; Is 52,13-53,12). Todo el querer del Padre se ha desentrañado en la sangre de (su Hijo) el Propio (Act 20,27-28; Rom 8,32).

- Nos agradó en el Amado “¡Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesús Cristo que nos bendijo en Cristo, en toda la bendición del Espíritu, predestinándonos a la adopción, por medio de Jesucristo, para él, según el beneplácito de su voluntad!” (Cf. Ef 1,3-4). Su propósito de reunir a todos los hombres, en la familia de los hijos en el Hijo. Más aún hacer del universo, el Reino de su voluntad, el Hogar común, encabezado por su Hijo. En la Pascua, nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito que se propuso en Él, en la economía de la plenitud de los tiempos: “recapitular todo en Cristo, en la tierra y en el cielo, en Él” (Ef 1,10).

- En el crucificado Señor de la Gloria, misterio del abismo de sus entrañas (2Cor 2,8). Por encargo del Padre, se vació en la forma de esclavo, se humilló, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil 2,7-8; 2Cor 8,9). “Por este Hijo, por su sangre se ha inaugurado el Reino del Padre, fidelidad de la gracia, justicia y paz, el Reino de su amor (Ef 1,7; Col 1,20; Apoc 1,5; Heb 9,22; Rom 3,25). Y allí mismo en el último lugar, fue levantado a la cabecera de la mesa y de la marcha, como el primero, el Primogénito, la plenitud desbordada y desbordante. Pues el Aliento del Espíritu nos lo entrega (Jn 19,30. 34.36; Fil 2,9-11; 1Cor 1,15-20; Ef 1,10; 1,20-23).
- Un único Padre, un único Señor, un único Espíritu. “Un Dios Padre, de quien todo y nosotros para él” (1Cor 8,6). “Un Dios y Padre de todos, que está a la cabeza de todos y con los brazos extendidos a través de todos y en medio de todos” (Ef 4,6). Y un único Señor Jesús Cristo por quien todo y nosotros por él” (1Co 8,6). De la absoluta ultimidad a la absoluta universalidad. Solo Él es Mediador. Solo en sus brazos extendidos el abrazo del Padre a todos y a todo para entrar y entranar a todos en su familia y en su hogar. “El Señor de todos” (Act 10,36; Rom 10,12; Mt 28,18). Así todos podían llegar a la verdad de su voluntad, en el Espíritu, en el Agua y la sangre (1Jn 5,5-6). El Espíritu es la verdad (1Jn 5,6b; 2,27; Jn 4,23; 14,17; 19,31). Lo derramó Él desde las entrañas del Padre a toda la humanidad, a todo el universo, a la historia entera (Act 2,1-11).

En su iglesia, Reino de Cristo

La pequeña familia reunida en torno a la Mesa en la iglesia del Señor, el Reino del Hijo, germen y senda del Reino del Padre, para avanzar en la plenitud, que se consumará en la Parusía. En la mesa pascual, en la palabra, el bautismo y la cena ha pasado a ser el “cuerpo de Cristo” en la comunión del Hijo la fraternidad de hijos, en el Hijo, de hermanos en el Hermano, de herederos en el Heredero. Por ello el don se convierte en encargo. El mismo Señor, que preside la Mesa en sus apóstoles, les llama en el Señor, a acoger, compartir y ofrecer el don del beneplácito, el misterio de su voluntad.

- En la cena del Señor se proclama en el Espíritu su encargo, su mandamiento (1Cor 10,13; Act 2,37-47) “¿Qué hemos de hacer hermanos?” (Act 2,37b). Es necesario permanecer “en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Act 2,42). “Orad sin cesar. En todo celebrad la acción de gracias. Esta es la voluntad de Dios en Cristo para vosotros” (1Tes 4,18) Que la palabra de Cristo habite entre vosotros con toda su riqueza. Enseñándoos los unos a los otros con salmos, himnos y cánticos inspirados. Todo en nombre de Jesucristo, celebramos la acción de gracias a Dios Padre por medio de Él” (Col 3,16-17; Ef 5,16b.19-20).
- El encargo de compartir la vida, los bienes y los dones. “Un corazón y un alma. Todo en común desde los más pobres” (Act 2,44-45; 4,32). Más aún compartir los dones que el Señor ha repartido entre los hermanos para edificar la fraternidad y proclamar el evangelio en el mundo (1Cor 12,1-13; Ef 4,7-16). La llamada a la vida común en el Señor es la santificación (1Tes 4,3; 1Ped 1,16; Fil 2,1-5; Rom 12,1). No basta acoger la palabra, hay que realizarla (Sant 1,16-27). La fe sin obras está muerta (Sant 2,14-26).
- El encargo de poner la mesa en el corazón del mundo, trayendo a los pobres heridos y excluidos (Act 5,15-16). La fraternidad debe expresar el misterio del Reino con la mesa del cambio de puestos (1Cor 11,28-32; Sant 1,9-11; 2,1-9; 4,13; 5,6). En esta senda de la justicia y la paz, han de combatir el combate escatológico que abra brecha en la injusticia, la opresión y la mentira (1Tes 5,4-11; Rom 16,11-14; Ef 6,10-20). Se encaminan a la plenitud del Reino, a la tierra nueva y los cielos nuevos, donde habita la justicia

(2Ped 3,13). Y en esta travesía de las bienaventuranzas, y voluntad del Señor, que sufren perdonando por la justicia (1Ped 2,20 <2,21.25>; 3,17<3,18-19.21b-22>; 4,2.19)

Por el camino de su Pascua

“Esta es la voluntad el Dios, vuestra santificación” (1Tes 4,3). Esta palabra debe interpretarse desde el misterio pascual del Señor, que abre en este mundo la brecha de la nueva creación. “Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta” (Heb 13,13; Jn 19,30). Se entregó por entero a la voluntad del Padre, “y en virtud de esta voluntad, somos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha de una vez para siempre” (Heb 10,10). Santificados, pues, en el Espíritu que nos enciende de amor en los sacramentos del gran sacramento que es el memorial del Señor, se nos hace posible hacer la travesía de la santidad en “este mundo”. Se trata de un rompimiento frontal entre los dos reinos y los dos reinados.

- El Hijo se entregó para librarnos de este mundo perverso, según la voluntad del Padre (Gal 1,4). Es el camino de la luz en la noche. “Nosotros no somos de la noche, somos hijos de la luz, “hijos del día” (1Tes 4,5-6; Jn 8,12; Rom 13,12-13). Es un combate entre la carne y el espíritu (Gal 5,16-17), entre el pecado y la gracia (Rom 6,12-14), entre la vida y la muerte. Ha comenzado el Reino del Hijo del amor, sacramento y mediación del Reino del Padre. “Es necesario que él reine” (1Cor 15,25), el Ungido de la justicia y de la paz, el Hombre nuevo, que inaugura el Reino de la gracia (Rom 5,1-21). Se hace necesario un discernimiento y una determinada determinación para buscar la “voluntad del Padre”, en la senda de la novedad, hacia la plenitud” (Rom 12,1-2), por el camino de los frutos del Espíritu (Gal 5,22-26), revestidos del Hombre nuevo (Ef 4,17-24; Col 3,9-10).
- Este don, que se convierte en encargo, es llamada, mandato, en el que está en juego la vida entera. En las primeras comunidades hay un llamamiento ardiente a rechazar la tibieza, que desemboca en la apostasía. “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”. El mundo nos arrastra a la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (1Jn 2,15-16). Con las manos entreabiertas, continuamos la pelea de Caín y Abel (1Jn 3,11-19). Solo el que vive, en el Hijo y camina tras él, “cumple la voluntad del Padre” (1Jn 2,13), pues está en el Verdadero, la vida eterna (1Jn 5,20). Esta idolatría y opresión, oculta apostasía a veces, derrama de nuevo la sangre del Hijo y nos perdemos sin remedio en la noche (Mt 7,6; 2Ped 2,22; Fil 3,22; Heb 6,4-6; 10,26.31).

El desaliento es un tropiezo, que nos alcanza. “Todo sigue como al principio de la creación” (2Ped 3,4). Pero el Señor, como al principio, espera y espera, porque no quiere que se pierda ninguno. Tiene paciente misericordia para nuestra salvación (2Ped 3,15). Importa mucho permanecer pacientes en su voluntad de fidelidad en fidelidad (Heb 10,36; 11).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 13/7/2003*

22. Hágase tu voluntad [3]

Palabra viva: Mateo 7,21-27

El texto del Padre nuestro, que encontramos en Mt 6,9-13, añade a las dos grande aclamaciones, “santificado sea tu nombre”, “venga tu Reino”, una tercera aclamación que no

encontramos en el texto de Lc 11,2-4, “hágase tu voluntad” (Mt 6,10b). Puede ser que el Señor haya enseñado esta oración en distintas ocasiones, que los hermanos la hayan percibido en sus distintos matices, y que ellos al enseñarla se encuentren en sus comunidades desde situaciones distintas. Mateo y Didaché evangelizan a comunidades judeo-cristianas (Mt 6,4-13; Did VIII, 23). Conservamos una oración sagrada, en arameo, con la que se terminaba el culto en la sinagoga, oración familiar para Jesús, desde su infancia, el Qaaddish: “Ensalzado y santificado sea su gran nombre, en el mundo, que él por su voluntad creó. ¡Haga prevalecer su reino en vuestras vidas y en los días vuestros y en toda la casa de Israel, presurosamente y en breve. Y a esto decid; Amén”. Esta oración admirable ofrece luz para las dos primeras aclamaciones del Padre nuestro y también para la tercera. Este “Amén” puede expresarse en silencio, con manos vacías y abiertas (Lc) o puede expresarse con palabras de obediencia (Mt).

El Evangelio de Mt se anuncia, además, en determinadas situaciones comunitarias, que exigen subrayar esta aclamación de acogida y sumisión. Hay un peligro de fariseísmo: la observancia exterior, sin entregar el propio ser, pretendiendo así insertarse en este mundo. Al acoger la palabra en la oración, al disponernos a la renuncia y al ofrecer la misericordia (Mt 6,5-8; 6,1b-18; 6,1-13) se practica una “justicia legal”, que utiliza la justicia del Padre, pero que no se entrega, para entrar en el Reino de los cielos” (Mt 5,20b; 8,3; Jn 3,3-5). “Es necesario cumplir en plenitud toda justicia (Mt 3,15; 5,17). Por otra parte la comunidad corre el peligro de la tibieza, de la falta de compromiso, incluso de la apostasía. Se celebra el Memorial del Señor, sus divinos sacramentos y los hermanos no dan un giro de conversión a su vida. Por eso el apóstol hace una seria advertencia: “No deis a los perros lo que es santo, no arrojéis vuestras perlas a los cerdos” (Mt 7,6; 2Ped 3,22; Heb 6,4-6; 10,26-31; 12,17; Apoc 22,15; Fil 3,22).

Tu voluntad

El Hijo enviado en la voluntad del Padre, la va realizando en el camino y nos la entrega en la Pascua, en su iglesia, Reino de Cristo en misterio por el camino de su misma travesía. Por Jesús, el Hijo amado, su Palabra, el Padre crea todas las cosas, y cuando sobrevino la noche, nos lo envió, en el Espíritu, para ser el Salvador y Redentor. “El, en cumplimiento de su voluntad, para destruir la muerte y manifestar la resurrección, extendió sus brazos en la cruz” (PE II). “Bendito el que viene en el nombre del Señor”. “Mi cuerpo entregado por vosotros”, “mi sangre de la nueva alianza, nueva y eterna”, “por todos”, “por vosotros”. Se ha desvelado el “secreto del amor” y ha pasado a nuestras manos (1Jn 4,8-10; 1Cor 2,7-10; Ef 3,9-12).

- Ha sido ensalzado y santificado su nombre. “Ha hecho prevalecer su Reino” (Qad. X). El “Padre santo” ha hecho morar su nombre entre nosotros, por medio de Jesús, su siervo. A Él la gloria por los siglos (Cf. Did. X, 2). El “Padre nuestro”, nos ha entregado su Reino, la “Santa viña de David”, su vida y conocimiento, por medio de Jesús, su siervo. “A ti sea la gloria por los siglos” (Did. IX, 2,3).
- Su nombre, su Reino, en nuestras vidas, en nuestros días, en su iglesia (Cf. Qad I). Ya se ha iniciado el Reino del Padre, en el Reino de su Hijo, por donde avanza, para que todos se salven en la verdad (1Tim 2,4.6). El amor de Cristo nos apremia, pues el don se ha hecho encargo. “Acuérdate Señor de tu iglesia”. “Reúnela de los cuatro vientos”, “hazla perfecta en el amor”. “Santificada en el Reino tuyo” (Did X, 5).
- El encargo del don es apremiante. “Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna el Hijo de David. El que sea santo, que se acerque, el que no lo sea, que haga penitencia. Maranata. Amén” (Did. X, II; 1Cor 11,26; 16,22; Apoc 22,20; Cf. Qad III). La voluntad del Padre, entregada en la pascua del Hijo, ha pasado a nuestras manos, en la unidad del Espíritu. Urge el encargo, urge el camino. “Id” (Mc 16,15p).

Mateo acentúa vigorosamente la misericordia, para salvar a todos. Con esta misericordia el Señor pone la mesa a los pecadores (Mt 9,10-13), nueva creación del Señor del sábado (Mt 12,1-8). La mesa de las bodas del Hijo (Mt 9,14-17; 22,1-2). Pero no se puede añadir nada a lo nuevo, ni servir a dos señores (Mt 9,16-17; 6,24). Es necesario una ruptura radical con el pasado (Mt 8,21), pues sería terrible que volvieran a casa los demonios (Mt 12,43-45). Pero es sencillo acoger el encargo, pues nos da antes el yugo ligero, de la obediencia humilde y el servicio, lleno de dulzura (Mt 11,28-30). Sin esta vestidura nupcial, seremos arrojados del banquete de bodas (Mt 22,11-14) y no podemos entrar al hogar del Padre (Mt 25,31-46). El don nos sitúa en la encrucijada de la parábola de los dos hijos y nos invita a entrar por el camino de la justicia (Mt 21,28-32), haciendo la voluntad del Padre, aparecida en sus palabras, para el hogar edificado sobre roca (Mt 7,21-27).

Hágase

Al terminar la “consagración”, la proclamación de la institución, aclamamos “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!”. La pascua es el comienzo de la Parusía, la Parusía será la consumación de la Pascua. La voluntad del Padre, ya se ha realizado, pero todavía no, su plenitud. El gran asombro es que el Padre, ha pasado a nuestras manos, la ofrenda de su Hijo. El Señor, que es el Espíritu (2Cor 3,11) en la epiclesis segunda nos alienta su mismo aliento. Abre los brazos, de par en par, y nos entraña en su corro y nos aúna en su comunión. Pero después al cerrar los brazos sobre nosotros, los abre más allá de nosotros enviándonos a su misma misión. Un solo cuerpo y un solo Espíritu. “Padre, te ofrecemos en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo”. “Que él nos transforme en ofrenda permanente” (PE III). “Congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo, víctima viva para alabanza de tu gloria” (PE II).

- “Hágase”. Es un pasivo divino. El verbo “gignomai” significa originarse, llegar a ser, acontecer. Pero en pasiva significa que sea hecha, que sea creada. El “Amén” del final de la Plegaria lo expresa de modo insuperable. El Hijo es el Amén del Padre a nosotros, y el Amen nuestro al Padre en el uno y único Espíritu. El Hágase del Hijo, pasa a nuestras manos. Nuestras manos entre las suyas, en la unidad el Espíritu Santo. Y ahí sucede nuestro “Amén”. Por Él, con Él, y en Él. Pero nuestra libertad creada y recreada, en gracia sobre gracia, tiene que decidirse. “Hágase” podemos proclamarlo, en nosotros desde nosotros. Más aún en Él, desde nosotros. Más aún en Él desde Él, en la unidad del Espíritu Santo. Y cuando parece que nuestras manos, son más suyas que nuestras, es, cuando son más nuestras que nunca.
- “Hágase”. El que se allega al Señor se hace un Espíritu con Él (1Cor 6,17). Pero estamos insertos entre dos reinos y dos reinados. En “este mundo” y “en este corazón”, hay un desgarramiento, un muro. Es necesario ahondar para el discernimiento. En la aclamación pedimos con insistencia que se realice en plenitud el designio de su benevolencia. Hemos de ansiar vibrar al unísono con el Aliento y las entrañas del Señor, allegarnos a Él, anhelar pasarnos a sus manos. Pues el Padre nos creó libres. Y la única mediación de su Hijo, no excluye, sino que incluye nuestra asociación, comunión, participación, cooperación. El Espíritu potencia nuestra libertad, la ahonda, la libera, la agranda, la sobrepasa. Importa, pues, las manos vacías y abiertas. No anteponer nada a la obediencia del Hijo, para la inmolación del Hijo a la que nos asociamos en su “Amén”.

De este modo el “hágase” en el nosotros de la fraternidad y en cada uno de los hermanos, es una aclamación convertida en súplica. Todo es posible para Él (Mc 14,16; Lc 1,37; Mt 19,26). De la inmensa alegría podemos pasar a la infinita confianza y a la absoluta obediencia. Todo en sus

manos. Su fidelidad nos sobrepasa. Su voluntad, con la novedad y la fortaleza del Espíritu (Rom 12,1-2; Heb 10,36.38; Ef 3,20-21).

Como en el cielo, así en la tierra

Las palabras “cielo” y “tierra” no debemos entenderlas desde nuestra visión del mundo, sino desde las tradiciones patriarcales, proféticas y apocalípticas que en gran parte han quedado recogidas en los salmos. Un ejemplo sencillo nos ayuda a una mirada de fondo. “El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria sobre los cielos”. “Se eleva en su trono y se abaja para mirar el cielo y a la tierra”. “Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes de su pueblo” (Ps 112,4.5-7; Cf. 1Sam 2,10). El Hijo ha bajado desde más arriba, más abajo y más hacia adelante, para poner la Mesa del Reino del Padre, en la fiesta del cambio de puestos, donde los últimos son los primeros en servir (Lc 1,46-55 Magnificat; 1, 68-79 Benedictus; 2,29-32 Nunc dimitis). Así lo cantaban los pobres del Señor, que aclamaban su llegada.

- “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres del beneplácito” (Lc 2,14; 3,22). “Bendito el que viene en el nombre del Señor” El Reino del Ungido. Hosanna en las alturas” (Lc 19,38). El beneplácito del Padre en su Hijo (Ef 1,3-21) viene desde la altura, a la hondura, hacia la anchura, por la espesura (Ef 3,14). El Hijo levantado junto al Padre, se ha vuelto a nuestra tienda, para encabezar la marcha de “este mundo de la tiniebla”, abriendo la brecha hacia la casa del Padre (Jn 14,1-6; 1Jn 2,15). Aclamamos y suplicamos la transfiguración del universo, en la nueva creación, la tierra convertida en cielo, avanzando hacia la consumación de la plenitud de la gracia del Señor. Su Reino, es justicia paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17).
- Esta recapitulación de la plenificación, se hace sacramento e instrumento, germen y senda en la iglesia. Ha de romper frontalmente con el servicio de este mundo, para pregonar el evangelio a todos los pueblos, y mantener el combate escatológico en el mundo, en Gracia sobre gracia. Germen de la verdad del Hijo, en el Espíritu, sembrado en las entrañas de la historia, para ahondar, purificar, ensanchar y sobrepasar la verdad de la gracia creada. “Es necesario que él reine, hasta que el Hijo entregue el Reino al Padre, para que Él sea todo en todos” (1Cor 15,25-28; 45-57). La creación entera gime esperando participar en la mesa de los hijos, bajo el Primogénito de toda la creación entre muchos hermanos (Rom 8,18-30).

Esta brecha del cielo en la tierra, la gracia y la verdad del Hijo, que lleva todo a plenitud, adentra a la fraternidad del Señor en la persecución, victoria de la fuerza en la debilidad (Rom 8,31-39) ¿Quién nos apartará del amor de Cristo”? (Rom 8,35). Por eso oramos “hágase tu voluntad”, travesía victoriosa del cielo en la tierra, hacia el cielo. Por ello al expresar esta petición hemos de desear ardientemente “no anteponer nadie a Cristo, porque él no antepuso nada a nosotros”. “Unirse inseparablemente a su amor, abrazarse a su cruz con fortaleza y confianza. En el combate, la firmeza en los tormentos, la confianza en la muerte, la paciencia (Cipriano Ora. Dominical 15). Ecce, Fiat, Magnificat.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 20/7/2003*

23. El pan nuestro de cada día dánosle hoy [1]

Palabra viva: Marcos 6,30-44

Cuando el padre de familia, parte el pan a la cabecera de la mesa, levantados los ojos y extendidas las manos, se descifra el misterio de su vocación y al tiempo el misterio de su familia, de su hogar y de su camino. Es una sencilla parábola de toda la historia santa, que el Padre, realiza por su Hijo en el aliento del Espíritu Santo. El hombre primero está puesto a la cabecera de la familia humana y del universo para llevar todo a plenitud. En su trabajo acoge, comparte y ofrece el pan para que la humanidad entera y el cosmos entero, lleguen a ser mesa compartida en gozo y alabanza (Gen 1,27; 2,3; 2,4b-24). Pero cuando cerró las manos al Padre, en la desobediencia y descargó el puño sobre los hermanos en la opresión (Gen 3,1-4.12), el suelo quedó ensangrentado, el hogar convertido en campo de guerra, el corazón apuñado y los pequeños asesinados fuera de la cerca. Las manos del Padre se extendieron a los últimos, marginados fuera de la torre, para inaugurar una nueva mesa en el monte con un pan salido de su propio corazón, maná en el desierto, para la nueva tierra florecida (Ex 16,1-35; Num 11,1-35; Deut 8,3-16; Ps 78,19-35; 105,38-42; 106,12-15). Más todavía, para poner la mesa en el monte, con pan reciente y vino generoso (Is 25,6-8), enviará a su siervo (Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12). Mesa de la justicia y de la paz (Is 32,15-16), pan, vino, leche de balde, para todos los hambrientos y sedientos, encabezada por el Testigo y Caudillo de la alianza nueva (Is 55,1-5). En aquella mesa, entre sus manos, los hermanos partirán el pan con los hambrientos, a la luz de la aurora (Is 58,6-12). En aquella mesa germinará la nueva creación (Is 65,25); Is 11,7-10; 43,18; 51,6; 66,22). Y la misma mesa, donde el Enviado, sabiduría escondida, parta su pan, allí los pobres comerán hasta saciarse (Ps 22,27; 31,15). Se convertirá en hogar y banquete para que todos los sedientos y hambrientos lleguen a ser mansos y humildes de corazón (Prov 9,1-6; Sab 16,20.29; Sir 24,19ss).

Amanece la nueva creación

“Tú eres mi Hijo, el amado, en ti mi beneplácito” (Mc 1,11; Ef 1,3-10). El Hijo único, para que sea el Primogénito, rostro y manos del Padre, para inaugurar la Mesa nueva de su Reino. Pero antes de salir al camino se vuelve al Padre, en el desierto de la tentación. Tentado por Satanás como lo había sido el hombre primero (Mc 1,12-13). ¿Por qué no cerrar la mano y apuñar la propia vida, asegurándola con su propio pan? Pero el respondiendo dijo: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mc 4,3-4; Deut 8,3; Ex 16,10.15; 1Cor 10,3; 2Cor 3,18; 8,15). Palabra convertida en pan, abajada a los hijos, sustento de todos, desde los más pequeños, para abrir las manos (Mt 4,3-4; Sab 16,28-20). En obediencia humilde al Padre, se vuelve con dulce misericordia a poner la mesa, para todos, llamando a los últimos a ser los primeros en servir con Él, en el gran corro sobre el monte (Mc 1,14-20; Lc 4,16-21; 5,1-11; Mt 4,12-25).

- Está él a la cabecera del corro, la muchedumbre en torno, los discípulos a su lado. La Mesa del Reino, les dice, se pondrá con hambre y sed de justicia, con el trabajo por la paz (Mt 5,6a), pero vueltos al Padre como pobres de Espíritu, para volverse a los hermanos con la dulzura de la compasión (Mt 3,3-5). Hijos del Padre, que manda la lluvia a los justos e injustos, el gesto de fondo será el perdón, para la reconciliación (Mt 5,43-48; 5,23-24). Estamos en una encrucijada: dos reinos y dos señores. No se puede servir a Dios y al dinero (Mt 6,24), no se puede atesorar tesoros en la tierra (Mt 7,19). Vivir como los pájaros y las flores, buscando el Reino y su justicia. No os agobiéis con qué vais a comer y con qué os vais a vestir (6,25-34). Tenéis un Padre (Mt 7,9-11).
- Mesa grande donde vengan todos de oriente y de occidente (Mt 8,11; Lc 12,28). El Hijo del hombre, para ponerla no tendrá donde reclinar la cabeza y sus hermanos estarán invitados, al total desarraigo (Mt 8,18-21). Mesa del perdón, puesta a los pobres y los

pecadores (Mt 4,6.9-10), mesa del amor esponsal y del vino nuevo (Mt 9,14-17). La mesa la pone Él, desde sus entrañas conmovidas (Mt 9,35-36), pero llamará para prepararla a los apóstoles, sin alforja ni cayado, odiados por todos, acogidos por los pobres de corazón con un vaso de agua fresca (Mt 10,7-9.22.44). Y los apóstoles a su lado, se unirán a los pobres, para los que Él ha sido enviado (Mt 11,5-6). Ellos tampoco se lo tomarán en serio y hasta las aldeas más amadas le rechazarán (Mt 11,16-24).

Pero la mesa la pondrá Él. Todo le ha sido dado por el Padre. Nadie le conoce, más que aquellos a los que él se revela, a los humildes y sencillos. Nada del mundo, puñados de hijos en el Hijo, son invitados a la mesa de su pan partido, donde podrán tomar el suyo, para ser mansos y humildes de corazón con él (Mt 11,25-28; 1Cor 1,19-20.26). Así el Hijo, la sabiduría, ha inaugurado la justicia con sus obras, con sus hijos (Mt 11,19; Lc 11,49). “Dichoso el que coma pan en el Reino de Dios” (Lc 14,15; 13,29-30). “Los últimos los primeros” (Lc 13,30; Mt 20,16).

Mesa compartida, florecida la tierra

Salieron al camino y no tenían pan. Para calmar el hambre, comieron unas espigas de lo sembrado, y se sentaron a comerlas. Sembrado de un propietario. Prohibido el paso. Día de sábado, prohibido el trabajo. Jesús se enfrenta a los letrados. David tomó los panes de la proposición y se los dio a los soldados que pasaban hambre. El Ungido se los entrega a los hermanos. El Hijo del hombre es mayor que la “ley” de propiedad y pureza. El sábado es para los hombres. Estamos inaugurando el paraíso. Todo bajo sus pies, para poner la mesa a los hermanos (Mt 2,23-28; 1Sam 21,1-7). “Misericordia quiero” (Mt 12,7; Os 6,2).

- Las muchedumbres le siguieron y les curó a todos. Pero le preocupaba que los hermanos buscaran una lucha mesiánica del poder. No lo digáis en público. El Ungido es el Siervo que cargará con las culpas (Mt 12,16; 8,19; Is 53,4). El que no quebrará la caña cascada, que llevará la justicia a la victoria, esperanza en su nombre a todas las naciones (Mt 12,17-18; Is 42,1-4; 11,10; Rom 15,12). La mesa del pan partido es brecha en el reino de este mundo, bajo Satanás. El Ungido, dedo del Padre, abre el muro (Mt 12,28), pero será arrojado al corazón de la tierra, allí germinará la nueva creación (Mt 12,40; 27,63; 1Ped 3,19; Ef 4,19). Tan solo la pequeña fraternidad, que en torno suyo acoja y realice la voluntad del Padre, podrá acompañarle (Mt 12,46-50).
- El Reino de los cielos sufre violencia” (Mt 11,12; Lc 16,16; Jn 6,15). Ellos buscan una lucha a mano armada en el muro. Pero la mesa del Reino es una germinación nueva en el surco de la tierra. “A vosotros se os ha dado a conocer el Misterio del Reino de Dios” (Mt 4,11; 1Cor 2,7-10). Para preparar la mesa, se necesita sembrar semilla. La tierra está llena de vida. Pero esta siembra acogerá esta vida, la transfigurará, la sobrepasará. Habrá pan. Y un sencillo arbusto cobijará a las aves, cobijo y balcón. Y una sencilla estera, pan partido y lámpara sencilla. La cizaña será respetada, pero quien descubra el tesoro, lleno de alegría, lo dará todo, y lo pondrá en la mesa común (Mt 13,1-50; Mc 4,1-32).

Estamos en camino. Recorría las aldeas para hacer un corro en círculo. Y les fue enviando de dos en dos. Ni pan, ni alforja. Anunciando la paz, curando a los desvalidos, haciendo corro desde la casa de los pequeños, que le acogieran. Y así germinó el milagro del corro grande, en la tierra florecida (Mc 6,32-44; Lc 9,10-17; Mt 14,13-21).

El Hijo preside partiendo el “pan”

Los apóstoles habían recorrido los caminos de la misión. Y la gente sencilla se sintió seducida de la oferta de la mesa compartida. Muchos iban y venían y no tenían tiempo ni para comer (Mc 6,30-31). Jesús les invitó a ir a un lugar apartado, para orar y compartir. Pero vinieron corriendo de todos los pueblos hacia allí, con él estaba con sus hermanos. Él es quien podía poner la mesa. Sentía el dolor de amor de un padre por sus hijos. “Se le conmovieron las entrañas, porque estaban como ovejas sin pastor (Mc 6,34; Mt 9,36; Num 27; Ez 34,5; 1Re 21,17; 2Cron 18,36; Jud 11,19; 1Ped 2,25). En el aliento de sus entrañas y en el latido de su corazón, estaba el misterio del pan partido. “Dadle vosotros de comer” (Mc 6,37). Sus resistencias fueron radicalmente vencidas por su mirada de amor. Florecía la tierra.

- “Él tomando los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, proclamó la bendición y partió los panes y se los iba dando a sus discípulos, para que se los pusieran (en el corro) a ellos” (Mc 6,41). Los pobres seducidos por la mirada del Señor y conmovidos por su misericordia entrañable, dan lo que tienen para vivir, para que sea ofrenda en su ofrenda, pan en sus manos. Era un anticipo del don de sí mismo, pan partido en la mesa antes de padecer (Mc 14,19).
- El pan partido sobre la tierra florecida fue un escándalo. Y el más grande de todos lo sufrieron los pobres. Ellos buscaban un rey, para tomar el poder (Jn 6,15). Él se volvió al Padre, para reencontrarlos de nuevo. Se acordaban del maná del desierto: “Pan del cielo les dio a comer” (Jn 6,31; Ex 16,46; Ps 78). Pero él les desveló el secreto. Este pan no apaga el hambre. Es más grande el corazón. Este pan no arranca la muerte, pues el fondo del corazón está armado. La pelea de la sangre continúa. Por ello el Padre, me ha enviado. El Hijo del hombre, a quien el Padre marcó con su sello” (Jn 6,27).

Es el Abrazo de Amor, que me da a mí y yo a Él, el aliento y el pan de la vida, “el verdadero pan del cielo”, que baja y da la vida al mundo (Jn 6,33). El Padre me ha dado como hijos a todos los hombres. Me ha encargado de que los reúna en uno, sin que ninguno se pierda. Dejaos hablar por él, para venir a mí. Vida eterna, el mismo abrazo de amor “mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51). El que come mi carne y bebe mi sangre, vive del mismo aliento y el mismo latido y estará dispuesto a pasar a la nueva su vida, fruto del pan, sangre vertida. Como yo os he amado (Jn 6,55-57; 15,4-9.13).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 27/7/2003*

24. El pan nuestro de cada día dánosle hoy [2]

Palabra viva: Lucas 24,1-53

“Muchos de sus discípulos, al oírle dijeron: es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?” (Jn 6,60). “Desde entonces, se volvieron atrás y ya no andaban con él” (Jn 6,66). La mesa del pan partido avocó a todos a una crisis profunda. Ellos en sus signos, buscaban a un libertador mesiánico, que tomara el poder y diera una vuelta entera a la tierra amurallada y encadenada, pero no la Mesa compartida de la nueva creación (Jn 6,26). El alimento que perdura para la vida eterna era la ofrenda del Hijo del hombre, enviado y sellado por el Padre (Jn 6,27; 2Cor 1,12). El Señor se volvió al Padre, en oración íntima, sobre el monte, mientras ellos hacían la travesía. Se fatigaban remando, pues el viento les era contrario. “¡Animo soy yo, no temáis!”. Subió junto a ellos a la barca y se hizo la calma. “No habían entendido lo de los panes, su corazón estaba endurecido (Mc 6,45.52p). Es verdad, ellos querían seguirle a pesar del escándalo de la Mesa del Reino. “Señor, ¿a quién iremos? Tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68-69; Mc 1,24; 1Jn 2,50). Pero

cada día se les sobresaltaba el corazón... La Mesa del pan partido era el deseo ardiente de todos. “¡Dichoso el que pueda comer el pan en el Reino de Dios!” (Lc 14,15). Mesa más grande que el mundo para todos. La muchedumbre incontable, donde los últimos pobres pecadores fueron los primeros en servir (Lc 14,1-15,3). Alegraos conmigo. Acoged y compartid el latido de mis entrañas. En sobresalto de alegría os vaciaréis del todo (Mt 13,44). Sí, pero la tierra constataba la parábola de Epulón y Lázaro. En la situación histórica, económica, social, política y cultural en Galilea, junto al palacio del dueño, estaba tirado el mendigo desconocido (Lc 16,19-31) y había padres de familia sin trabajo, tirados en la plaza (Mt 20,1-16), y gente sencilla herida en la cuneta del camino ((Lc 10,29-37). Era una disyuntiva. No se podía servir al tiempo a Dios y al dinero. Era la hora de hacerse amigos del Señor de la casa, derrochando con los pobres, el dinero de la injusticia” (Lc 16,1-6; Mc 10,17). Y esto avocaba a los discípulos a una encrucijada angustiada (Mc 10,23-30), pues también ellos querían situarse en la mesa de este mundo (Mc 10,16-40).

Pan entregado en la mesa

Es verdad que le reconocieron con ojos iluminados, a la cabecera de la marcha. “Verdaderamente eres el Hijo de Dios” (Mt 14,23). Pero no habían descifrado el misterio del pan escondido en Él mismo, con ellos. Creían que necesitaban más “panes” para la travesía (Mc 8,14-20). Y no sospechaban que el verdadero signo, era poner la mesa en el corazón abismal de la tierra (Mt 16,14; 12,39). El Padre iluminó sus ojos. “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16), pero tropezaban con el escándalo insalvable de la cruz. Él se lo descifró a corazón abierto. El Hijo del hombre, ha sido puesto por el Padre, en manos de sus hermanos pecadores, le darán muerte y él le levantará, para poner la mesa para todos, desde el último lugar (Mc 8,31-33; 9,31; 10,32-34), en una asombrosa transfiguración de su gloria (Mc 9,2-10; 2Ped 1,18; 2Cor 3,18). Para partir allí el pan hay que tomar su cruz, bajando a servir, humillándose a sufrir, entregándose a la muerte (Mc 8,34; 9,35; 10,45p). Él para que le ayuden a partir el pan, les dará antes lo que después les encargará.

- El Hijo vino a sembrar el grano de trigo, para poner su pan sobre la mesa. Vino a poner la cepa y a encargar el vino, para poner su copa sobre la mesa. Los hermanos le arrojaron fuera de la cerca, pero el Padre le hizo roca y manantial (Mc 12,1-10.35-37), para preparar el banquete de las bodas, para la humanidad y el universo entero (Mt 22,1-13 p). En verdad es el Ungido, que ha venido en nombre del Señor” (Mc 11,9). La mesa del Reino de su justicia, y de su paz. Pero la mesa de los caminos, se acabará de poner en su Pascua, travesía en el abismo, pascua del Hijo, de la humanidad y del universo, pascua de su fraternidad, su iglesia.
- En Betania, casa de Simón el leproso, recostado a la mesa. Roto el frasco de perfume, adivinado la bajada al abismo, evangelio al mundo entero (Mc 14,3-9). Y luego a las afueras de la ciudad, en la casa humilde, cenáculo de la pascua de toda la historia santa. Para la mesa del pan compartido, se humilla, a lavarles los pies, como el último de los esclavos (Jn 13,1-17; Lc 22,24-30). Y así pasa a la cabecera de la mesa, para entregarse a la muerte como hermano, para hacer las veces del Padre, partiendo el pan y vertiendo la sangre, entre los hermanos, que le venden y le niegan (Mc 14,17-21; 14,26-30).

“Mientras estaban comiendo, tomó el pan, proclamó la acción de gracias, lo partió y se lo dio. Tomad este es mi cuerpo. Esta es mi sangre de la alianza derramada por muchos” (Mc 14,22-25). “Haced esto en memorial mío” (Lc 22,19b; 22,29-30). Así el Hijo entregado como siervo, contado entre los malhechores” (Lc 22,37) es el Cordero, convertido en Pastor herido, para poner la mesa y abrir el camino para siempre (Mc 14,27).

Pan des-entrañado en la cruz

Cuando le vieron a la cabecera de la mesa, partiendo el pan, con la mirada vuelta al Padre y el pan partido en manos extendidas a los hermanos empezaron a comprender el misterio del pan, del que les habló en el camino. “El pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51). El pan ofrece todo el beneplácito del Padre, su nombre, su reino, su voluntad. La mesa compartida de los caminos, se convirtió en mesa pascual y la mesa pascual en la cruz levantada en el monte. Es la misma entrega que se va des-entrañando, desvelando, consumándose en victoriosa plenitud. Entregado por el Padre, entregado por nosotros, se entregó a sí mismo. El cuerpo es la persona entera, en todas sus religaciones, en toda su entraña, en toda su andadura de fragilidad y fecundidad. “Mi cuerpo por vosotros” (1Cor 11,24). “dado por vosotros” (Lc 22,19). La sangre es el último manantial del ser, el aliento y latido de la vida. Aliento, fuente, para expresar el sello último y el don desentrañado, cuerpo y sangre, pues, es un don único (“mi carne”, “mi sangre”). “Esta copa es la nueva alianza (sellada) en mi sangre” (1Cor 11,25) derramada por los muchos para el perdón de los pecados” (Mt 26,28b). Sí, ahora le acompañamos a la sombra de la cruz, en el monte calvario ¿Qué contemplamos?

- El pan y la copa, don y sello de la alianza nueva, se desvelan en las palabras del Señor, en el último extremo de su entrega. El Padre de las misericordias, en Él, abre sus brazos y sus entrañas, para darse en expiación por todos, acogiéndolos en su corazón y poniendo la mesa para todos, empezando por los últimos de los hermanos, para pasar a todos al hogar del Padre (Lc 23,34; 23,42s; 23,46).
- Y cuando el Padre le entrega, como el Hijo de las entrañas, sobre el que carga todas nuestras culpas, para recrearnos en su comunión (Jn 3,16; 1Jn 4,9; Rom 8, 32), el Hijo abandonado se abandona, el Hermano rechazado se acoge a sus asesinos, los entraña en su corazón. “Sus hermanos”. “La mesa ya está puesta, los pobres comerán hasta saciarse. Vendrán los hermanos desde los confines, se levantarán las cenizas de la tumba. El reino y su justicia, ya en la mesa (Mc 14,37-39; Ps 22,23-31).

“Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1b). Tenía sed de consumir el encargo del Padre y cuando los hermanos golpearon su rostro, llegó la consumación. “Está consumado”. “E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu” (Jn 19,30). Herido por el soldado, de su costado salió sangre y agua” (Jn 19,34). El madero se ha convertido en mesa. “El Espíritu es agua y sangre” (1Jn 5,6; Jn 3,5; 7,37s; 4,14; Jn 6,54.56; 15,4-7; 17,23). “No le quebrarán un solo hueso” (Jn 19,36; Ez 12,40-46). El Hijo entregado (Gen 22; Is 53; Ps 22) asesinado como Abel, ha sido levantado como Isaac. El cordero inmolado y victorioso (Jn 1,29; 1,51; Apoc 5,6.12; 2Cor 5,7). Es el Unigénito, convertido, en Primogénito. Mirarán al que traspasaron (Jn 19,37; Zac 12,10; Apoc 1,7).

Pan encendido en la mesa

El Hijo ha bajado al corazón de la tierra. El Reino de Dios aparece ahora en el “cuerpo del Señor”, en sus “despojos” (Mc 15,43-45). Al caer su sangre a la tierra y al alentar su aliento, se sobresalta el abismo (Mt 27,51-53). Es que se ha desgarrado el velo del templo, y el Padre en el corazón desgarrado de su Hijo, en su aliento expirado, abre los brazos de par en par para reconciliar a todos consigo. Y el Hijo, asesinado, entra a la fosa para abrazar a sus hermanos, y entrañarlos en su cuerpo. Cuando el Padre venga a levantarlo, al alentarle el Espíritu, alentó al Hombre nuevo, que se había incorporado a toda la humanidad y a todo el universo, hacia la plenitud (1Cor 15,45; Rom 5,1-27p). Le alentó, le levantó, le constituyó, a la cabecera de la mesa y del camino (Fil 2,6-11; Col 1,11b-20.21-22).

- Se ha inaugurado ya el “Reino del Hijo de su amor”. Ya está la mesa puesta. Es necesario que él reine, para entregar el Reino al Padre y para que Él sea todo en todos (1Cor 15,25-28). Levantado el Hijo va a abrazar al Padre, con esta carne nuestra (Jn 20,17), y exaltado a la derecha, desde el Padre, derrama sobre todo el universo su Espíritu, pues es el Primogénito de la creación innovada. Pero este aliento de Amor, lo ofrecerá a los que acoja en su iglesia, en el pan y la copa del memorial suyo (¿Act 2,17-30?; Lc 24,1-53; 2Cor),
- Los encuentros de Pascua, son al tiempo, encuentro, misión y aliento (Jn 20,19-22). Paz a vosotros, como el Padre me envió, así os envió yo. Llevará el perdón. El perdón, entregado en el pan y la copa, desentrañado en los gestos sacramentales de reconciliación, redención y nueva creación. La mesa compartida es el puesto de la experiencia pascual. Y la fracción del pan, es el centro y la cumbre, el arranque y el término (Lc 24,30 [Cf. 9,16; 22,19] Jn 21,23; Apoc 10,10[1,4-8]; 19,9; 1Cor 11,23-26).

En la multiplicación de los panes, las manos abiertas del Señor fueron el aliento, para que los hermanos pasaran su trozo de pan que necesitaban para vivir. Más aun ahora en sus manos heridas y encendidas en el pan y la copa. Vaciar, tomando la forma de siervos, humillarse en la mesa a lavar los pies, entregar la vida por todos, era el milagro incontenible del Pan de la pascua. Pues el aliento y el latido del Señor pasa a nuestros corazones (Jn 6,51.55-57; 15,1-17; 2Cor 8,1-15; Act 2,42-47; 4,32-37; Fil 2,6-11; 2,1-5; 2,12-18; 3,1-2; 4,4-8).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 3/8/2003*

25.El pan nuestro de cada día dánosle hoy [3]

Palabra viva: 2Corintios 1,8-15

El pan que el padre parte a la cabecera de la mesa, expresa todo el misterio de la humanidad, del universo y de la historia. El pan que parte el Señor a la mesa des-entraña y desvela toda la historia de la salvación (Cf. Ef 1,3-23). Padre, “aquí estoy yo, con los hijos, que me diste” (Heb 2,13). Padre, tú me los diste a mí, les pasaste a mis manos. Y antes, me diste a mí a ellos, para que acogiera sus manos. El Primogénito, en el Padre, desde el Padre, en la unidad del Espíritu proclama la bendición del pan, bendición descendente y ascendente. De forma misteriosa su aclamación y ex-clamación ¡Abbá, Padre! (Mc 14,3), en la unidad del mismo y único Espíritu ha pasado a nuestros corazones y a nuestros labios. ¡“Abbá, Padre”! (Gal 4,6). Sus brazos se abren entre nosotros y nos entrañan y aúnan, pero se abren más allá de nosotros, para entrañar y aunar en sus entrañas a todos los hombres, en una familia y a todo el universo, en un hogar. La pequeña fraternidad en torno a su mesa, en las manos extendidas y el pan partido, son un sacramento e instrumento de recapitulación universal. Germen y diseño. Tienda y paso. El Primogénito dice “Abbá, Padre”. Lo dice en medio de nosotros, desde nosotros, para nosotros, y nosotros aun en silencio de comunión y en aclamación jubilosa, a una voz lo decimos al Padre, por él, con Él y desde Él y para Él. Él decía “mi Padre” y decía también “vuestro Padre”. Pero ante nuestros ojos asombrados dijo: “Mi Padre, vuestro Padre” (Jn 20,17; Heb 2,11; Mt 12,48; Ps 22,23; Mt 23,10; Rom 8,29). “Padre nuestro”, pues, dice él con nosotros y nosotros con él. Pues desde este abismo irrastreable se podría descifrar el “pan nuestro”, pan de los hijos, en el hijo, y entonces pan de su Reino, en su iglesia, y así pan de toda la humanidad, de todo el universo y de toda la historia de la salvación en gracia sobre gracia, creación y nueva creación.

Pan del mañana

Las comidas del Señor de la casa hacen presente el banquete de la salvación anticipando la consumación. En este mundo hogar y al tiempo trinchera, mundo descifrado por el Señor, como la tierra de Epulón y Lázaro, mundo en la pelea de Caín, contra Caín, derribado y asesinado Abel, mundo del pan del “sudor” y de millones de hambrientos, su palabra del “pan nuestro” es el misterio de la mesa compartida, puesta en el último lugar para todos, en la cual los últimos son los primeros y los primeros también invitados a servir a todos. La nueva creación, escatología historizada, se abre paso entre los frentes. El “pan nuestro” es así aliento y diseño para la gran mesa del Reino, para N y S, para oriente y occidente, donde el Señor de la casa secará las lágrimas de todos los rostros.

- **“Pan del porvenir”**. “Maraná” (1Cor 16,22; 11,26; Ap 22,10). Señor ya nos has puesto la mesa y avanzas a ponerla en el corazón del mundo, ya vienes a terminarla de poner. “Danos el pan nuestro”. El pan que recibimos a través de sus manos, el pan que ahora pasamos a sus manos”, para que Él se entregue a sí mismo, en el pan y la copa, para todos los hijos pequeños: trabajan, con el Aliento del Mayor, pero a la caída de la tarde, pasará el pan a sus manos. Danos el pan nuestro, para que Él lo parta, como lo hizo en la tierra florecida y lo terminó de darlo en el cenáculo de la pascua gloriosa. Este pan que todo lo bendice, lo transfigura y lo sobrepasa. Pan del mañana, del gran mañana, el pan del último hogar en gloria.
- **“Pan de la vida”**. El Hijo amado, Hijo del Hombre, para poner la mesa del Reino en el abismo, para llamar todo a plenitud, se ha quedado a la cabecera de la mesa. En medio del desierto, camino de la tierra prometida, maná para vivir en medio del camino, de tienda en tienda, hasta que lleguen todos. “Pan de la vida”. Sin él no podemos tener vida, sin derramar sangre ajena. Más aun el pan, alimento que pasa a las entrañas, nos comparte el mismo aliento del Hijo entregado, para desvivirnos con él y todos tengan vida en abundancia. Danos el pan nuestro, para pasarlo a sus manos y él lo parte. “Mi cuerpo entregado por vosotros”. “Mi sangre derramada por vosotros”. “El pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51; Mc 14,24 p).

El Hijo levantado a la cabecera de la mesa, primogénito de la creación primera y última. Aliento vivificante. Rostro iluminado. Mesa más grande que el mundo. Pan que es Espíritu y vida (1Cor 15,45; 2Cor 3,17-18; Jn 19,30; 6,63; 6,55-56; 14,20; 15,4.7-13; 17,23; 1Jn 3,16. 24). Amanece la creación nueva para agraciar toda la humanidad y el universo, anticipo de los cielos nuevos y la tierra nueva, justicia que se consumará cuando él vuelva.

Pan del hoy

El pan nuestro dánosle hoy, el pan del porvenir, el pan de la vida. Pero cuando nos sentamos con Él a la mesa y le vemos partir el pan, nos sobresalta la alegría y el llanto. Estábamos esparcidos en los surcos del mundo como hijos del Reino, preparando el trigo y el pan, codo a codo con la cizaña envolvente. Al verle a él, con las manos abiertas y heridas y encendidas, con gran alegría, como gravitación irremediable de su amor, podemos sentir la necesidad de vender todo y dárselo a los pobres. El júbilo de su comunión, es agobiado por las heridas de su cuerpo misterioso en los hambrientos, en los enfermos, en los encarcelados, en los peregrinos. Dolor vivo en las entrañas. Y al soplo del fuego se aviva la pobreza del corazón y la compunción de las lágrimas y la dulzura de la misericordia entrañable. Deseo vivo de padecer por el Reino y su justicia. En la mesa el grito de la filiación, de la fraternidad y de la herencia se hacen inseparables de los gemidos de la esclavitud, el odio y el destierro.

- **Pan para sobre-vivir**, un trozo de pan y eso basta. En el Rostro del crucificado, Señor de la gloria, en lo escondido se ven las lágrimas de los hombres, cuerpo de nuestro cuerpo,

nuestras sus heridas. Y los hermanos se pueden quitar de la boca lo que les parecía necesario para vivir y lo pasan a las manos de los últimos que han llegado a ser sus propias entrañas. Las flores y los pájaros se convierten en parábola viva, en sugerencia para avanzar en la tierra nueva. No se puede servir a dos señores. El pan de hoy, por causa del Reino y su justicia, basta para caminar. Mañana habrá otro afán.

- **Mendigos de su misericordia.** La experiencia de la intemperie, y el tener que caminar con los hermanos, sin bolsa y sin bastón, sitúa a los discípulos en una pregunta sustantiva: ¿Qué van a comer mañana? Y al tiempo ¿Y ellos, con qué van a comer, los amigos importunos que llaman a la puerta? Pedid y se os dará. Como un padre se conmueve, así encontraremos sus entrañas. Y si hay que salir a los heridos del camino se puede pasar a Betania, a los pies del Señor en la casa. “Si vosotros que sois malos dais cosas buenas a vuestros hijos ¡Cuánto más vuestro Padre del cielo, dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!

“No temas pequeño rebaño”. El pan partido es llamada a juicio. No podemos decir “hemos comido y bebido contigo” y no partir el pan con el hambriento. El dueño de la casa se puede levantar y cerrar la puerta. ¡No deis a los perros lo que es santo! El Maranató va unido al anatema. Es necesario que Él “reine”. El pan nuestro, dánosle hoy es canto y grito después de aclamar la llegada de su Reino, santificado su nombre y revelación de su voluntad.

Pan de cada día

Cada mañana el Señor se levanta de la mesa, toma el cayado y avanza por sendas inéditas e irrastreables a poner la mesa más allá, a todos, desde los pequeños. Seguirle en andaduras distintas, en policromía de la gracia, en distinguir para unir, el “ya” y el “todavía no”, es sencillo para los que a él se allegan como niños, esperándolo todo y solo de él.

- En la mesa vemos que se vació. Siendo rico se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. Los hermanos, que se asombren de su vaciamiento y se dejen tomar de la mano por él, hasta podrán entregar lo que necesitan para vivir. El empobrecimiento de su gracia, posibilita ya la germinación de la comunión de bienes. Cada uno aporta según puede y recibe según necesita. Y esto, desde los que están lejos, cuyas vidas forman cuerpo con nosotros, comensales en el mismo altar.
- En la mesa vemos que se humilló. Tomó la forma de esclavo y se humilló a sí mismo. Nos liberó con su servidumbre. La mesa se convierte así en la fiesta del cambio de puestos y los que tienen cualquier primacía, dando saltos de alegría, se bajan al último lugar. Y así germina la comunidad de vida, por la que todos viven del latido de los más pequeños, los más necesarios, abandonando toda rivalidad y preeminencia. Un corazón y un alma en él.
- En la mesa vemos que se anonadó, entrando a la muerte de cruz. Cuerpo entregado, sangre derramada, que arrastra a la servidumbre con las marcas de la cruz. La fuerza en la debilidad, la nueva primavera en la nada del mundo. Germina la travesía de la misión compartida, llevando en el cuerpo las marcas de la cruz, desviviéndose para que todos encuentren la vida eterna, la comunión de la vida del Padre y del Hijo, en liturgia de alabanza.

La novedad de cada día, destello inédito de la absoluta novedad de la pascua, última plenitud, es una germinación de la gracia, parábola que hace todo nuevo. El arbusto de la mostaza, para pájaros en vuelo, la estera con el pan partido, luz humilde que destella. No primariamente un

“molde”, ni una “clave”, pero si la creación nueva, que se abre paso más allá de donde nosotros podemos sospechar y suplicar. La plenitud de la gracia sobre la gracia, aparecerá cada mañana como en el día primero, cuando él llega a la orilla, para recapitular todo en Él. ¡Es el Señor!

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 10/8/2003*

26. Perdona nuestras ofensas [1]

Palabra viva: Lc 15,1-2.11-32

En la oración, que nos entrega el Señor, comenzamos invocando al Padre nuestro. Después en tres aclamaciones aclamamos su nombre, su reino y su voluntad. Y por fin en tres peticiones pedimos el pan, el perdón y la fortaleza para el camino. Hemos acabado de pedir “el pan nuestro de cada día, dánosle hoy” (Mt 6,11; Lc 11,3). Hemos suplicado al Padre, al lado de su Hijo, en el aliento del Espíritu, que nos dé el pan para poner la mesa de su Reino, en el corazón del mundo. ¿Por qué ahora le pedimos el perdón? La oración de Jesús en la mesa pascual (Jn 17,1-26), que desentraña el Padre nuestro, nos aporta una sugerencia fundamental. Primero proclamamos su nombre. “Padre, glorifica a tu Hijo” (Jn 17,1). La gloria de su nombre aparece en el Reino de su Hijo (Jn 17,2-3), entregado por entero a su voluntad (Jn 17,4-5). Así entramos en la comunión de su filiación (Jn 17,6-8), de la fraternidad (Jn 17,9-11) y de su herencia, por la vida del mundo (Jn 17,12-18). Pero, ¿cómo vamos a poner la mesa del Reino en el corazón del mundo si no somos todos uno en su amor? (Jn 17,1-26). “Que todos sean uno para que el mundo crea que tú me has enviado y que les has amado a ellos como me has amado a mí” (Jn 17,21-b-23b). Esto se hará posible por su entrega, “yo por ellos me consagro”, “entregándome en rescate por los muchos” (Jn 17,19; Heb 2,11; Mc 10,4; 14,24; 1Cor 11,24; 1Tim 2,6). Parece como si todas las aclamaciones y las súplicas se concentraran en esta. El Señor acaba de subir al monte para poner la mesa, el hogar de la oración. “Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Mc 11,9). “El rey en nombre del Señor”. Llega el Reino. “Gloria en las alturas, paz en la tierra” (Lc 19,38; 2,14). Parece imposible. Acoged la fidelidad de Dios [pistis] (Mc 11,23). Acogedla con fidelidad, en vuestro corazón (Mc 11,12) aunque sea tan pequeña como el grano de mostaza (Cf. Mt 17,19; 13,37; Lc 17,6). Se os dará lo que pidáis para dejar pasar la mesa del Reino en el mundo. Y cuando os pongáis en pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que el Padre de los cielos os perdone vuestras ofensas (Mc 11,25; Mt 6,19s; 5,23s). “Tened paz entre vosotros” (Mc 9,50b), si es que deseáis poner un poco de sal, en la comida de la mesa común (Mc 9,49-50; Mt 5,13; Lc 14,34).

Vuestro Padre misericordioso

Cuando el Hijo amado del Padre, entregado como siervo para poner su mesa como Señor, comenzaba a caminar, vimos con nuestros ojos al Emmanuel Dios con nosotros, pues él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,21-23; Ps 130,8). El Altísimo, por su misericordia entrañable, nos lo entregó para el perdón de los pecados. Luz amaneciente desde la altura (Lc 1,77-78). El realizaba el anuncio de Juan, la conversión para acoger el perdón de los pecados, el evangelio del Reino (Mc 1,4.14). Al dar los primeros pasos en el camino, se desveló el último fondo de la historia humana, el pecado personal, comunitario y cósmico. Todos éramos esclavos, enemigos y desterrados. La mesa del Reino se pondrá en este abismo para la nueva creación.

- Ha aparecido la misericordia entrañable del Padre. “Hijo, tus pecados están perdonados” (Mc 2,5). En el fondo de las heridas del dolor se esconde el corazón cerrado, en la desobediencia y en la opresión. Pero se está inaugurando en la tierra el

reino de la gracia. “El Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados” (Mc 2,7; Mt 9,6; Is 53,4; 11,27; 28,18; Jn 3,16s; Ef 1,20-22; Dan 7,14). En el fondo del muro de división, que enfrenta y excluye se encuentra el pecado comunitario. El Hijo del amor, pone la mesa a los publicanos, los últimos pecadores, ambiciosos, despojados y excluidos. “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mc 2,15; Jn 3,16s; 1,14-18; 1Jn 4,9; Heb 11,17; Rom 8,31). En el fondo de las cadenas, que encadenan la historia y la meta historia, se esconde el pecado estructural y cósmico. La mesa entre las alambradas, para inaugurar el paraíso, en la mesa del amor sponsal (Mc 2,18-27). Un sencillo corro, en torno a él, comulgando en su comunión. “Vosotros mis hermanos” (Mc 3,35) en su voluntad (Mt 7,21).

- La mesa del Reino aparece ante los ojos de todos, en el monte y en el llano. Él a la cabecera, la gran muchedumbre en corro. A un lado suyo los desvalidos, al otro los discípulos. “Todos vosotros sois hermanos, uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23,8-9; 6,9). El Padre de todos, “el que hace salir el sol sobre malos y buenos, el que manda la lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5,45). Él reúne a su mesa a los malvados y a los buenos” (Mt 22,10). “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36) y llevad esta misericordia hasta la consumación de la fidelidad. “Sed consumados como vuestro Padre es consumado” (Mt 6,48). Pero el que así os ama en absoluta gracia, os entrega la fidelidad de su misericordia, por vuestras manos para poner la mesa de su reino, en el corazón del mundo. “Amad a vuestros enemigos y orar por los que os persiguen”. Si uno os da un golpe en una mejilla, ofreced la otra” (Mt 6,44-39). En esta mesa de la fidelidad de la misericordia, la mesa de la reconciliación y de la paz, el Señor hace un vivo encargo a los hermanos “vete a reconciliarte con tu hermano” (Mt 5,24).

El Señor de la misericordia entrañable

En la mesa del Padre, presidida por su Hijo aparecen sus entrañas de misericordia para acoger a todos los hombres, a todas las criaturas y a todos los siglos. Es la mesa del cambio de puestos, donde los últimos son levantados, junto a él para ser los primeros en servir a todos. En el mismo anuncio del Reino (Mc 1,14) proclama que él ha sido ungido y enviado para anunciar el evangelio a los pobres y poner a los encarcelados en libertad (en aphesein/en perdón) y anunciar el año de gracia del Señor (Lc 4,10). Los pobres no son buenos por ser pobres. Cerrados al amor, pisados y tirados a la orilla, corren el riesgo de ser los más pecadores de todos. Por eso los ama para pasarlos a su amor. “Bienaventurados los pobres” (Lc 6,20). “Bienaventurados los pobres en el espíritu, los pobres de corazón” (Mt 5,3; Sant 2,5; 1Cor 1,27; Is 57,15; 61,1; Ps 33,19). Cuando son llamados para ser discípulos se asombran. “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”. Pero el mismo Señor cuando es preguntado por el Bautista, si él es el Esperado, responde con las palabras proféticas de la nueva alianza.

- “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados” (Lc 7,22; Is 26,19; 29,18; 35,5-6; 42,1-8; 61,1). Este signo constitutivo de la misión recibida del Padre, es un motivo de gran escándalo. Sobre todo cuando el Hijo del Amor, Hijo del hombre, aparece como “amigo de publicanos y pecadores” para manifestar la justicia de la sabiduría del Padre en sus hijos” (Lc 7,34-35). Este amor tan desmedido, es el que conmueve a la pecadora, que llega a la casa del fariseo a besarles los pies. “Le han sido perdonados sus muchos pecados”. La gran señal es que ama mucho. Al acoger la fidelidad del Señor, con la entera fidelidad, ha entrado al camino de la paz (Lc 7,36-50).

- La mesa se ha puesto sobre la tierra, buscando a los más pobres de lejos. Pero esta mesa se abre a la travesía gloriosa de la cruz, en medio del reinado del príncipe de este mundo. Los discípulos vienen llenos de alegría. Pobres convertidos en mensajeros, que ven caer a Satanás desde el cielo. Pero el Hijo les revela el misterio y beneplácito del Padre. A los pequeños se les ha confiado la comunión en el Hijo (Lc 10,21-23). Es necesario acoger y ofrecer su misericordia a los tirados en el camino. Pero importa sobre todo orar a su lado (Lc 11,2-4). “Perdónanos nuestros pecados” (Lc 11,42). Deben suplicar incesantemente al Padre, que les dé el Espíritu, que abre la brecha del Reino. Solo si lo suplican y acogen, pondrán su tienda de campaña del Reino del mundo (Lc 12,31-32). Pequeño arbusto, pan sobre la estera (Lc 13,18-20). Mesa donde los últimos serán los primeros en servir (Lc 14,1-14). Las excusas pasarán por su corazón (Lc 14,34), corre peligro la sal (Lc 14,34).

Vete a reconciliarte con tu hermano

El secreto de toda la aventura de la mesa del Reino, depende de las entrañas compasivas del Señor. Los pobres, para despojarse y humillarse, tienen que ser alcanzados por su perdón, don y encargo. Es el milagro de la alegría suya, por nosotros. “Alegraos conmigo”.

- “Este acoge a pecadores y come con ellos” (Lc 15,2b). La palabra de pastor, tan amada por él, ayuda a comunicar el misterio. Le alcanzan las ovejas, a lo íntimo del corazón (Jn 10,11-18). Por eso su búsqueda infatigable. El Padre quiere que no se pierda ni uno solo de los pequeños (Mt 18,14; 25,40.45). Pero sobre todo es la alegría de la misericordia, el sobresalto de la alegría salvadora. El que un pecador se convierta alegre en extremo el corazón del Padre (Lc 15,7.10). Ya cuando los hijos se marchan de casa, o se quedan en ella, con el corazón divertido o endurecido, sale el Padre al encuentro. “Se le conmovieron las entrañas, y corriendo, lo abrazó y le cubrió de besos” (Lc 15,20). Sobreabismal la gracia: la túnica, el anillo y las sandalia, comunión más honda todavía en la filiación, la fraternidad y la herencia. Esta conmoción del corazón del Padre, sobresalta el corazón del publicano, llorando de alegría al verse perdonado (Lc 17,4-14; 15,10). Este sobresalto de alegría que arrastra a despojarse (Lc 16,1-8; 16,19-31 (Cf. 19,1-10) y a humillarse como siervos inútiles (Lc 12,7-12), mostrando el reino ya comenzado (17,20-25) y casi por todos rechazado. ¡No queremos que reine! (Lc 19,14).
- Los mismos apóstoles continúan pensando en el ajuste de cuentas. Para poner la mesa del Reino en el corazón del mundo, la iglesia signo y paso del reino por la vida del mundo, debe acoger y ofrecer el perdón. Más aun ser la fraternidad del perdón y de la reconciliación (Mt 18,1-2). Pero Pedro se acercó y le dijo: “Señor, cuántas veces tengo que perdonar a mis hermanos, ¿hasta siete veces?” (Mt 18,21). Todavía resuenan las palabras de la muerte de Abel a manos de Caín. De la venganza salvaje a la venganza legalizada. Pero se ha inaugurado el reino del perdón, la fidelidad de la misericordia. “El Señor se conmovió en sus entrañas” y le perdonó toda la deuda” (Mt 18,27). Se hace necesaria la tienda de campaña, donde se rompen las lanzas y se queman los escudos. Donde puedan todos aprender el camino de la reconciliación y la paz, las espadas convertidas en arados. El mundo necesita que los hermanos todos sean uno “¿no era necesario que tú también te compadecieras del que es siervo contigo?” (18,3b). Una necesidad (edei) que empalma con la necesidad (dei) de la entrega del Hijo en el madero (Mt 16,21; 17,12.22; 20,18; 26,2). El asombro de amor desvela al publicano como el mayor deudor de todos y el júbilo fortalece el corazón. Y se entregan los dos reales y se tira el manto y se rompe el frasco y se lavan los pies, como los últimos de los siervos. Nuestro perdón no es condición, ni medida del suyo. Son las manos abiertas de la incondicionalidad, la fraternidad del perdón y de la paz es sacramento e instrumento de

la salvación del mundo, sacramento universal de salvación. Es necesario pasar la compasión.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 17/8/2003*

27. Perdona nuestras ofensas [2]

Palabra viva: 2Corintios 5,14-6,2

El Hijo amado del Padre se abre camino para poner la mesa en el mundo, la mesa del Reino del Padre, perdón en la tierra (Mc 2,10). El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29), va bajando al abismo para prender fuego a la tierra (Jn 1,51; Lc 12,49s). Los discípulos están asombrados. Cuando le oyen decir con insistencia, que es una necesidad del corazón del Padre, entregarle a la muerte de los malhechores, para inaugurar de lleno el Reino, entregando la vida, en expiación, en rescate por todos (Mc 8,31; 9,31; 10,32.45). Acaba de entrar a Jerusalén, “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”. “¡Hosanna en las alturas!” (Mc 11,9). ¡El Rey manso y humilde! (Mt 21,51; 11,29s). El Padre mismo, en él, inaugura el Reino (Mc 2,17; 2,22). Los renteros de la viña, no quieren prestarle los racimos. El Hijo amado, el Heredero, arrojado y asesinado fuera de la viña (Mc 12,6.9; Heb 1,15; 13,12). Piedra desechada, convertida en cimiento del Hogar, mesa convertida en manantial, para la fiesta de las bodas del Hijo Primogénito (Mt 21,42; 22,1), que se sentará a la derecha del Padre (Mc 12,36) y se levantará hasta consumir su reino y entregarlo a sus manos (Mc 13,26). Es la hora de inaugurar el Reino, como grano de trigo, levantado para atraer a todos hacia él (Jn 12,23s; 12,31.33). Pero él insiste en suplicar a los hermanos, que acojan, compartan y ofrezcan su amor. Los hijos deben entrar al “camino de la justicia” (Mt 21,28-32). Pues el Hijo del hombre, abismado en la tierra, se ha incorporado a todos los desgraciados, que son sus propias heridas. Sus hermanos pequeños, han de ser acogidos, curados y levantados (Mt 25,31-46). Se necesita orar intensamente para convertirse a la misericordia suya, no sea que el Padre de la casa cierre la puerta (Lc 22,34-36; 12,35-48; 13,22-30). Pedid el ser perdonados (Mt 11,25). Todos grandes y pequeños, han de vestirse con el traje de bodas (Mt 22,2-24).

El perdón de la Mesa

Está llegando la Pascua. “Jesús sabiendo que llegó su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta la consumación” (Jn 13,1; 12,23; 17,1). “Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él. Y les dijo: “ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer” (Lc 22,14-15). Los dirigentes del pueblo, sacerdotes, terratenientes y letrados, ya han decidido entregarle a la muerte. Pero lo más inaudito es que sus hermanos tiemblan y preferirían abandonarle. Uno de ellos, Judas, le traicionó; otro, el mayor de todos, iba a negarle. Él está sentado a la cabecera, poniendo la mesa a sus mismos enemigos. ¿Qué hará? El gesto de la verdad de su perdón, será lavar los pies a Pedro y ofrecer el mejor trozo de pan a Judas (Mc 14,17.21; 14,26-3; Jn 13,2-16; 13,17-30). Pero este gesto de amor se lo encarga a ellos, para todos. Un mandamiento nuevo que os améis como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos (Jn 13,34-35). Es tan absolutamente nuevo, que Él les da antes lo que después les encarga.

- Estaban comiendo, tomó el pan, levantó los ojos al Padre, proclamando la bendición, al tiempo que extendió sus manos a ellos, haciendo de mesa: “Esto es mi cuerpo” (Mc 14, 22). “Mi cuerpo por vosotros” (1Cor 11,24b). “Mi cuerpo entregado por vosotros, haced esto en memoria de mí” (Lc 22,19). Él mismo se entrega a sí mismo en todo su ser, su cuerpo, su historia, sus raíces, su barro frágil, doliente para que ellos vivan y se aúnen y

se encaminen. Después tomó la copa de vino y dando gracias al Padre, se la dio a ellos “Esto es mi sangre de la alianza, derramada por los muchos” (Mc 14,24), “para el perdón de los pecados” (Mt 26,28) Cf. Mc 10,45; 14,24 (Ex 24,8; Jer 31,31-34; Is 53,11-12; Zac 9,11; Heb 9,12.14.20.22). Se entregaba así desde el abismo de su ser, el aliento abismal de su vida. En representación, en sustitución, en expiación. “Esta copa es la nueva alianza, en mi sangre derramada por vosotros” (Lc 22,20). Su sangre, aliento, sello y don de la nueva alianza (1Cor 11,25b; Heb 7,22; Rom 3,25; 2Cor 3,6).

- “Yo os entrego el Reino, como el Padre me lo entregó a mí” (Lc 22,29). Los apóstoles, representación del Señor, son al tiempo representación de la iglesia y del Reino. “Haced esto en memoria de mí” (1Cor 11,25b). Las manos de los apóstoles han de ofrecer la carne del Señor para la vida del mundo (Jn 6,51; Mc 11,24). Ellos y todos los hermanos en torno a la mesa pueden acoger el aliento y el latido de las entrañas del Señor (Jn 6, 56; 14,20; 15,4-7; 17,23; 1Jn 3,6.24). Y por ello el Señor les encarga el mismo gesto de su entrega. Si él está en medio de ellos como el que sirve a sus enemigos, también ellos habrán de lavarse los pies unos a otros (Lc 13,24; Jn 13,4-14). Si él entrega su cuerpo y su sangre a los que le traicionan, entonces, puede decirles “como el Padre me amó, así os he amado yo a vosotros. Permaneced en mi amor” (Jn 15,9). Nadie tiene mayor amor, que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13; Mc 10,45; Jn 10,11-15; 1Jn 3,16). La travesía de la tribulación, cobijada por el Señor, nos alienta para acoger y confirmar a los hermanos. En su fraternidad queda excluida la toma del poder, pues el Hijo amado, es el Siervo, contado entre los malhechores (Lc 22,37; Is 53,12), pastor herido y compasivo.

El perdón de la cruz

El gesto supremo de su perdón, nos lo entregó en el Calvario. Antes se volvió al Padre, después se volvió a nosotros. “Mi alma está triste hasta la muerte. Temor y angustia. El Padre le entregó por nosotros, lo va a poner en manos de sus hermanos, los asesinos pecadores. “Abbá, Padre. Todo es posible para ti, no lo que yo quiero, sino lo que tú” (Mc 14,34.36). El Padre le entregó para que nosotros pudiéramos entregarlo. Levantaron el madero “los poderosos” y los “pequeños” al tiempo. Era el día de la expiación (Lev 14). No éramos nosotros los que poníamos la víctima, era el Padre el que nos entregaba a su Hijo único para darnos todo con él (Rom 8,32). En la más densa noche oscura. “Dios mío, Dios mío, ¿porque me has abandonado?” (Mc 15,32-34; Ps 22,2). ¿Es que llama a Elías? ¿Es que pide venganza como el antiguo profeta? ¿Es que llega el día de la reconciliación? En todo caso la esponja con vinagre, golpe en el rostro (Mc 15,36; Ps 69,2). Mientras, él proclama la segunda parte del Salmo 22,23-31: ¡Son mis hermanos! Contaré tu fama a mis hermanos. Los pobres comerán hasta saciarse, vendrán de lejos, se levantarán las cenizas de la tumba. Padre, ahora tu Reino, tu justicia.

- Ha sido levantado entre los malhechores (Mc 15,27). Pero él, maldecido por todos, extiende a todos sus brazos para acogerlos, mientras levanta el rostro al Padre. “Padre, perdónalos porque nos saben lo que hacen” (Lc 22,23). La fidelidad de tu misericordia es irrastreable a los ojos. Carga sobre mí las culpas (Is 53,12; Mt 5,44; Act 3,17; 1Cor 2, 7-8). También los malhechores le rechazaban. ¿Cómo se puede realizar la justicia del Reino solo con la gracia? Pero uno de ellos ha sido alcanzado por esta absoluta gracia de la nueva creación. “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino. Y le dijo: hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23,42). Vuelto al Padre, para abrirle a todos la entrada, “Padre, a tus manos encomiendo mi Espíritu” (Lc 23,46).

- Padre, en verdad, tengo sed del encargo que me diste (Jn 19,28). El encargo de ser levantado en el madero, para que apareciera en tu rostro la claridad de tu gloria y pasase a toda la humanidad y el universo la vida eterna. Que te conozcan en mi rostro, que te amen en mis entrañas (Jn 17,1-3). Yo por ellos me consagro, para que sean consagrados en la fidelidad, la consumación de tu amor (Jn 17,19; Heb 2,11). Los hermanos le respondieron con la esponja de vinagre. Y él consume su amor, en la acogida y entrega desmedida. “Está consumado” (Jn 19,30a; 4,34; Lc 12,50p). E inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn 19,30b). El soldado le traspasó el costado. Y al instante salió sangre y agua” (Jn 19,34; 1Jn 5,6). En verdad Él es el cordero pascual, perdón de todos los pecados del mundo (Jn 19,36; Ex 12,40.46). El Unigénito traspasado ha aparecido como el Primogénito (Jn 9,37; Zac 12,10).

Es el día de la Expiación. El Padre le entregó. Él mismo se entregó a sí mismo. Entonces, pudimos entregarlo. Así todos nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo. Le hizo pecado por nosotros, para que nosotros entráramos a la comunión de su Hijo. Ahora es el día de la gracia. Por Cristo os suplicamos, “dejaos reconciliar con Dios” (2Cor 5,14-6,2; Rom 8,32; 3,24-25; 5,11).

El perdón de la Mesa

“Cristo murió por nuestros pecado, según las Escrituras, fue sepultado y fue levantado (resucitó) al tercer día según las Escrituras” (1Cor 15,3). El día de la Expiación es toda la travesía pascual. “Si Cristo no ha resucitado... estáis todavía en vuestros pecados” (1Cor 15,17). El “Reino de Dios”, el “Cuerpo del Señor”, sus despojos, han pasado al corazón de la tierra (Mc 15,43s). Sus heridas abiertas, su corazón traspasado, entrañaron a toda la humanidad y a todo el universo, en su gracia desgraciada, en sus pecados, en el pecado. Pero el Padre, bajó al abismo a alentarle su mismo aliento (1Cor 15,45), el Primogénito de la nueva creación (1Cor 15,20; 15,23-28; Col 1,18; Act 3,15; 26,23).

- En el abismo el Padre le alentó, le encumbró, le exaltó, le constituyó a la cabeza de la humanidad y del universo. “¿Buscáis a Jesús, el Nazareno, el Crucificado? ¡Ha sido resucitado! Mirad aquí el sitio. Pero avanza delante de vosotros a los confines de la noche (Mc 16,5-7). Le habían traicionado y abandonado. Ahora la fidelidad de su gracia, en la victoria suya entera. Más aun ahora os confío el encargo: Id al mundo entero. Evangelio a toda la creación. Poned sobre la mesa el manantial del agua y de la sangre. Todo el que se deje acoger en mis entrañas entrará a la redención, la reconciliación, la nueva creación, el paraíso inaugurado (Mc 16,14-18; Mt 28,18-20).
- Cerradas las puertas, entra y pasa a la cabecera de la mesa. “Paz a vosotros. Y les mostró las manos y el costado” (Jn 20,19-20). Él es el perdón mismo, él es la paz. Por la herida de su costado entramos al Padre, y al entrar, nos entrañamos unos a otros (Ef 2,13-21). Pero es necesario entregar el perdón de la paz al mundo. “Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros” (Jn 20,21; 3,16-18; 1,14.16.18; 1Jn 4,9; Heb 11,17; Rom 8,32). Y les alentó el Espíritu santo (Jn 20,22; Gen 2,7; Ez 37,9; 1Cor 15,45.48; Rom 8,29; 2Cor 3,17-18). La paz del perdón es toda la redención y la reconciliación, el Reino, la justicia, la paz y gozo en el Espíritu Santo. Proclamad en su nombre (el Hijo del Hombre entregado y levantado) la conversión para acoger el perdón de los pecados (Lc 24,47; Mc 16,15; Act 2,33; 3,1; 17,30).
- Pero el don del perdón es un don y al tiempo un encargo. “A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a los que se los retengáis les quedan retenidos” (Jn

20,23; Mt 16,19; 18,18). Antes de presentar la ofrenda, vete a reconciliarte con tu hermano (Mt 8,24). Antes de compartir el pan y la copa, daros el abrazo de la paz, el ósculo santo (1Cor 16,20p). Que cada uno se examine ante el Señor. Pues el que come y bebe, sin darse cuenta del “cuerpo”, come y bebe su propia condenación” (1Cor 11,28-29). Por eso son inseparables los dos proclamaciones: “Si alguno no ama al Señor sea anatema. Maranata” (1Cor 16,22). “La gracia del Señor sea con vosotros”.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 24/8/2003*

28. Perdona muestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden [3]

Palabra viva: Mateo 18,21-35

La historia humana es una lucha entre hermanos que se odian. El Padre al crear la humanidad y el universo, por mano de su Hijo, en el aliento del Espíritu, la creó como familia, en hogar común y senda compartida. La desobediencia, condujo al asesinato (Gen 3,1-19; 4,1-15). No sospechábamos el gesto extremo de las entrañas del Padre: entregar a su Hijo, como Isaac, para que pudiéramos entregarle y asesinarle como a Abel, y así acogernos a todos y a todo en sus entrañas, en perdón inaudito, que era redención, reconciliación, nueva creación. La alianza nueva sellada en la sangre del Hijo entregado como siervo sería en verdad el día de la expiación, el día de la Gracia, gracia sobre gracia. En este día, ya no pondríamos nosotros sangre sobre el altar (Lev 16,1-34), sino que la pondría el Padre mismo, entregando al Hijo de sus entrañas, víctima de expiación de nuestros pecados (Rom 3,21-26; Lev 16,3-15; Ps 130,7; 1Jn 3,2; Heb 9,5; 1Cor 1,30; 11,25; Col 1,14; Ef 1,7;14) “El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a regalar en gracia todo con Él? (Rom 8,32; Gen 22,16; Jn 3,16; 1Jn 4,9; Heb 11,17). “Él es la expiación de nuestros pecados, y no solo los nuestros sino los del mundo entero” (1Jn 2,2; Heb 2,17; Rom 8,31; Jn 11,51; 2Cor 5,19). “Acerquémonos pues confiadamente al Trono de la gracia” (Heb 4,16). Las manos del Padre que entregan al Hijo y las manos del Hijo, entregado al Padre por nosotros, es en verdad toda la gracia, todo el perdón. El Padre está sosteniendo los brazos del Hijo en la cruz, para acogernos a todos (Mc 14,35-36; 15,33-39). El Padre entrega y atestigua su amor a nosotros, cuando siendo nosotros pecadores, su Hijo murió por nosotros. “Hemos sido justificados ahora en su sangre, hemos sido reconciliados con él por la muerte de su Hijo (Rom 5,6.10p). Al ser puesto por el Padre en nuestras manos, Él mismo se entregó a sí mismo, como víctima de expiación. Él mismo, sostenido por las manos del Padre, entrega su sangre en el propiciatorio, todo el perdón, sin condiciones y sin medida (Lc 24,34-46; Jn 19,18-30; 1Ped 2,21-25; 3,18). Él es el mediador de la nueva alianza en su sangre (Heb 9,11-15a.20; 10,9). Su sangre habla mejor que la de Abel, pues suplica y ofrece el perdón de la absoluta gracia, para la entera novedad, de la última plenitud (Heb 12,14; 13,12. 20).

El don del perdón

La hondura del “Padre nuestro” se desvela en la unidad de su misterio, desde el Hijo entregado y levantado por nosotros, en el aliento del Espíritu Santo. Esta segunda parte, que estamos rastreando, empalma íntimamente con la primera. En este Hijo ha sido santificado su nombre, inaugurado su reino, revelado el beneplácito de su voluntad. Este Hijo, es el que nos parte el “pan” a la cabecera de la mesa en la fracción del pan, en los caminos y en la pascua. Nos entrega toda la fidelidad de la misericordia del Padre, su perdón, su redención, su reconciliación, su nueva creación. Conviene repetirlo como estribillo del cántico nuevo.

- En los caminos aparece en el puesto del Padre, acogiendo a todos los hijos perdidos, pues perdidos, pecadores y pobres somos todos. Pero para acoger y perdonar a todos, baja a abrazar a los últimos (Lc 13,32; Mt 10,18; 12,14p). “Se le conmovieron las entrañas y corriendo se echó a su cuello y le cubrió de besos” (Lc 15,20b). Por la fidelidad de su misericordia entrañable, se mantenía a pie firme a la espera, extendidos los brazos, desgarrado el corazón. Al hijo perdido que se fue y al que se quedó en casa. Pero empezó a acoger al último. “Tú siempre estabas conmigo”. “Tu hermano estaba muerto y perdido” (Lc 15,31). Mesa grande, fiesta en júbilo. La túnica, el anillo, y las sandalias. En el corazón del Padre, sucede el misterio de reconciliación, la comunión, en la filiación, la fraternidad, la herencia. La gran mesa de la multiplicación de los panes, ofrece el pan, que se desentrañaba en perdón, en paz, entrada al corazón de los hermanos y del hogar, desde la entrada al corazón del Padre (Lc 7,41-43; Mt 11,28-31; Lc 15,4-7; 3,10; 11,32; Mt 20,1-15; Lc 18,9-14).
- En la Pascua aparece en el puesto del Padre, acogiendo a los hijos perdidos y pobres y pecadores. Cuando se descifran las parábolas de la misericordia, en el marco y el proceso histórico, parece que tanto los dirigentes como las gentes del país se pusieron de acuerdo para enclavarlo en el madero. Vista desde el calvario la parábola de los dos hijos perdidos, parece como si uno y otro, llegados al hogar, no aceptaran la mesa que el Padre les ofreció y los dos a una le clavarán el cuchillo en el corazón, traspasando al Unigénito, que estaba entre ellos como primogénito. En la brecha del odio y de la sangre por medio, fijos los pies, extendidos los brazos, traspasado el corazón. Estaban mirando al que habían traspasado (Jn 19,28-37). El Padre está en el Hijo, levantado como maldito en el madero, reconciliando al mundo consigo, no contando sus culpas, sino poniéndolas todas sobre el Hijo de sus entrañas, para que muriera la muerte de los criminales, muerte de cruz (2Cor 5,18-6,2). En Él, el día de la gracia, en Él la nueva creación (6,2; 5,17).

Ahora a la cabecera de la mesa, en la noche en que fue entregado, está entregando su cuerpo por nosotros. La copa, nueva alianza en su sangre (1Cor 11,23-26 p), “por el perdón de los pecados” (Mt 26,28; Is 53,12). El perdón que suplicamos es el don de la nueva alianza que inaugura una nueva creación (Is 43; Gal 6,15; 2Cor 5,17; Rom 5,12-21; Ef 2,15; 4,5-13). Es la gran aclamación de los himnos del NT. Fragmentos en gran parte de la liturgia eucarística (Apoc 1,5; 5,9-10; 19,9; 1Ped 1,2; 2,20.25; 3,18; Fil 2,6-11; Col 1,13-14.20.22; 3,14.22; 2,13-15; Ef 1,7.14; 2,14-18; 1Tim 2,6; Tit 2,14). “Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros”. Tú solo el Altísimo en la gloria del Padre, en el aliento del Espíritu”. “Danos la paz”.

El encargo del perdón

El perdón es un don, pero al tiempo un encargo. Todo el don del Hijo, el nombre, el reino, la voluntad, el pan, se ha desentrañado por entero en el perdón, la consumación plena de la fidelidad de su misericordia. “Perdona nuestras deudas como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores” (Mt 6,12). “Perdónanos nuestros pecados, pues también nosotros perdonamos a todo el que nos debe” (Lc 11,4). Pero el Señor insiste como en ninguna otra ocasión. “Pues si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco os perdonará vuestro Padre del cielo” (Mt 6,14; Mc 11,25s). Se trata de un encargo incondicional, apremiante, decisorio. Tan grande es el don. “Como el Señor os dio en gracia (os perdonó), así también daos en gracia” (Col 3,13c).

- El asombro ante la deuda de amor. La deuda se desvela desde la misericordia entrañable del Padre aparecido en el corazón traspasado del Hijo. Él ha proclamado el año de gracia en la sinagoga (Cf. Lc 4,18-21). El fariseo Simón le invita a comer, para espiarle, pero la

mujer perdida se ha estremecido en su corazón. Le han sido perdonados sus pecados. Su gesto de amor al Señor, es el inaudito agradecimiento por el perdón de su deuda (Lc 6,47-49). Ha entrado así a la senda de la “paz” (Lc 7,50; 1,77-79). El publicano, atrás, se ha estremecido por el perdón que el Señor le ofrece (Ps 103,8-13; 130,7-8). “¡Oh Dios, compadécete de mí que soy un pecador!” (Lc 18,13). El sobresalto de alegría, le provoca las lágrimas y suplica acoger lo que el Señor, como Padre, le regala. Es entonces cuando se descubren de lleno las “deudas”, de amor, fidelidad de la misericordia, justicia, paz y gozo. Y no solo se devuelve lo robado (Lc 19,9-10), sino que con el corazón desgarrado bajo la cruz del perdón, la gente sencilla se dispone a compartir la senda del Hijo entregado que inaugura la justicia del paraíso (Lc 23,47). Comunidad de amor, senda martirial del amanecer (Act 3,36-37).

- El encargo es una oferta de la misericordia a nuestro corazón cerrado. La culpa es personal, comunitaria y cósmica. La nueva creación de la gracia por la vida del mundo, llama a acoger el perdón con manos estremecidas, abiertas de par en par, pues la gracia y la paz son personales, comunitarias y cósmicas. Pedro pregunta por calcular el perdón, como desde Caín se calculaba la venganza. Se trata de medidas y plazos. El Hijo en el madero, escupido el rostro, vertida su sangre, cuenta el amor del Padre a los hermanos. Saltaron de alegría los huesos. Es necesario pasar el perdón, perdonar toda la deuda a todos. Abunda ahora más la misericordia, es el Señor de entrañas compasivas (Mt 18,27). Conmovido el Señor por aquel siervo, le perdonó todo lo que debía. Pero si cierra la mano, se queda sin el agua del manantial, de su corazón, se pierde ya ahora en la noche. Si “era necesario” la entrega del Hijo a la muerte (Mt 16,21p), por eso “era necesario” (Mt 18,33) que el siervo se compadeciera de su hermano (Lc 24,21.27). En su nombre, el perdón de los pecados a todos los pueblos” (Mc 16,15; Lc 24, 47; 5,31; 2,38; 17,30).

Ahora se entiende en toda su profundidad: “Perdónanos como hemos perdonado. El “como” no es un presupuesto y una “medida”, que nosotros hemos de aportar para ser perdonados. La sangre del Hijo es perdón “irrevocable”, “incondicional”. La palabra “hemos perdonado” (aphékamen) es un perfecto de coincidencia. Ahora mismo abrimos las manos, Padre, para acoger y ofrecer el perdón, de las ofensas y de las culpas, a todo, a cada uno, en cada instante (Lc 11,4).

Lo que insiste el perdón

En la cena pascual, el Señor dijo a los discípulos: “Os entrego el Reino, como el Padre me lo entregó a mí” (Lc 22,29). En la mesa pascual, anticipo de la parusía, ellos deberían entregar el pan y la copa, el perdón de la nueva alianza, para la nueva creación. “Haced esto en memoria de mí” (Lc 22,19). Pues, cuantas veces coméis este pan y bebéis esta copa, proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva” (1Cor 11,26. Perdón es la palabra de sus labios, perdón es el abrazo contra su corazón, en el manantial del agua, perdón consumado es el abrazo abismal del pan y de la copa (Jn 6,51; Mc 14,24; Jn 6, 56.75; Lc 24,26.47; Mt 15,16; Mt 28,19-20). Pero este don es al tiempo un encargo. Los apóstoles, representación del Señor, deben ofrecer el perdón y marcar la necesidad de la acogida y la oferta de la paz (Jn 20,19-21). Se inaugura la nueva creación, la nueva humanidad, gracia sobre gracia, a la libertad en la encrucijada. “A los que les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a los que les retengáis les quedan retenidos” (Jn 20,13; Mt 16,19; 18,18). ¡Cuánto insiste la fidelidad de su misericordia!

- Es sencillo acogerlo, muy sencillo. En medio de la encrucijada en que no se puede servir a dos señores (Mt 6,24; 12,22-30), la fraternidad en torno a la Mesa son una familia de hijos pequeños en el Hijo mayor. “Pedid y se os dará” (Lc 11,9-13; Mt 7,7-11). Tal vez no

tengamos pan para ofrecer en nuestra mesa, pero podamos suplicarlo. Suplicar al Espíritu con gemidos inenarrables: Abbá, Maranató, Amen, Aleluya (Lc 11,13; Rom 8,15.26). Las cosas buenas a pedir (tà agatha) son el don de la paz para ofrecerla (Mt 7,11; Rom 10,5; Is 52,7). El hacerse pequeños con el Hijo amado, nos hará experimentar que entre sus manos, se hace posible lo imposible (Lc 1,37; Mc 14,36; 10,38).

- La fraternidad en torno a la Mesa se asombra de que el Señor está en medio de ellos. “Yo estoy en medio de ellos” (Mt 18,20b; 1,23.21; Ps 136,8; 28,20). El Hijo, único Hermano mayor, acoge con mano blanda a los pequeños y con mano firme a los grandes. Que no tropiece ninguno de los pequeños (Mt 18,6.14), pero que no se pierda ninguno de los fuertes. Si un padre no corrige a sus hijos, es que no son suyos. La corrección fraterna es un milagro de la gracia del Señor. Camino de delicadeza y cercanía. Palabra al corazón. Dos o tres para empezar la fidelidad, y si hay que negar el puesto en la mesa, es la verdad de la fidelidad, ablandada por el dolor de amor, para un nuevo encuentro de gracia.

La insistencia del perdón, no arranca sin embargo nuestra libertad. La posibilita, la fortalece, la autentifica. Es posible la apostasía inconsciente, camuflada y hasta defendida. Pero el Señor espera, su paciencia es misericordia. Aunque echemos las perlas a los cerdos (Mt 7,6; 2Ped 2,22; Heb 6,4-6; 10,26.31; 12,17). Pero seremos examinados de amor a la caída de la tarde. El examen del perdón en la fraternidad (Mt 18,33-35), está estrechamente unido al examen de la acogida de los pequeños (Mt 25,31-46). Tan inseparablemente están unidos (Cf. Jn 17,20-26). El anatema está sobrepasado por el Maranató (1Cor 16,21). En el abrazo del amor santo germina milagrosamente el don, que antes se nos da (Jn 15,1-16.33).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 31/8/2003*

29. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal [1]

Palabra viva: Mateo 10,16-42

La súplica del pan y del perdón convoca a los hermanos, a la senda de la persecución y de la tribulación. Padre, danos el pan, para poner la mesa de tu reino en el corazón del mundo. El evangelio de Juan nos ha contado hasta qué punto la multiplicación de los panes y los peces, disgustó a todos. Desde luego ya el corro de hermanos, para comer unos granos de las espigas, inquietó a los letrados, portavoces del grupo dirigente (Mc 2,24p). Cuanto más la gran mesa sobre la tierra florecida, tropezó con el ataque del poder constituido (Mc 7,1), hasta el punto de pedir al Maestro que legitimara su gesto con un signo del cielo (Mc 8,11-13). Pero también el pueblo sencillo aspiraba al contragolpe de la liberación armada y proyectaron tomarlo por la fuerza, para hacerlo rey (Jn 6,16). Pero también los discípulos se escandalizaron. El pan partido era un don, que invitaba a no solo repartir, sino compartir y hasta compartirse. Era su carne para la vida del mundo (Jn 6,51). A los discípulos les resultó duro el gesto y muchos se volvieron atrás y no andaban con él (Jn 6,64-66). Sería ya entonces, cuando uno de los suyos, haciendo de “diablo”, pensó en darle muerte (Jn 6,70). El paso siguiente después de la crisis de Galilea, cuando el Señor avanzaba a poner la mesa, en la humillación y en la inmolación, perdón de reconciliación, tropezó con el escándalo de Pedro mismo: “apártate de mí, Satanás, porque tú piensas como los hombres, sino como Dios” (Mc 8,33). Avanzaba para poner la mesa como último siervo y precio de rescate, era abrir una brecha, que les sorprendía en el abismo. ¿Acaso no es el mundo una selva, donde gana el fuerte? Y los hombres, para sobrevivir, ¿no necesitan entrar a la guerra? Amad a vuestros enemigos, para hacer el corro de los hijos del Altísimo, que es bueno con los desagradecidos y los malvados (Lc 6,35). Dejar pasar al lugar primero al maldito

que no tiene trabajo el día entero provoca la protesta de los ojos malvados (Mt 20,16). Y más aún les llamaba a perdonar sin medida la pequeña deuda del hermano (Mt 18,32s). El camino se les hacía difícil. Era de noche. El mundo amurallado y encadenado. Ellos en conflicto entre la seducción y la persecución. Entraron en la “tentación”.

Tentado como nosotros

Pero el Hijo del amor, no se avergonzó de llamarnos hermanos. Incesantemente oraba al Padre. “Aquí estoy con los hijos que me diste” (Heb 2,11b.13b). Pero el Padre, quería que se asemejara en todo a nosotros para que expresara la fidelidad de la misericordia. Así comulgó en la misma carne y sangre para destruir al que tenía poder sobre la muerte, al diablo, pues por miedo a la muerte sus hermanos pasaban la vida como esclavos vencidos por el miedo (Heb 5,14-17; 4,14; Rom 8,3; 1Cor 15,35). Efectivamente la familia de hermanos y el hogar común de la creación primera se había desfigurado. Ante la llamada al camino de la vida, en la encrucijada, los hombres se entregaron a la “figura” de divinización, cerrado el corazón a la desobediencia, mancharon las manos de sangre con el asesinato y la tierra pasó a ser principado del Maligno. Por un hombre, entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte (Rom 5,12 [Gen 2,17; 3,21; 4,1-16; 11,1-9]). La tentación en la encrucijada de los dos hogares, de los dos reinos. O el Padre de la misericordia, o el otro padre, el diablo, “asesino desde el principio” (Jn 8,41; 1Jn 3,8.10.15).

- Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti mi complacencia” (Mc 1,4; Gen 22,2; Is 42,7; Ps 2,7). “Al instante el Espíritu le arroja al desierto para ser tentado por satanás” (Mc 1,12-13; Lc 4,1-13; Mt 4,1-11). Entregado a nosotros, desde nuestra orilla, se vuelve al Padre, poniendo sus manos abiertas entre las suyas. Pero le alcanza la tentación del hombre primero, la desobediencia, para hacer el propio proyecto de su camino. “Lleno del Espíritu Santo”, “guiado en el Espíritu” (Lc 4,1). Los momentos de la tentación son los mismos nuestros: apuña tu pan (Lc 4,3; Deut 8,3). Y si es poco, apuña el poder de este mundo que es mío (Lc 4,5-8; Deut 6,13; 10,20). “Todos los reinos” de la ekumene, la potestad que los hombres me dieron. El Dragón a la Bestia, la Bestia a sus sellados (Dan 7,24; Apoc 13,24; 17,3-13; 2Tes 2,8). Y si esto fuera poco apuña la mano misma de Dios desde su templo (Lc 3,5.10-11; Ps 91,11-12; Deut 6,10). “Consumada toda la tentación hasta el instante” (4,13).
- “Ha llegado el Reino de Dios” (Mc 1,15). “El Espíritu del Señor me ha ungido para dar el Evangelio a los pobres y proclamar el Año de gracia del Señor” (Lc 4,18). Llama a los pobres para que le ayuden a poner la mesa y camina buscando a los más heridos, para preparar el corro y abrir el camino de la nueva creación, el reinado del perdón, la fidelidad de la misericordia (Mc 2,7.17.19.28). Inmediatamente la encrucijada de los dos reinos: el hogar del Belzebú y el hogar del Padre. Dos reinos, dos reinados, dos andaduras. En absoluta disyuntiva. El Hijo con el Aliento es la mano del Padre, su dedo que abre la brecha (Mt 12,28). O conmigo o contra mí” (Mt 12,30); Mc 9,40). Una sencilla fraternidad (Mc 3,31). A ella se le entrega el Reino que es sementera en el surco. En la tierra amurallada y alambrada, en medio de los hombres, que deciden desde su corazón (Mc 7,21.23p). Pan para la mesa, estera sobre la tierra, árbol que cobija, luz que alumbraba. Senda de las “bienaventuranzas”, huellas de sus pies, andadura “que termina en la persecución por la justicia”. “Dichosos cuando os insulten y os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, por mi causa” (Mt 5,11). Es necesario orar. “No nos dejes caer en la tentación y líbranos del Maligno” (Mt 6,13).

En la encrucijada de su senda

Jesús recorría los pueblos y aldeas, proclamaba el Evangelio del Reino y curaba las heridas y dolencias. Y al ver a la muchedumbre, se le conmovieron las entrañas porque les vio despojados y abatidos como ovejas sin pastor (Mc 9,35-36). Entonces llama a “los doce” les dio potestad sobre los espíritus inmundos, para que los arrojaran y curaran toda enfermedad y dolencia (Mt 10,1). “Poneos en camino, proclamad que se ha acercado el Reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis” (Mt 10,7-8). Se trata de la misión de la paz, en un mundo en guerra. En el reguero de la sangre poner la mesa de la gratuidad, en la ultimidad, para la universalidad. Se trata de una brecha en el muro. Hay que romper de frente con el tener y el poder. No hay que llevar alforja, ni cayado. Ni sandalias tampoco, hay que llevar pies descalzos, para rastrear sus huellas (Mt 10,9-10p).

- La brecha, que se abre en el muro era insospechada. Manos vacías y abiertas para curar las heridas de los últimos en la basura del mundo. Este era el signo (Lc 7,18-22). Pero el añadido, “dichoso el que no se escandalice de mí” (Lc 7,23p). En fraternidad apostólica se hicieron a los caminos y regresaron llenos de alegría. “Señor, hasta los demonios se nos sometían en tu nombre”. “Yo veía a Satanás caer del cielo, como un rayo”. “Os he dado poder” sobre todo el poder del enemigo (Lc 10,18-19; Gen 3,1; Is 14,12; Ps 91,13; Mc 16,18; Lc 12,31; Apoc 12,8c; Rom 16,20). Para hacer camino en esta brecha, sin embargo, es que el Padre les ofrece las manos de su Hijo (Lc 10,21-23) para que entren a la humildad y la mansedumbre de su corazón (Mt 11,28). Este Hijo, siervo de los desvalidos, victoria de la justicia (Mt 12,18-21) y ha de ser arrojado al seno de la tierra (Mt 12,40). Si van tras él, serán odiados y perseguidos por todos. “Seréis odiados por todos a causa de mi nombre” (Mt 10,12). Y os llamarán Belcebú como a mí, pues sois mis hermanos en la casa” (Mt 10,25).
- Poner la mesa del Reino, en el corazón del mundo, para que aparezca la mesa del Padre para todos, en el banquete de las bodas de su Hijo. Mesa del cambio de puestos, mesa de la redención y de la reconciliación, llevará a los hermanos hacia la última tentación del Hijo. Los viñadores asesinaron al Hijo amado, al heredero. Le arrojaron fuera de la cerca, piedra desechada, roca y manantial presidida por el Primogénito (Mc 12,1-11.13-17). El Príncipe de este mundo, presente en las potestades históricas, le cerraran el camino y así se sembrará su Reino, trigo entre cizaña, hasta el día de la Parusía, anticipada ya en la Pascua. Viene el maligno, el Diablo, que siembra la cizaña. Entrelazados los granos. Acoso del mundo y tentación en el corazón. El Padre respeta esta historia, entretejida, hasta que venga el Hijo del hombre, al juicio de amor (Mt 7,23; 13,31-43; 20,21; 25,31-36; 1Jn 3,6). Es sencillo permanecer en las huellas del Hijo, en un sobresalto de alegría (Mt 13,44-46), pero también es posible la apostasía. La persecución y la seducción serán poderosas, antes de la venida del Hijo del hombre (Mc 13,5-36). Se hace necesario orar (Lc 21,36; 18,1-7; Mc 13,33; Mt 26,41p).

Orad sin cesar

En el mismo surco el trigo y la cizaña. Y el Señor insiste: “No se puede servir a dos señores”. “No podéis servir a Dios y a Mamona” (Mt 6,24). El rompimiento es decisivo. No hay sí y no. Solo sí, sí o no, no. Lo que se añada algo a esto ya nos hemos pasado al Maligno (Mt 5,37). El Hijo es el “sí”, al que únicamente se le puede responder “Amén” (2Cor 1,17). Ab-soluta ruptura y al tiempo, íntimo enraizamiento. La Mesa, entre el muro, el corazón abierto, entre los latidos que le acosan a cerrarse. No es posible entreabrir las manos al Padre y a los hermanos. Ya están cerradas, ya hay sangre vertida, ya germina la muerte. Ha terminado el cálculo de la compensación. No resistiréis al malvado. Ofreced la otra mejilla, solo así germina la gracia, victoria de la nueva creación.

- Entonces hay que disponerse al acoso del Maligno y de la “carne”, en el “mundo”. Primero seremos seducidos: “las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias” (Mc 4,18). Del mundo viene “la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas” (1Jn 2,16). Pero también del corazón del hombre salen las intenciones malas: fornicación, robos, asesinatos, envidia, insensatez” (Mt 7,21). Pero si la tentación de la seducción no nos domina, sobreviene la tribulación de la persecución. Se hace presente Satanás con la tribulación y la persecución por causa de la palabra. Ya al comienzo del camino somos tentados, pero al avanzar todavía más. Arrojados de casa, del pueblo, de la sinagoga. Perseguidos de una ciudad a otra. Odiados por todos (Mt 10,16.25). Y al unirnos a la última andadura del camino, perseguidos aún más (Lc 21,12-18; Mc 13,5-23). Así se abrirá paso el evangelio a los confines de la tierra y así vendrá el fin (Mt 24,14).
- No estamos solos en esta travesía. Está el Hijo, tentado como nosotros menos en el pecado. Precisamente por no haber cerrado jamás las manos, puede acoger nuestro temblor y nuestra tribulación. Él ora en nosotros y por nosotros (Jn 17,11.15). No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno. Él se entrega por la vida del mundo y en su misma entrega nos entregamos nosotros (Jn 6,51.56-57). Pero él nos suplica que nos asociemos a su petición, con todo corazón. “Padre, no nos dejes caer en la tentación” (Lc 11,2a-4b). “No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal, del Maligno” (Mt 6,13). Con insistencia, con infinita confianza (Mt 7,7-11). “Es preciso orar siempre sin desfallecer” (Lc 18,1). El Señor viene, pero al respetar nuestra libertad, estamos cada día expuestos a la apostasía. “¿Cuando venga el Hijo del hombre, encontrará fe en la tierra?” (Lc 18,8).

“Estad atentos y vigilad”. “No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos” (Mc 14,33). “Estad en vela, pues, orando en todo tiempo, para que tengáis fuerza y podáis manteneros en pie delante del Hijo del hombre” (Lc 21,36). “Orad sin interrupción” (1Tes 5,17; Rom 12,12; Ef 6,18; Col 4,2).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 7/9/2003*

30. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal [2]

Palabra viva: Juan 17,1-19

El Señor avanza a poner sobre el monte la mesa del Reino del Padre en compañía de un puñado de hermanos. “Hosanna, Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel” (Jn 12,12; 1,49; 6,15; 18,33.38). La resistencia a su camino, por parte de todos expresa bien que la parábola de los viñadores asesinos, está a punto de consumarse (Mc 12,1-12). Hasta los mismos discípulos tienen cegados los ojos, por los intereses de este mundo (Jn 12,3-8). Por eso cuando se van a abrir las sendas hacia los confines, él les confía un secreto irrastreable. Es el momento en que el Hijo del hombre va a ser arrojado al corazón de la tierra (Mt 12,40), como grano de trigo (Jn 12,41). “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre” (Jn 12,33b; 3,14-18). El Hijo del amor al adentrarse en la última travesía siente pavor (Jn 12,2-7; Ps 6,4). Pero vuelve sus ojos al Padre. “Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12,28; Mt 6,9). El Hijo va a ser entregado como siervo, para ser levantado como Señor, para que ponga la mesa y abra camino a los hermanos. El Padre le habla al corazón. “Le he glorificado, le glorificaré” (Jn 11,28; Mc 1,11p). Ahora acontece el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo es arrojado fuera” (Jn 12,31). En la proclamación del evangelio de los discípulos se abrió ya la brecha en el

reinado de Satanás, a quien los hombres entregaron su señorío para divinizarse, y el que ahora entrega a los hombres a su poderío, para asesinarses, pasando la vida como esclavos, enemigos y desterrados (Heb 2,14-15; Apoc 12,8; Is 14,12). Arrancado al Maligno el poderío, cuando sea arrojado en la tierra, y levantado allí mismo en el madero de la maldición, encabezará la creación, nueva, como Primogénito de todos. Y cuando yo sea levantado sobre la tierra atraeré a todos hacia “mí” (Jn 12,32; Is 52,13-53,12; Jn 1,31; 3,14; Rom 8,32; 5,8; 10,6; Ef 4,9-10). En la hora de la consumación de su amor, se abre una encrucijada abismal. Poner la mesa en el corazón del mundo, por un puñado de hermanos, que se perdona, avoca a la tentación más radical.

En el abismo de la noche

“Y cuando sucedió la hora se sentó a la mesa y los apóstoles con él. Y les dijo: “ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer” (Lc 22,14-15; 1Cor 5,7). En aquella sencilla mesa, se iniciaba la consumación en la travesía. Es la hora de pasar de este mundo abriendo el camino al corazón del Padre, en la entrega consumada del amor (Jn 13,1; 16, 28). Y sucede cuando el diablo, el príncipe de este mundo, ha ganado a uno de sus hermanos, para la que lo entregara (Jn 13,2.27.31-32). La agresión al Hijo del amor, viene de los propios hermanos, que le traicionan y le niegan. Pero nadie le arranca la vida. Es él mismo el que la da, desde el encargo del Padre (Jn 10,18; Fil 2,8). “Su cuerpo entregado, su sangre derramada” (Mc 14,22-26). Y enseguida se confía a ellos, para decirles el riesgo de la tentación, que se avecina. “Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas” (Mc 14,27; Zac 13,7).

- Es la hora de pasar de la mesa, al camino hacia el abismo. “Es verdad, vosotros habéis permanecido conmigo en mis pruebas” (Lc 22,28). Es el momento de pasar la Mesa del reino del Padre a vuestras manos, para servirle desde la ultimidad. “Satanás ha solicitado el poder de cribaros como al trigo” (Lc 22,31). Seguramente habéis guardado los cuchillos en el pecho, pero el Hijo del amor, ha de ser contado entre los malhechores (Lc 22,35-37). Es la hora del “poderío de las tinieblas” (Lc 22,53b; Jn 19,4; Col 1,3). Viene el príncipe de este mundo (Jn 14,30), y si acogéis, compartís y ofrecéis mi amor, todos os odiarán por mi nombre”. “Al elegiros os saqué de este mundo por eso el mundo os odia” (Jn 15,19). “Os expulsarán de la sinagoga. E incluso llega la hora, en que el que os mate, creará dar culto a Dios” (Jn 16,2).
- Llegan a Getsemaní. “Sentaos mientras yo voy a orar. Toma a Pedro, Santiago y a Juan que le acompañen más de cerca. “Empezó a sentir pavor y angustia. Y les dijo: mi alma enteramente entristecida se abisma en la muerte. Permaneced aquí y estad en vela. El Hijo del Amor va delante, el primero, a atravesar, la tentación en la espesura del reinado del Maligno. Pone sus manos entre las del Padre. “Abbá, Padre, todo es posible para ti” (Mc 14,36; 10,38; Lc 22,49-50). El Hijo se entrega al Padre para ser entregado. Pero el propósito del Padre, era entregarle, abandonándole, para que pasara al abismo de nuestra noche. Esta es la mayor tribulación, nunca existida. El Padre le expresa el amor, que él siente por nosotros y que Él ha de expresar en el abandono. Vino un Ángel desde el cielo para confortarle. Y sumido en agonía insistía más en la oración” (Lc 22,43-44). Ahora lo he comprendido: “apeknei”. (Mc 14,41).

Una y otra vez volvía a sus hermanos y les encontraba dormidos. Tenían los ojos cargados con el peso de la densidad de la noche. Y les dijo: “Velad y orad, para no caer en la tentación, porque el espíritu es pronto, pero la carne es débil” (Mc 14,38). Las manos del Hijo, entre las del Padre, son el trono de la gracia y es Él, el primero, ora con gritos y lágrimas nuestra fidelidad está radicada, originada y sostenida en Él (Heb 2,14p)

Levantes de la aurora

“Llegada la hora sexta sucedió la oscuridad sobre toda la tierra, hasta la hora nona. Y en la hora nona gritó Jesús con gran voz: Eloi, Eloi, lamá Sabachtaní, que se traduce: Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?” (Mc 13,13; Ps 22,2). El canto del Siervo (Is 52,13-53,12), sucede entre las manos del Hijo, que enclavadas y estremecidas se ponen entre las del Padre, con el irrasuble salmo 22. En la parte primera le vemos, como el Hijo, que abandonado se abandona. “Tengo sed” (Jn 19,28). Sed de consumir tu voluntad, el encargo que me hiciste (Jn 4,34). “Padre, me pongo en tus manos, encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46; Ps 31,6). Pero la segunda parte del salmo, desvela que en el madero mismo, ha sido levantado como crucificado Señor de la gloria, para abrir la entrada a toda la humanidad y a todo el universo al corazón del Padre. “Proclamaré tu nombre a mis hermanos” (Ps 22,2; Heb 2,12; Jn 20,17). Ahora, se pone la mesa del Reino y los pobres comerán hasta saciarse y vendrán los lejanos desde los confines de la noche y saltarán de gozo los huesos quebrantados. La mesa del Reino, se ha realizado en la Pascua, Parusía anticipada (1Cor 15,3.5). “Cristo ha resucitado, primicia de los que duermen” (1Cor 15,20; Act 3,15; 26,32; Col 1,18). El hombre nuevo de la humanidad nueva, en la tierra nueva, el que acabará poniendo la mesa en el monte, secadas las lágrimas de todos los rostros” (1Cor 15,45-51).

- “Es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies”. “Y cuando lo someta todo, el Hijo se someterá al Padre, para que el Padre sea todo en todos” (1Cor 15,25-28). El apóstol canta la brecha y la encrucijada de modo admirable. Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte” (Rom 5,12; Gen 2,17; 3,19). Todos murieron pero ahora “la gracia de Dios y el don de la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se ha desbordado para los muchos”, para todos (Rom 5,15). Donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia (Rom 5,20b). Dos reinos, dos humanidades, dos mundos, dos mesas, dos sendas, dos metas. En el mundo dominado por el Príncipe y sus lugartenientes, el Primogénito con su sangre nos ha hecho del Reino de su amor (Apoc 1,4-7; 5,6.14; Col 1,11b-23).
- La encrucijada de la absoluta gracia, la entera novedad y la última plenitud, nos sitúa en la encrucijada última, escatológica-histórica: entre la filiación y la esclavitud, entre la enemistad y la fraternidad, entre el destierro y la herencia (Rom 6,15). Entre la obediencia y la idolatría, entre el asesinato o la muerte de amor, entre el reguero de la sangre y la inauguración del paraíso. Pasarse a manos del Hijo, en el abrazo del bautismo y de la cena, en el corro de la fraternidad y en la senda del seguimiento, dando vista a la parusía, nos sitúa en la gran tribulación. Las palabras sobre la persecución y el martirio se vuelven inmediatas, cuando intentas poner la mesa del Reino, entre las manos del Señor en el corazón del mundo. El riesgo de la apostasía, nos puede hundir en la noche (Heb 6,4-6; 10,26-30; 12,17). “Los ojos fijos en Jesús, iniciador y consumidor en la fidelidad” (Heb 12,2).

¡Fiel es el Señor!

“Ahora es el día de la gracia, el día de la salvación” (2Cor 6,2[5,14-21]). Es la hora del nuevo éxodo: “salgamos” (2Cor 8,17; Apoc 18,14), pues el Padre nos ha arrancado del dominio de las tinieblas y nos ha pasado al reino de su Hijo querido” (Col 1,13). Efectivamente, nosotros estábamos muertos en nuestros pecados, caminábamos bajo el poderío del príncipe de este mundo, que nos alentaba a la desobediencia y a la opresión (Ef 2,2-3; Jn 12,31). Pero el Padre, por el gran amor que nos amó, nos con-vivifica con Cristo y nos con-asienta en su Mesa para dejar pasar la gloria de la gracia a todos los siglos, creados en Cristo Jesús (Ef 2,5-7). Pero el

Señor se levanta de la Mesa y desde el abismo avanza hacia la casa del Padre, llevándose cautiva a la cautividad y llevando todo a plenitud (Ef 4,1-10). Al pasar en su paso, nos vemos comprometidos a su brecha en el muro, amanecer en las tinieblas, combate por su señorío (Ef 6,10-16).

- “Como ovejas llevadas al matadero” (Rom 8,36), entramos a su misma tribulación, a la comunión ilimitada de destino (1Ped 4,12.14; 2Cor 4,7-12; 2Tim 3,11-12; Apoc 12,13-17; Heb 10,32-35; Sant 1,2-4; Ada-passim). “Apretados en todo, más no aplastados, apurados, más no desesperados; perseguidos, más no abandonados; derribados, más no aniquilados” (2Cor 4,8-9; 6,4-10; 1Cor 4,9-3). Los hermanos en la travesía, llevan en el cuerpo las marcas de la cruz, para que la vida de Jesús, pase por sus heridas a los hermanos como proclamación del Evangelio (2Cor 4,4-6; 10-15). El camino martirial de los testigos, se hace así paso de la nueva creación y cántico de alabanza, “Jesucristo, ayer, presente hoy, el mismo que se abre camino a los siglos” (Heb 13,18).
- Salgamos hacia Él, fuera del campamento, cargando con su ignominia” (Heb 13,17). El crucificado Señor de la gloria, se nos presenta y se nos da en la mesa eucarística, en el sacrificio de la alabanza. Es entre sus manos, donde se sostienen las nuestras. Pues allí mismo se hace presente su oración. “Yo les he dado tu palabra y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno” (Jn 17,14-15; 1Jn 5,18; Mt 6,13). Todo en nombre del Señor Jesús, celebrando la acción de gracias a Dios Padre, por medio de Él” (Col 3,17p). “Orad sin cesar” (1Tes 5,17; Rom 12,12; Col 4,2; Ef 6,18). En la gran encrucijada de los dos reinos y las dos mesas (1Cor 10,1-22), “fiel ese el Señor que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas”. Con la tentación os dará la fortaleza, para salir avanzando” (1Cor 10,13; 1,9; 2,1.18; Heb 10,23; 11,11; 13,7; Apoc 1,5).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 14/9/2003*

31. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal [3]

Palabra viva: Romanos 8,31-39

Al iluminar las últimas peticiones del Padre nuestro, desde el camino del Hijo del Amor antes de Pascua, en la Pascual y después de la Pascua hemos comprendido su profunda unidad. En el Evangelio de Lucas, escuchamos: “No nos dejes caer en la tentación [peirasmos]” (Lc 11,4b). En el de Mateo escuchamos: “No nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno [poneni]” (Mt 6,13). Una relación estrecha hemos descubierto, entre la “tentación” y “el Maligno”. La historia de la salvación, especialmente los relatos del Génesis y las tradiciones apocalíptico-proféticas, vistas desde el camino del Señor, manifiestan que el hogar, la mesa, la familia y la senda de la primera creación, se han desfigurado con el pecado del hombre: pecado personal, que se hace potestad cósmica y que provoca el pecado personal. De modo que ya en la antigua Alianza, la senda de la voluntad del Señor, se veía amurallada y encadenada y al intentar recorrerla se tropezaba con una encrucijada, tanto más grande cuanto más honda y desvelada era la revelación de la misericordia y fidelidad del Señor. Cuando el Hijo amado avanzó con los suyos, se desveló de forma nueva y espantosa el Reino de Satanás, que originado por el pecado, reforzaba su cerrazón y desintegraba la humanidad, en el encadenamiento del pecado, el dolor y la muerte. “Has venido a perdernos. Tú eres el santo de Dios” (Mc 1,25). Y cuando el paralítico buscaba que se le curaran las heridas del dolor, el Señor dijo con entrañas de Padre: “Hijo, tus pecados son perdonados” (Mc 2,1.5b.18). Al inaugurar los levantes de la nueva creación con el

Señor del sábado (Mc 2,28), le salió al encuentro el Reinado del Señor de la Casa (Belcebú)(Mc 3,22; Lc 11,20; Mt 12,28). El mismo que le provocó la tentación al iniciar su camino (Mc 1,12-13). Pero al ejercer su señorío sobre la tierra apareció una nueva sementera y su semilla desveló, que también la humanidad, dentro de su corazón, estaba cerrada al amor de la alianza, en empalme estrecho con el Maligno (Mc 4,1.13-20). Efectivamente del corazón del hombre ha surgido la desobediencia y la opresión, que derraman la sangre sin remedio (Mc 7,21-23; Rom 1,28). La petición sexta y séptima aparecen así en profunda unidad.

La encrucijada de la tentación

Las tradiciones apostólicas, después de Pascua desvelan más aun la encrucijada de la tentación, con miradas y acentos diferentes, pero, en el fondo, unánimes. Nosotros estábamos muertos en los pecados. Hacíamos andadura por las sendas marcadas por la historia conjunta [aion] de este mundo, bajo el príncipe de la potestad que domina el ámbito [Ef 2,2; 1Ped 1,14; Tit 3,3; Ef 1,21]. Esta potestad era a la vez aliento [pneuma] que provoca a la desobediencia y al asesinato. Esta pro-vocación coincidía y reforzaba los deseos de nuestra carne (Gal 5,16-21). Éramos por naturales “hijos de la ira”, en la humanidad y el universo del hombre primero, por el cual entró el pecado en el mundo (Rom 5,12; Gen 2,17; 3,19; Apoc Bar 54,15; 23,4; 4Esd 3,21.26; Sab 2,24). Juan lo describe con trazos vigorosos, tomados también de las tradiciones apocalípticas: el Dragón, la bestia, la prostituta, el falso profeta, los súbditos del imperio sellados con el sello (Apoc 12,1-6; 13,1-18; 17,1-18; 18,4-24). Cuando en la oración hablamos de esta “tentación”, no nos referimos en primer lugar a las pequeñas tentaciones de cada día, sino a la gran tentación final, que ha sobrevenido y sobrevenirá al mundo. Al aparecer la presencia historizada del Reino del Padre, aparece historizada ya también la Gran tribulación.

- Bienaventurado aquel que no se escandalice de mí” (Lc 7,22b). El Hijo del amor abajado para poner la mesa del Reino del Padre, llamando a los últimos, para que sean los primeros en servir, a todos. Pasar de pobres a pobres de corazón, para hacer con Él la senda de la misericordia en la humildad, era la piedra de tropiezo para todos (Mc 1,14-15; Lc 4,18p). Pero al humillarse en la forma de siervo, para poner la mesa en sus manos heridas, en el corazón de la tierra, abismo de la sangre derramada, era el escándalo, en su consumada revelación: el Mesías crucificado, el escándalo de la cruz (1Cor 1,13; Mt 12,40; 1Ped 3,19; Rom 10,7-12; Ef 4,6-13). Este escándalo es la última tentación, el escándalo cristológico y escatológico, el escándalo de la totalidad, la tentación de apostasía. “Todos os escandalizaréis en el Pastor herido. Las ovejas correrán el riesgo supremo de dispersarse (Mc 14,27). Pero al avanzar el Reino del Hijo, hacia el hogar del Padre, cuanto más avanza, más espantosa la tentación.

- La invitación a compartir las mismas tentaciones, ya lo hizo Él en el camino. Y sus hermanos, efectivamente se fueron adentrando en el misterioso “es necesario” del Hijo (Lc 22,28). El Padre le envió a nuestra orilla, para que fuera tentado como nosotros, en infinita compasión de amor (Heb 2,14-18; 4,15p). Pero Él ya les suplicó en medio de la noche. Es necesario orar para no caer en la tentación (Mc 14,38). Satanás es el antagonista del Reino que se abre paso. Su poderío se ha quebrado, ya apareció el “día de la victoria”, pero por la inmensa paciencia de la fidelidad del Padre, esperará en la consumación (2Ped 3,15p). “Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios” (Act 14,22; Mc 13,6-8.19.34; Lc 17,22; Mt 24,26). Satanás se presenta en el puesto de Dios, destapa los secretos del mal, suscita falsos profetas, acoge a los discípulos. Terribles los últimos asaltos. Ya no será solo pobreza, falta de cobijo, calumnias, sino odio de todos, persecución a muerte de cruz (Mc 13,19; Lc 18,8; Mt 24,12).

En esta perspectiva se comprende que las palabras de Lc 11,4b, sobre la tribulación, se expliquen y ahonden más en Mt 6,13. No nos abandones en la tentación. Líbranos del Maligno.

No nos dejes sucumbir en la tentación

Cuando los hermanos han de salir, desde la mesa eucarística a los caminos de la misión, para poner la Mesa del Reino del Padre, en el corazón del mundo, el Señor les encarga tres peticiones al Padre, en su nombre. Padre, aliéntanos para partir el pan del porvenir en el universo, que ha de convertirse en tu mesa, entre las manos de tu Hijo (Mt 6,11). Pero no es posible poner esta Mesa de la justicia y la paz, si la fraternidad de su iglesia no vive en la paz del perdón, en la sangre de su Hijo (Mt 6,12). Unidos en la unidad del corazón único, es necesario salir a caminar en las mismas huellas del Primogénito, que avanza a la cabeza, comulgando en sus padecimientos, atravesando su misma tribulación. El mismo Señor, en la travesía pascual, les dijo una palabra, para que permanecieran en la fidelidad. El Espíritu está pronto, pero la carne es débil. Velad y orad para no caer [elthete] en la tentación [perasmoi] (Mt 6,13; Ps 17,30; Sir 33,1; 2Ped 2,9).

- “No nos dejes caer”, “no nos conduzcas” (Mc 6,13c). Es un acento vivo y abrupto, en el instante del “ya” y “aún no”. El Señor nos avoca a la noche oscura del camino, donde la existencia de la fraternidad se verá amenazada y tendrá que volver los ojos al Padre, con un grito de socorro. Una oración judía muy antigua, para la noche expresaba un grito semejante: “No conduzcas mi pie al poder del pecado, no me lleves al poder de la culpa y no al poder de la tentación” (b Besakit, 60b). No nos permitas entrar (Mt 26,11), “no nos dejes sucumbir” (Sant 1,13). Hay instantes, en que el Padre, nos entrega a los deseos de nuestro corazón, por cerrarnos nosotros mismo al amor (Rom 1,24.26). Pero al avanzar con el Primogénito en sus huellas, nos entrega a manos de los hermanos (Mc 9,31; 14,41). El peirasmós es el instante del discernimiento y de la fortaleza (Cf. Lc 8,13-15; Sant 1,14-15; 2Tim 3,12).
- En el gran peligro de la infidelidad a su amor, la apostasía en todas sus formas, podemos gritar “no nos conduzcas al lugar de la tentación”, grito en el peligro, pidiendo socorro. La tentación no proviene del Padre. Es un acoso del Maligno, en el mundo, desde la carne. Al ir a poner la Mesa del Reino, entramos en la espesura del misterio del mal, historizado, en meta- y sub-historia. Pedimos ser iluminados, ser fortalecidos, para soportar animosamente la espesura de la noche y dejar pasar la victoria de la gracia pascual. Y esto no solo como tentación personal, sino comunitaria. La fraternidad está tentada y atribulada. Y esto alcanza a todos para soportar y suplicar ¡Fiel es Dios! En la tentación nos hará vencer para que se desborde mucho más la gracia y la verdad de su Hijo entregado y levantado (Dan 7,9; Ps 144,13c; Heb 10,23; 11,11; 13,7; Apoc 1,5; 1Jn 1,9; 1Tes 5,4; 2Tes 3,3; 1Cor 1,5; 10,13; 2Cor 1,18).

La petición la hacemos al Padre, por manos de su Hijo, en el aliento del Espíritu. Es una petición, llena de confianza infinita en la victoria. La súplica hecha en el temor, estremecimiento ante su fidelidad, entrega y su misión, nos hace pasar cada vez más al Padre, por el Hijo, en el Hijo, desde el Hijo hacia la fidelidad consumada.

Sino líbranos del Maligno

“Y líbranos del mal” (Mt 6,13). La palabra griega “poneroi”, expresa sobre todo el Maligno, el Diablo, Satanás. El misterio del mal del Maligno se ha atravesado en la “economía de la salvación” (Jn 8, 44; Apoc 12,16; Jn 5,18-19). El Mal, el Maligno, al ser este una personalidad

corporativa, abarca a más personal, comunitario y cósmico. Pecado, dolor y muerte, acontecimientos personales, sociales, mundanos, históricos. Detrás de estos males, está presente y actuante el Príncipe de este mundo, asesino desde el principio. Esta perspectiva bíblica, permite leer Mt 6,3, desde Mt 5,37; 13,19.38; 1Jn 2,13.14; 3,1; 5,18.19; 2 Tim 4,18; Ef 6, 16; Did 10,4; 2Tes 3,3. El verdadero paralelo está en la oración misma del Señor en la última cena, Jn 17,15. “No te pido que los saques [ares] del mundo, sino que los guardes del Maligno”.

- “No nos dejes sucumbir en la tentación, sino líbranos (rysaí) del Maligno” (Mt 6,13). El verbo expresa literalmente “arrebatar”. Como, si una fiera peligrosa nos acechara muy de cerca. Y cuando corriamos el peligro último y definitivo, en el último instante se nos cobijara, librándonos del zarpazo final. Estamos en una encrucijada incesante, entre la seducción y la persecución, en el riesgo de pasarnos al reinado del maligno, en el pecado contra el Espíritu, que ya no puede perdonarse. Situación peligrosísima, que necesita ayuda urgente. ¡Tan pequeños y débiles somos! ¡Tan victoriosas las manos heridas y encendidas del que nos amó! El poderío de Satanás, está delimitado. Más allá de su ámbito, desde más arriba, más abajo y mucho más adelante, la victoria pascual de la gracia sobre gracia. Satanás tiene el poder que ha pedido y se le ha concedido (Lc 22,31s). Pero el Hijo ha pasado a manos de su iglesia, en las manos de sus apóstoles, la mesa de su Reino (Lc 22,29). En el inmenso peligro, es más fuerte la certeza de la fidelidad de Aquel que nos amó” (Rom 8,31-39).
- “Donde abundó el pecado, se sobre-desborda la Gracia, para que como reinó el pecado en la muerte, así también la Gracia reine por la justicia para la vida eterna por medio de Cristo, el Señor nuestro” (Rom 6,20-21). Es necesario que Él reine, “hasta que sometidos todos los poderes, incluso la muerte, Él mismo entregue el Reino al Padre (1Cor 15,20-28; Apoc 20,7-10.13). El Hijo, a la cabeza del Universo, en la iglesia, lleva todo a plenitud en el reino del Padre, justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Rom 14,17; Ef 1,20-23). La oración del Hijo amado, a la cabeza de la mesa y del camino, hasta llegar al hogar, es la que sostiene en esperanza inquebrantable la peregrinación del universo, la humanidad y la historia. Él, desde la mesa pascual de su iglesia, hace gravitar a todos y a todo hacia la comunión en la filiación, su fraternidad y su herencia. Los hermanos que la han acogido en su iglesia están llamados a dejar lo que queda atrás, comulgando en sus padecimientos, configurándonos con él, en su muerte, en la fuerza de su resurrección. El grito de auxilio que nos espera siempre es el mismo suyo de Getsemaní, aprendiendo la obediencia con gritos y con lágrimas, dejando pasar la gracia en gozo indecible y glorificado.

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 21/9/2003*

32. Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria, por siempre Señor [1]

Palabra viva: Filipenses 2,6-11

Al escuchar la oración del Señor en el NT, parece que termina con una súplica, “no nos dejes caer en la tentación” (Lc 11,40). “Y líbranos del mal” (Mt 6,13). Este dato produce extrañeza pues todas las oraciones bíblicas, suelen terminar con una alabanza y acción de gracias. Cabe la posibilidad, de que este grito en la noche de la travesía, diera paso a empezar de nuevo. ¡Padre!, ¡Padre nuestro en los cielos! (Mt 6,9c). La exclamación ¡Padre! parece expresar la oración entera (Cf. Mc 14,36; Gal 4,6; Rom 8,15). Pero en el significativo texto catequético de Didache 8,2, escuchamos: “no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno, porque tuyo es el poder [dynamis] y la gloria [doxa] por los siglos”. Más aún, en los códices antiguos de Mateo se

encuentran también estas variantes: “Amén, porque tuyo es el Reino y el Poder y la Gloria por los siglos de los siglos. Amén”. En la liturgia eucarística, después del Concilio Vaticano II, se ha recogido esta doxología: “Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre Señor”. La última petición, grito estremecido y esperanzado en la travesía, desde la pasión a la parusía, en momentos cruciales de la historia de la iglesia, probablemente en tiempos de Gregorio Magno, en el paso difícil desde el Imperio a la Edad Media, recibió un añadido, que la ensanchaba y la envolvía (embolismo). “Líbranos, Señor, de todos los males pasados, presentes y venideros. Da propicio la paz a nuestros días para que ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y seguros de toda perturbación (a peccato, ab omni perturbationi). En efecto, el Reinado del Padre, se ha iniciado ya en el Reino de su Hijo. Es necesario que él reine. El príncipe de este mundo se ha atribuido los títulos de realeza, poder y gloria (Cf. Lc 4,5-6). El Padre le ha entronizado a la cabeza de la mesa y de la marcha, hasta que Él entregue el Reino al Padre (1Cor 15,24-28). Maranató. Ya está, ya avanza, ya viene. La noche oscura de la travesía está atravesada por el paso victorioso del Primogénito, su paz se abre y se abrirá camino. Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo (nuevo embolismo Tit 2,13). Así se recoge la aclamación final de las iglesias de Oriente, en las que resonaban unidas las aclamaciones: Abbá, Maranató.

Hoy, conmigo, en el Paraíso

Desde el instante en que el Hijo del Amor, pasó a las entrañas de su Madre, bienaventurada, se inicia la presencia del Reinado del Padre, en su Hijo Jesús. “Dios con nosotros” (Mt 1,11-23; Is 7,14; 18,8-10). El Hijo del Altísimo, “al que el Señor Dios le dará el Trono de David su padre y su Reino no tendrá fin” (Lc 1,32-33; 2Sam 2,16; Miq 4,7; Is 9,6; Dan 7,14). El Pastor, llamado desde el último lugar para inaugurar el reinado de la paz (Mt 2,5-6; Miq 5,1-4; Ef 2,14) El Hijo del Amor, pone la Mesa del Reino en los caminos y se dirige al monte, para ponerla para todos los pueblos (Lc 19,38; 20,17 [Ps 118,22] 20,42 [Ps 110,1]). En la cena pascual se anticipa ya la Mesa del Reino (Lc 22,14-20) que aparece asombrosamente cuando sea colgado entre los criminales (Lc 22,37; Is 53,12). Colgado en el madero, está el Cristo de Dios, el elegido (Lc 24,35; 9,20; 9,35; Is 42,1). Y cuando las tinieblas le envuelven y se entrega al Padre, se abren las entrañas del Padre, en su corazón herido y en sus brazos abiertos. “Este hombre era justo” (Lc 23,47) y cuando el Padre, le alentó y le encumbró le vieron a la cabeza de la mesa, la paz, del perdón (Lc 24,3; 24,6.36.47), el Señor de la gloria. Ya está con nosotros.

- “Proclama mi alma la grandeza del Señor” (Lc 1,46-55; 1Sam 2,1-10). Él hace proezas con su brazo. “Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (Lc 1,51c.52-53). Al bajar el Hijo al último lugar, allí comienza a poner la Mesa del Reino, fiesta del cambio de puestos, entrada hacia el paraíso. Pues no solo derriba los muros (reconciliación), sino que arranca las cadenas (redención). Benedictus (Lc 1,68-79). “El Señor ha visitado y redimido a su pueblo: “que arranca de las manos de los enemigos, con la fuerza del perdón de su misericordia entrañable (Lc 1,65-74.77). Nos ha visitado la luz de la altura, la justicia que endereza los caminos hacia la paz” (Lc 1,79). ¡Señor, que estás ya con nosotros!
- Sobre las rodillas de María aparece el Rey de las naciones (Mt 2,1-11). ¡El Salvador, el Señor! y aparece la aclamación, recogida como aclamación eucarística en la Cena del Señor. “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres del beneplácito” (Lc 2,14 [Is 57,19; Ps 51,20]; Lc 3,22; 10,21; Ef 2,14). “Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas” (Mc 11,9-10). La comunidad de Lucas, ha descifrado la aclamación: ¡Bendito el que viene! ¡El Rey en nombre del Señor! ¡En el cielo paz y gloria en las alturas! (Lc 22,38). La aurora de la paz, desde más arriba, más

abajo, mucho más adelante. Las aclamaciones de los pobres del Señor, que esperaban al Ungido, se colman y se cantan en la pascua. ¡Tú salvación ante todos los pueblos! ¡Luz para alumbrar a las naciones! (Lc 2,31-32).

Levantado a la derecha del Padre, envía desde sus entrañas, a través de sus manos, el fuego del espíritu (Act 2,32-33; 12,1-1; 2,17-21). Pentecostés es el paso victorioso del Reinado del Hijo, hasta los confines de la tierra, sencilla tienda de campaña al fuego y al viento de la travesía. Una Mesa donde preside el Señor, dándose en la Palabra y el pan. Acogida orante del fuego. Milagro de la paz, comunión viva. Un corazón y un alma. Todo en común, camino de la Gracia, curando con las heridas. Las páginas de los Hechos cuentan y cantan el paso del Reino del Hijo del Amor. Proclamando sin cesar el Reino de Dios, por manos del Señor Jesús Cristo (Act 1,3-8; 28,31).

Hemos visto su Gloria

“Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29). Con estas palabras descifra Juan a sus discípulos, la Palabra que oyó decir al Padre, en el bautismo del Hijo, atraviesa todo el evangelio y que es el evangelio mismo (Mc 1,11; 9,7; 12,6; 14,6; 15,39). Hijo de sus entrañas, entregado como siervo, levantado como Señor (Mt 3,17; Gen 22,2; Is 42,1; Ps 2,7). El cordero degollado es el Cordero victorioso, la travesía entera, el cordero pascual. Juan tiene puestos los ojos en la entrega del Hijo en el monte. El Cordero inmolado. El Hijo del hombre abajado y levantado (Jn 3,14-18). El Espíritu ha bajado sobre Él, el Hijo de Dios, a la cabecera de la mesa y del camino (Jn 1,33b.34). El Hijo del hombre, que baja al abismo y asciende sobre los cielos (Jn 1,51). Con estas palabras descifra la primera proclamación como Rey, proclamada por Natanael, “¡tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel!” (Jn 1,49; 2Sam 7,14; Ps 2,7; Sof 3,15). El pueblo sencillo cuando vio la mesa del pan partido, quiso aclamarlo Rey (Jn 6,15), pero Él les explicó, que lo que entregaría en la mesa sería su propia carne, por la vida del mundo” (Jn 6,51). Y cuando llegó al monte, de nuevo se encontró con esta aclamación desbordante: “¡Hosanna, el Rey de Israel!”. Dios mismo que viene a reinar, en el Ungido manso y humilde (Jn 12,13.15; Is 35,4; 40,9; Zac 9,9; Sof 3,14s). “Mi reino no es de este mundo”. Él ha venido a inaugurar el Reino de la fidelidad y la misericordia, la gracia de la verdad (Jn 18,33.37.39). El Rey del universo, de corazón traspasado, con las manos enclavadas. La verdad convertida en Gracia y paz, el hombre nuevo, que inaugura la nueva humanidad de la nueva creación (Jn 19,19.28-30; 20,19-22). El pastor herido victorioso (Jn 21,16; 1Ped 5,4).

- “Hemos visto su Gloria” (Jn 1,14). La aclamación del Prólogo (Jn 1,1-18) aclama la travesía entera. El Hijo amado, secreto único del corazón del Padre, Palabra única, en la que nos dio y nos dijo todo. El Hijo, vuelto a su seno, se vuelve a nosotros y el Padre, por Él crea el Hogar y la familia humana (Gen 1,1; Prov 8,22; Sab 9,1; Ps 33,6; 1Cor 8,6; Col 1,16-17; Heb 1,2; 1Jn 1,1-2). Todo era vida en Él, vida y luz. Y cuando los hermanos se cerraron a la luz y se pelearon a muerte, apareció como luz en la sombra (Jn 8,12), pero la sombra no lo recibió (Jn 3,19; 12,35). Fue entonces, precisamente entonces, cuando los suyos no lo recibieron, cuando puso su tienda entre nosotros, para abrazarnos contra su corazón, en admirable intercambio. “La palabra se hizo carne” (1Tim 3,16; Col 1,22). Hijo que viene desde el Padre, lleno de gracia y de verdad (2Pe 1,16; 1Jn 1,1). En gracia sobre gracia, hemos recibido todos de su plenitud, inaugurado así el hogar y la senda de la gloria (Jn 1,14b; Ez 37,27; Apoc 21,3), para su Reino (Jn 2,21). Ya está con nosotros.
- La gracia se ha convertido en paz. Desde las entrañas del Padre, “el que es, el que viene”, en el fuego luminoso y desbordante del Espíritu, está el Hijo a la cabecera de la Mesa. Y los hermanos le aclaman: “Jesús, Cristo, el Testigo fiel” (Apoc 3,14; 19,11), el Primogénito de entre los muertos (Col 1,18), el Príncipe de los reyes de la tierra (Is 55,4). “Al que nos amó y nos ha librado de nuestros pecados en su sangre” (Ps 130; 1Jn 1,7), y

nos ha hecho un reino de sacerdotes para Dios su Padre (Ex 19,6; Is 61,6; 1Ped 2,5.9; Apoc 5,10; 20,6). A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (Apoc 1,4-6; Rom 16,17). Se ha inaugurado ya el Reino del Padre. “Reina el Señor, nuestro Dios, dueño de todo” (Ps 93,1; 97,1; 99,1). Alegrémonos y saltemos de alegría y démosle gloria, pues llegan las bodas del Cordero (Mt 22,2; 21,2-9, Apoc 19,6-7). Ya está con nosotros. “Bienaventurados los llamados al banquete de las Bodas del Cordero. La comunión de su amor ha germinado [1Jn].

Reino desde el madero

Los relatos de la Pascua del Señor, son en realidad una proclamación de la inauguración del reinado del Padre en el Crucificado Señor de la Gloria (1Cor 2,8). Las aclamaciones en la Primera Carta de Pedro, son en realidad himnos eucarísticos, fragmentos de las Plegarias, antes de proclamar la institución del memorial. Sobre el trasfondo del II Isaías, cuyo núcleo más hondo es Is 52,13-53,12, latido vivo del alma del Señor, se dibuja el camino del abajamiento y de la exaltación del Hijo. El Cordero degollado, el Pastor herido, es en verdad el Pastor victorioso, el gran Pastor de las ovejas, cuyas huellas son en verdad el camino nuevo y vivo. “Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1Pe 2,24; Is 53,4-12; Jn 1,29; Heb 9,20; 10,10; Rom 3,25; Col 1,22). Con sus heridas hemos sido curados, y así nosotros ovejas dispersas, podemos pasarnos ahora al Pastor y Guardián de nuestras vidas” (1Ped 1,25; Ez 34,5-16; Mt 9,36; Jn 10,11; Heb 13,20; 1Ped 5,4). Como en un salmo responsorial, aclamamos los hermanos la travesía del Hijo, entregado y levantado, nuestra entrada, nuestra paz. “Cristo sufrió por nuestros pecados de una vez para siempre, el justo por los injustos para abrirnos la entrada a Dios. Muerto en la carne, vivificado en el Espíritu (1Ped 3,18-19.21b-22; 4,5b-6).

- “Un solo Dios, pues, un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre, Cristo Jesús, el que se dio a sí mismo en rescate por todos, dando testimonio en los propios instantes” (1Tim 2,5-6; 1Cor 8,6; Heb 9,15; Rom 5,15; Gal 1,4; Ef 5,2; Tit 2,14; Mc 10,45; 2Cor 5,15-6,2). Nos asomamos, pues, a la liturgia eucarística, al amanecer del día primero (1Cor 16,2; Mt 28,1; Apoc 1,10; Act 20,7). “Mi cuerpo por vosotros”. “La nueva Alianza en mi sangre” (1Cor 11,23.26). Ya está con nosotros, pasándonos a su misma travesía. Lo confesamos, grande es el misterio de la piedad. “El cual ha sido manifestado en la carne” (Jn 1,14; Rom 1,3; 8,3) ha sido constituido justicia nuestra en el espíritu (1Cor 6,11), ha sido proclamado a las naciones (Gal 2,22; Col 1,26.27), ha sido creído en el mundo, ha sido levantado a la gloria (Lc 9,51; Mc 16,14; Act 1,2-11; 1Tim 3,16).
- En la gran aclamación de Fil 2,6-11, rastreamos las huellas de la gran Plegaria eucarística, como secuencia del relato más antiguo de la pascua del Señor (Mc 8,27-16,22). La cena del Señor, está puesta en manos del Hijo, que se vacía (Fil 2,6 [Jn 1,14; 3,13; 17,5; 5,18]) tomando la forma de siervo, en semejanza nuestra (2,7; Is 53,3.11; 2Cor 8,9; Rom 8,3). Más aún, se humilla, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (2,7-8; Rom 12,2; Lc 14,11; Heb 2,4; 5,8; 12,2) Por lo cual el Padre le encumbró y el dio el nombre sobre todo nombre (Act 2,13; 5,31; Heb 1,4; Ef 1,21). Primogénito de entre los muertos, primogénito de toda la creación, primogénito de entre muchos hermanos, pone ahora la mesa del Reino del Padre, justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. “Maranatá-etc”. Señor, Jesús, Cristo para pasar la gloria del Padre (6.10.11; Is 45,23; Apoc 15,13; Rom 10,9; 14,11). El Señor está cerca (Fil 4,5b).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 28/9/2003*

33. Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria por siempre, Señor [2]

Palabra viva: 1Corintios 16,20b-24

Cuando el Señor iba a pasar de la mesa del cenáculo, a la cruz sobre el monte, volvió sus ojos al Padre, desvelando el último latido de su corazón (Jn 17,1-26). “Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti” (Jn 17,1b). “Santificado sea tu nombre” (Mc 6,9b). “Según la potestad que le diste sobre toda carne” (Mt 28,18p), para que lo que le diste a Él se lo des a ellos, la vida eterna” (Jn 17,2; 5,24). “Venga tu Reino” (Mc 6,10). Su rostro al Padre, sus brazos abiertos de par en par, a toda la humanidad, a todo el universo, a toda la historia (“toda carne”). Padre, ¡que te conozcan en el rostro de tu Hijo, que te amen en las entrañas de tu Hijo! Pues a todos les pasaste a mis manos, y a mí, a todos me entregaste (Lc 10,22; Ef 1,3-10). Estos brazos abiertos, desde donde sale el sol, hasta el ocaso, estas manos, enclavadas en la cruz, este manantial del agua y la sangre, del Primogénito de toda la creación, se cierran sobre el puñado de hermanos que le acogen, su iglesia, germen y senda de su Reino (Jn 20,19-22). Pero al instante, se abren sobre ellos. La paz les había entrañado en la entraña del Padre, y entrañado en su fraternidad, pero al instante son enviados al mundo entero, para toda la creación, a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra (Mc 16,15; Mt 28,18-20; Lc 24,47; Act 1,8). “Como tú me enviaste al mundo, también yo los envío a ellos al mundo” (Jn 17,18; 10,36; 21,21). “Yo por ellos me consagro, para que ellos sean consagrados en la verdad” (Jn 17,19; Mc 14,24; 1Cor 11,24; Heb 2,11). “Y les alentó el Espíritu santo” (Jn 20,22; Gen 2,7; Ez 37,9). Así se presenta como el Hombre nuevo, pues de su plenitud, recibimos todos gracia sobre gracia” (1Cor 15,4; Jn 6,63; 2Cor 3,17; Rom 8,11; 5,12.21). Su reino es un don, con un encargo. La pequeña fraternidad de su iglesia, es sacramento, pero al tiempo camino. Él ya está, ya avanza, ya viene. Por eso en la mesa eucarística, donde Él parte el pan y ofrece la copa, pronuncia por la voz de los apóstoles una palabra de fidelidad que es llamada apremiante a la responsabilidad: “si alguno no ama al Señor sea anatema. Maranatá. La gracia del Señor Jesús Cristo con vosotros” (1Cor 16,22-23).

Salgamos hacia Él

Las primeras comunidades cristianas se han sembrado en el imperio. Su camino se hace difícil. Tienen puesta la Mesa. El Señor pasa de la cabecera de la Mesa al camino de su justicia y de la paz, la senda de la gracia y de la paz. Pero las fraternidades están divididas por dentro, seducidas y perseguidas por fuera. El “Padre nuestro”, de la Mesa, se hace camino de las bienaventuranzas, en la espesura de la historia (Lc 11,2-4; Mt 6,9-13; Lc 6,20-23; Mt 5,2-12). “Amad a vuestros enemigos”, sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo (Lc 6,35; Mt 6,43-48). Pero el Señor proclamaba con energía de verdadero Padre, la palabra de la fidelidad. “Deja tu ofrenda. Vete a reconciliarte con tu hermano y vuelve a tu ofrenda” (Mt 5,23-24; Mc 11,25c). Si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros delitos” (Mt 6,15; 18,23-35; Mc 11,26). “No deis lo santo a los perros, no arrojéis vuestras perlas, delante de los cerdos” (Mt 7,6).

- El Pastor ha sido herido, pero degollado como cordero, ha sido levantado a la cabecera del camino. Según el propósito del Padre, en el fuego del Espíritu, por la aspersion de la sangre (1Ped 1,2), la sangre del Cordero sin mancha (1Ped 1,19), el Padre nos ha engendrado de nuevo, nos ha hermanado y nos ha pasado a su herencia, ya comenzada, pero que se consumará (1Pe 1,3-4.20-23). Ahora os habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras vidas (1Ped 2,25). Ahora ya habéis pasado al Reino de su Hijo Amado (2Ped 1,16-17; 1,11). Ya está. Ya avanza. Sus huellas, heridas y abiertas, se han escrito como camino, “para que sigamos sus pisadas” (1Ped 2,21b). Desde las entrañas del Padre, murió en el madero, para adentrarnos en aquellas mismas entrañas (1Ped 3,18). Fue

arrojado al abismo y atravesando el abismo (1Ped 3,19; 4,6; Ef 4,9; Rom 10,7) ha sido levantado, a la derecha del Padre, a la cabeza nuestra, el Pastor supremo (1Ped 5,4; 2,2). El Padre de la paz, sacó desde los muertos, al gran Pastor de las ovejas, el Señor nuestro Jesús, en la sangre de la alianza eterna” (Heb 13,20).

- “Salgamos hacia él, fuera de las murallas” (Heb 13,13; 2Cor 6,7). Fijos los ojos en Jesús, el iniciador y consumidor de nuestra fe” (Heb 12,2). En vez del gozo abrazó la cruz. La comunidad se siente seducida por el mundo, corre el riesgo de la apostasía (Heb 3,7; 4,10). Los hermanos renuevan ellos otra vez la crucifixión del Hijo de Dios, al profanar la sangre de la alianza, de ultrajar el Espíritu de la Gracia (Heb 10,26-31). Un padre verdadero corrige enérgicamente, dice unas palabras de fidelidad, separa de la mesa, para hacer caer en la cuenta (Cf. Heb 12,5-12). Ya está, ya avanza. Y avanza esperando y perdonando, para que no perezca ninguno (2Ped 3,9). Él se abre paso a los cielos nuevos y la tierra nueva, donde habite la justicia (2Ped 3,13). Pero si los hermanos, después de acoger y conocer a Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, se enredan de nuevo en la impureza del mundo, su situación será peor que la primera. Al abandonar el camino de la justicia, se hunden en el basurero más adentro. El perro vuelve al vómito, el cerdo al cieno (2Ped 2,20-22). “Creced pues en la gracia y el conocimiento de Jesucristo Señor y Salvador” (2Ped 3,18).

Avanza el Cordero victorioso

Cuando el Señor hablaba a los hermanos, en el cenáculo sobre su “paso” al Padre, se quedaron entristecidos. Pero Él les dio una palabra suprema de esperanza. Voy a prepararos el hogar, pero me vendré con vosotros al camino. Os acogeré para que donde yo estoy, estéis también vosotros conmigo. Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,2-3.6). Pondremos la tienda, junto a vosotros. El Padre vendrá conmigo y si le amáis y le acogéis, compartiremos la Mesa en el Espíritu de su Verdad (Cf. Jn 14,23-26). La mesa y la senda de la paz. “La gracia y la paz de parte del Padre, en el fuego del Espíritu, en la mesa de sus manos heridas, para que le ayudemos a ponerla en el corazón del mundo (Apoc 1,4-5). En el Día del Señor está Él, a la cabecera de la Mesa, el Hijo del hombre, entronizado, el que estaba muerto y ahora vive, el que tiene las llaves del abismo, el primero y el último (Apoc 1,9-20). A su luz, aparecen las tiendas de las iglesias en claroscuro, perseguidas y seducidas. Y lo peor de todo la apostasía, que se insinúa en la tibieza (Apoc 2,1-3).

- La cena del Señor empalma el cielo con la tierra. No hay que temer. Cuando se mira desde el cenáculo a la noche, los hermanos sienten miedo y tristeza. No pueden descifrar las sendas de la creación nueva. “Nadie era capaz, ni en el cielo, ni en la tierra, ni bajo la tierra de abrir el libro ni leerlo. Y yo lloraba mucho” (Apoc 5,3-4). Pero el Padre, sentado en el trono, en resplandor irrastrable, el Santo, el creador, el sustentador, ha pasado a manos de su Hijo la obra de la redención y de la reconciliación. “El León de la tribu de Judá, el Retoño de David. Cordero degollado en pie”, preside la mesa eucarística. Con su sangre ha reunido la nueva humanidad, para que se ofrezca con Él, en el altar y salga con Él a los caminos de su Reino (Apoc 5,5-6). El Cordero degollado tiene en su mano la riqueza, el poder, la sabiduría, la fuerza. A Él la alabanza (Apoc 5,9-10; Is 53,7; Ez 19,6; 1Ped 1,19; Apoc 6,12; 13,8; 14,4). El Cordero degollado es el Pastor, que conduce a las aguas vivas y a la mesa donde se secarán todas las lágrimas (Apoc 7,16-17; Jer 31,16; Ez 24,39; Is 25,8, 49,10; Ps 22,2s).
- Ya está, ya avanza (Apoc 11,15-18; 12,10-12). La noche se hace cada vez más densa. El Dragón ha declarado la batalla a la iglesia del Señor, a los que mantienen el testimonio de Jesús” (Apoc 12,17; 6,9; 1Jn 5,10). Lo más fácil es ceder a la seducción. El Dragón ha

entregado el poder a la Bestia, y la Bestia sirviéndose del Falso Profeta seduce a los habitantes de la tierra (Apoc 13,14; 19,20; 20,3.8-10; Mt 24,24; Rom 5,4-6). Todos, ricos y pobres, deben dejarse sellar por la “marca”, para que puedan comprar y vender (Apoc 13,16-17; Ex 28,36; Is 44,5, 14,9-11; 16,2). Desde el cielo se oye una voz, para invitar a salir de Babilonia: “Salid de ella, pueblo mío, no os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen las plagas” (Apoc 18,4; 2Cor 6,7; 2Jn 11). Pero en la mesa del Señor, la aclamación Maranata lleva consigo la palabra de la fidelidad del anatema. “Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los ídólatras y todos los que amen y practiquen la mentira” (Apoc 22,15; 21,8-27; Fil 3,2; Rom 1,29; Ef 3,5; 1Jn 1,6). “Ven, Señor Jesús” (Apoc 22,20b).

Anatema. Maranata

“Fiel es Dios, que nos ha llamado a la comunión de su Hijo, Jesús, Cristo, Señor nuestro” (1Cor 1,9). En la Mesa del Señor, la fraternidad reunida, al amanecer del día primero, ha aclamado al Hijo del Amor, entregado y levantado por el Padre (Fil 2,6-11). Mará Jesús Mesiá ¡Hijo de las entrañas! ¡Levantado en el madero! ¡Mesa y brecha de la justicia y de la paz! La pascua del Señor, es el anticipo de su parusía (1Cor 1,7p). Pero el peso de la noche oscura, se siente con mayor gravedad. El “mundo” se ha adentrado en la comunidad. Los hermanos están divididos, porque desean existir el evangelio desde el posicionamiento histórico, lucha de mesianismos políticos, que aseguran mejor su integración social (1Cor 1,18-31). Pero al poner los ojos en el Crucificado Señor de la Gloria, se encuentran con la absoluta encrucijada. No es posible servir a dos señores, no pueden sentarse a las dos mesas, la Mesa del Señor y la mesa de los ídolos (1Cor 10,21). La idolatría y la opresión se han adentrado en la comunidad, como se atestigua en sus públicos pecados y en sus rivalidades y desprecios internos. La historia del pueblo tendido en el desierto, se ha hecho realidad en forma más dramática todavía (1Cor 10,1-13). Los pequeños en la mesa son orillados y despreciados (1Cor 11,17-22).

- “El Señor, en la noche en que fue entregado (Paradídeto)” (1Cor 11,23). La palabra “entregado” proclama todo el misterio pascual. El Padre le entregó, nosotros le entregamos, Él mismo se entregó a sí mismo. El Padre le entregó todo en sus manos, le levantó y le constituyó Señor único de todos. Levantado a la cabecera de la Mesa, en el pan y la copa, entregó el Espíritu (1Cor 15,1.3-4.10-28.45-50). Se ha inaugurado su Reino, justicia, gozo y paz en el Espíritu Santo. “Es necesario que Él reine”, para entregar el Reino al Padre (1Cor 15,25; Rom 4,25 [3,24-25] 6,1; 6,11; 12,21). Su Reino sucede en la Mesa, que se abre paso al hogar del Padre (1Cor 11,13.25). Pues cuantas veces coméis de este pan y bebéis el cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que venga (1Cor 11,26; Mc 14,22; Apoc 22,20). El Primogénito, en el pan y en la copa nos entraña en su cuerpo (1Cor 10,16-17). La Mesa del Señor, es el germen y la senda de la redención y de la reconciliación de la humanidad y del universo entero. Si los hermanos no existen desde este cuerpo y para este cuerpo, en el que los pobres, son los más hermanos de sus entrañas, se pudren en la noche (1Cor 11,27-30). La palabra de la fidelidad, que llama a la responsabilidad, tiene en la mesa del Señor, el verdadero lugar: ¡anatema! ¡Maranata! (1Cor 16,22).
- Tenemos un testimonio singular en Didaché 10,6 para iluminar este pasaje de la carta. Estamos en la celebración eucarística. Se ha proclamado el Padre nuestro. El grito en la tentación, ha dado paso a la alabanza. Se acerca el momento de compartir el pan. Es el instante de orar por la unidad de la Iglesia (Did 10,5). La división de la iglesia proviene de la “doble”: de que los hermanos, quieran estar con el Señor y someterse al tiempo al príncipe de este mundo. El hermano que preside en representación del Señor proclama: “Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna el Hijo de David. Si alguno es santo que

venga; si no lo es, que se convierta. Maranató, Amén” (Did 10,6). El apóstol en Corinto proclama: “si alguno no ama al Señor, sea anatema” (Gal 1,8s; 1Cor 12,3; Rom 9,3). Maranató (1Cor 11,26; Apoc 22,20). La gracia del Señor Jesús con vosotros (1Tes 5,28; 2Tes 3,18; Rom 16,20). Mi amor con todos vosotros en Cristo Jesús (1Cor 16,24).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 5/10/2003*

34. Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria, por siempre, Señor [3]

Palabra viva: Apocalipsis 22,16-21

La Pascua del Señor, sucedida en memorial, en su Mesa, es ya la Parusía anticipada. Por ello las dos grandes aclamaciones en la Cena del Señor son Abbá-Maranató. La declaración “anatema”, se enmarca en un Maranató que precede (Did 10,6) y en un Maranató que sigue (1Cor 16,22). La llamada apremiante a la conversión, es un momento significativo de paso victorioso del crucificado Señor de la Gloria: “Ya estás”, “ya avanzas”, “ya vienes”. Se abre paso el Señor, nuestra justicia (Jer 23,5; 1Cor 1,30; 2Cor 5,18; Rom 1,17; 10,3-12). En las tradiciones históricas y de modo singular en la toma de Jericó (Jos 6,1-27), aparece el anatema como una ordenanza de la “guerra santa” que proviene como consecuencia de una ordenación divina. El Señor realiza la justicia de su Reino, con dominio absoluto. El pueblo elegido ejecuta esta justicia “aniquilando” al otro reino enemigo (Jos 6,17; Cf. desde aquí Lev 27,28s; Num 18,14; 21,3). Pero si en la derrota, Israel viola la alianza, quedándose con el trofeo del anatema, toda la comunidad queda manchada y el anatema recae sobre el culpable, ejecutado fuera de las murallas (Jos 7,12). Estas perspectivas perduran después (Cf. Jueces 1,17; 1Sam 15,1-9; Deut 7,1-26; 13,16-17; 20,27). Pero en la profecía de la nueva alianza (Jer 50,1-46; Ez 44,29; Is 34,2-5; 43,28), el nuevo gesto del Señor que perdona y recrea, realizará la justicia y la paz (Is 32,15-20), por manos de su siervo herido y levantado (Is 52,13-53,12). Al llegar el día de la reconciliación (Mt 3,24), cuando el Pastor sea herido y el primogénito traspasado, ya no habrá más anatema (Zac 14,11). Cuando el Hijo del amor fue levantado en el madero, el Padre cargó sobre Él, las culpas de todos nosotros y así cargado con nuestros pecados subía al madero, el Trono de su Reino de justicia y de paz (Is 63,6; 1Ped 2,25; 2Cor 5,21). El maldito colgado en el leño es toda la bendición para toda la humanidad y todo el universo (Gal 3,13; Deut 21,23; Act 2,32; 5,30; Ef 1,5). Se ha terminado ya la “guerra santa”. El Padre de los hijos pródigos, todos, respeta su extravío y los entrega a los deseos de su corazón (Rom 1,18; 3,20), abriéndoles a todos los brazos de par en par, en su hijo entregado y levantado, el Hombre nuevo, toda la gracia y toda la gloria (Rom 3,21-26; 4,25; 5,1-21). Pero a todos dirá en la Mesa: “vete a reconciliarte con tu hermano”. Por causa de la familia, del hogar, de la senda. Para que no tengan que suicidarse, para que dejen pasar la victoria de la Cruz, por la vida del mundo. Este anatema escatológico, puede escandalizar (1Jn 2,2; 4,21; Gal 1,8; 1Cor 12,3), pero es un gesto supremo de fidelidad (1Cor 16,22; Did 10,6; 1Cor 5,1-8; 11,7-31), para acoger, compartir y ofrecer el amor del Señor, entregándose en su ofrenda por ellos con él (Rom 9,31).

Por el camino nuevo y vivo

El Señor ya ha puesto su Mesa. ¡Ya está! Pero sale a ponerla al corazón del mundo en paso al corazón del Padre. ¡Ya avanza! Al salir nos provoca a volvernos a Él, por ellos. Pero su paso nos detiene y con un puñado de granos de trigo, un poco de levadura y un pequeño cobijo anticipa cada vez más su parusía. “Ya estás viniendo, ya vienes”. Caminar, pues, con Él, dando vista y anticipando la parusía, la Mesa sobre el monte, presidida por el juicio del amor, consumada en el gozo que seca todas las lágrimas. El Reino de Dios y su justicia (Mt 6,37), “justicia, paz y gozo

en el Espíritu Santo” (Rom 14,17). Mesa inaugurada en la Pascua (Mt 28,18), se hace camino de bienaventuranzas (Mt 5,5-11). El Evangelio de la Pascua, en el aliento del Espíritu (Act 2,1-13; 2, 14-41), proclama el Reino inaugurado, Mesa de comunión con los pobres, en las entrañas (2,42-47), que se abre paso para dar la mano a los últimos (Act 3,1-26), atravesando la persecución en noche oscura amaneciente (Act 4,1-36).

- Anuncio del Evangelio. Id al mundo entero, proclamad el evangelio a toda la creación” (Mc 16,15; Mt 28,19; Lc 24,47; Act 1,8). Ha llegado la paz, por Jesús Cristo, el Señor de todos (Act 10,36; Is 52,7). El Ungido, el que puso la mesa a los desvalidos, el colgado del madero, el levantado de entre los muertos para inaugurar la justicia, el perdón de los pecados en su nombre (Act 10,37-42). El Padre le encumbró a su derecha, iniciador y salvador (Act 5,31p). Él es la gracia y la paz (1Ped 1,1.3-8), en la comunión de la filiación y su herencia. La piedra desechada, es Mesa y hogar. Pasados a su ofrenda, salgamos a pregonar la aurora pascual. “Pueblo de su adquisición, para proclamar la victoria del que os llamó de las tinieblas, y os pasó a su luz admirable” (1Ped 2,4-10).
- Servicio de los pobres. La mesa del Reino inaugurado, es la mesa de la fraternidad en la paz. En ella continúan apareciendo las tensiones y las peleas del mundo. Pero el perdón del Señor realiza el milagro del perdón mutuo, para una verdadera comunión en la reconciliación (1Ped 1,22-23; 3,8-9; 4,7-11; 2Ped 1,3-11). Tienda de la paz en la trinchera de la guerra (Heb 13,1-3; 13,15-16; Sant 1,6-21; 3,13-18; 5,9-11). Pero no hay verdadera comunión, sin el cambio de puestos, donde se anula la acepción de personas y los más pobres son los primeros en servir (1Ped 5,5-6; Sant 1,9-11; 1,27-2,14; 4,1-10). De esta manera aparece en medio del mundo como germen y senda la nueva creación.
- Combate por la justicia. De la mesa hay que pasar al camino del Señor, a comulgar en sus mismos padecimientos. Fijos los ojos en Jesús, el iniciador y consumidor de la fidelidad, hay que salir fuera de las murallas, sin miedo a la ignominia, para llevar la paz a todos (Heb 12,1-4; 12,14; 13,12-14). No se trata de situarse en un mesianismo histórico político, que con las armas de este mundo, pretende avanzar el Reino de Cristo, usando el poder, desde arriba o desde abajo. El hambre y sed de justicia, el trabajo por la paz, lleva la persecución y golpeados y oprimidos, perdonando, y tomando la figura del Siervo, inaugura paso a paso, la paz de la nueva creación en esta tierra (1Ped 2,21-25; 3,13-17; 4,12; 2Ped 3,11-14; Sant 1,2-4). Despunta el lucero de la mañana. Maranató (1Ped 5,5-11; 2Ped 3,18; Jud 20,21.24-25; Heb 13,20-21).

Encabezado por el Primogénito

Estaban en el cenáculo con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Pero vino el Señor y se puso en medio de ellos. “Y les dijo, paz a vosotros. Y dicho esto, les mostró las manos y el costado” (Jn 20,19-20). Entre sus brazos extendidos podían entrar a las entrañas del Padre. Era el Señor, su paz. Pero, entre estos mismos brazos extendidos, podían entrar unos, en las entrañas de los otros. Era el Señor, su paz. Pero los brazos que los acogían y entrañaban, se abrían sobre ellos para enviarlos a su misma misión. “Como tú me enviaste al mundo, así también los envió al mundo” (Jn 17,18). Pero para que compartieran su misma misión, les entrega su mismo aliento, en su cuerpo entregado y en su sangre vertida (Jn 6,51; 6,63; Jn 19,30-34; 20,27). Pero era necesario que ellos acogieran este amor (Jn 15,1-8) y lo compartieran (Jn 15,9-15), para ofrecerlo al mundo (Jn 15,16-17), para que todos tengan vida en su nombre (Jn 20,31; 3,14-18p).

- Anuncio del evangelio. El Señor estaba ya a la cabecera de la mesa. Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra (Apoc 1,4-6). El

Evangelio es su gracia y su paz (Apoc 1,4a). Pero Él sale a la cabeza de su iglesia, peregrina en tienda de campaña, para llevar a los hermanos al hogar del Padre, volviéndose por fin, en el último día, desde las nubes del cielo (Apoc 1,7). El Cordero degollado (Apoc 5,9; 6,12; Is 53,7), es la raíz de David (Apoc 5,5; 22,16; Is 11,1-10; Rom 15,12). En pie sobre el monte, encabeza la proclamación del evangelio eterno, hasta los confines de la tierra (Apoc 14,1-6). Se ha abierto la senda de la travesía. El Señor, el Rey de los pueblos, de los siglos, ha revelado los juicios y los caminos de su justicia. Vendrán todas las naciones y se postrarán en su acatamiento (Apoc 15,3-4).

- Servicio a los pobres. El Hijo unigénito, Primogénito de los hermanos, la Palabra de la vida ha inaugurado la fraternidad de su comunión. “Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesús, Cristo” (1Jn 1,1-4; 2 Jn 1,1-3). La tiniebla del mundo, en la pelea de Caín y Abel, ha sido atravesada por el amanecer de la luz. En la sangre de Cristo, tenemos comunión unos con otros” (1Jn 1,7). En esto hemos conocido el Amor, en que Él dio la vida por nosotros (1Jn 3,16; Jn 10,11.15.17s; 15,3). “Dios ha enviado a su Hijo al mundo, para que vivamos por medio de Él” (1Jn 1,9-10). Así debemos amarnos unos a otros” (1 Jn 4,11). Debemos dar la vida por los hermanos. Y sobre todo por los pobres, con la obra y la verdad (1Jn 3,17; 4,19-21).
- Combate por la justicia. En una simple mirada al mundo, lo vemos dominado por la concupiscencia de la carne y la de los ojos y la soberbia de la vida (1Jn 2,15-17). Todo el mundo, bajo el Maligno (1Jn 5,19), escenificado por el Dragón, la Bestia y la prostituta (Apoc 13; 17; 18). Pero el Hijo de Dios se ha manifestado como propiciación, redención, reconciliación del mundo entero (1Jn 2,2). Pero el Primogénito que preside la mesa, es el Ungido victorioso que abre camino a la justicia del Reino del Padre (Apoc 19,6-9.11-16). El entronizado en el madero, es el Verdadero, que abre paso a su gracia y su verdad (1Jn 5, 20). La persecución de los hermanos, pertenece al testimonio mismo del Señor (Apoc 12,11.17.14). Es necesario salir de Babilonia (Apoc 17,4), con gritos de júbilo. La victoria está a la vista. El hogar del Padre (Apoc 21,1-7; 22,9-10; 22,20-26). Maranata (22,12).

Vamos pasando en su paso

“Es necesario que Él reine” (1Cor 15,25). El Padre le levantó, le encumbró, le constituyó único Señor nuestro para pasar por sus manos la gloria de su gracia (Fil 2,6-11). La justicia, la paz, el gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17). Él es el Ungido para poner a todos sus enemigos bajo sus pies (1Cor 15,25b; Ps 110,1). Más aún, es el Hombre nuevo que encabeza y encabezará la humanidad y el universo hacia su plenitud (1Cor 15,27; Ps 8,7). Y así vencidos, todos los poderes, incluso el último, la muerte, Él entregará el Reino al Padre, para que Él sea todo en todo (1Cor 15,28). Las aclamaciones eucarísticas proclaman al Señor, a la cabeza del Universo en la Iglesia. Desde la cena del Señor, se mira hacia atrás, el propósito del Padre por nosotros en su Hijo (Ef 1,3-6). Y pasando la entrega del Hijo amado (Ef 1,7; Rom 3,24-25), dirigimos la mirada hacia el porvenir, y le vemos a la cabeza, encabezándolo todo, para llevar a todo a la plenitud (Ef 1,9-10). Pero su Reino de gracia, lo realiza por medio de su Iglesia. “Le dio como cabeza del Universo a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud” (Ef 1,20-23).

- Anuncio del Evangelio. “Proclamad el evangelio a toda la creación bajo el cielo”. Es el mismo encargo recibido del Señor resucitado y entronizado (Mc 16,15-19). Es la proclamación responsorial de toda la “travesía pascual”. ¡El Misterio de la Piedad! El Hijo “aparecido en carne, convertido en justicia nuestra, en el Espíritu, revelado a los ángeles, proclamado a los paganos, aparecido en el mundo, levantado en la gloria” (1Tim 3,16). En verdad, el Padre, nos ha arrancado del dominio de las tinieblas y nos ha

hecho pasar al Reino del Hijo del amor” (1,12-13). Y desde la mesa, donde entrega su sangre, desvelando el rostro del Padre (Col 1,14-15b), vislumbramos sus manos, por donde pasó y pasa la creación (Col 1,15b-17) y sus manos heridas y encendidas, por donde pasó y se realiza la plenitud de la reconciliación (Col 1,18-20.21-22).

- Servicio a los pobres. El Señor en torno a la mesa de su pasión, inaugura su reino de justicia y de paz (Ef 2,2-22; 3,18-22). Y desde el cenáculo (Ef 4,1-6) se abre paso, por los abismos, para llevar a plenitud de su comunión a la humanidad y el universo entero (Ef 4,7-15). En la mesa, donde entrega el pan y la copa, se crea una comunión en su filiación y en su fraternidad y en su herencia (1Cor 10; 11; 12; 13). Es la iglesia de la Koinonía, donde todos son un cuerpo y un espíritu, llevando en las entrañas, a los hermanos más débiles, los más necesarios. Pero la Koinonía no se puede realizar más que en la kénosis del tener y del ser mismo (2Cor 8,1-9); Fil 2,1-5). En la nada del mundo germina la justicia y la paz (1Cor 1,18).
- Combate por la justicia. En la primera creación, al cerrarse el hombre, en la desobediencia y en la ambición, reinó en el mundo el pecado y la muerte. Pero en la entronización del Hijo, reina la justicia de la gracia, la paz. En sobre-abundancia. El reino del Hijo, anticipo y paso del Reino del Padre, se abre paso en los “poderes de este mundo” y sembrado en la creación, la recrea, la libera, la sobrepasa en el hogar de los hijos, hermanos y herederos. Pero ellos también están asociados a este combate, escatológico, en la historia, que en germen y destellos, se deja ya encontrar (1Tes 5,4-10; Ef 6,14-17; Rom 12; 13; 14). La manifestación del Señor ya sucedida (2Tim 1,9-19; Tit 2,11-14; 3,4-7), se consumará en su gloria (1Tim 6,14-16). A esta travesía estamos íntimamente asociados nosotros (2Tim 2,11-13).

*Padre nuestro. La oración de los hijos en el Hijo
Catequesis mistagógica para los pequeños 12/10/2003*